



No sabes nada de mí

QUIÉNES SON LAS **ESPIÁS** ESPAÑOLAS

PILAR CERNUDA



No sabes nada de mí

Pilar Cernuda

No sabes nada de mí

Quiénes son las espías españolas

la esfera  de los libros

Primera edición: abril de 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /93 272 04 47).

© Pilar García-Cernuda Lago, 2019

© La Esfera de los Libros, S. L., 2019

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel. 91 296 02 00

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9164-560-3

Depósito legal: M. 7.302-2019

Fotocomposición: Creative XML, S. L.

Impresión: Cofás

Encuadernación: De Diego

Impreso en España- *Printed in Spain*

ÍNDICE

Prólogo

1. Las pioneras

2. La aristócrata americana y la gallega que fue espía por amor

3. La guerra de Marruecos... y mucho más

4. «María»

5. Mujeres en un mundo de hombres

6. Señor profesor

7. La primera gran jefa

8. Los desafíos

9. El hacha y la serpiente

10. Confidentes, infiltrados... ¿también infiltradas?

11. Elena Sánchez, la tercera gran jefa

12. La «contra»

13. Vidas privadas

14. El vestido de novia

15. Paz Esteban, la quinta gran jefa

16. Armas de mujer

17. ¡Que vienen los rusos!

18. Los cambios tecnológicos y la ciberseguridad

19. Las cosas de fuera

20. La forense

21. *ALLAHU AKBAR*

Epílogo en primera persona

Anexo

Prólogo

«**T** ENÍAS una pastilla de cianuro. Si pasaba el peligro, la escupías. Si no, la tragabas». El titular saltaba a los ojos y obligaba a leer la entrevista de arriba abajo, sin saltarse una línea.

Marina Vega, en el 2008, respondía así a las múltiples preguntas que le hacía Natalia Junquera, periodista de *El País*, quien, tras muchas averiguaciones, había conseguido localizar a una mujer de vida apasionante que, sin embargo, era una perfecta desconocida para los españoles. Suele ocurrir con las mujeres, también con los hombres, que se dedican a la procelosa actividad del espionaje, sobre la que existe mucha literatura y fantasía, con biografías exageradas y casos hinchados para provocar más morbo. Sin embargo, la mayoría de quienes han prestado un servicio inconmensurable a su país lo han mantenido en secreto.

Marina es uno de esos casos que no se han conocido hasta muchos años después de que haya enterrado incluso parte de sus recuerdos. Pero su memoria le ha dejado recuperar algunos de ellos, lo cual ha permitido conocer los episodios que ha protagonizado sin que otras personas contaminen los hechos. La mejor historia es la que cuentan sus propios protagonistas porque nadie como ellos para describir el clima, los sentimientos, las peculiaridades de los momentos que les tocaron vivir. Es la razón de que los investigadores se dejen los ojos descifrando legajos, cartas mal redactadas, retazos de manuscritos.

Pocos saben que hubo españoles colaborando con los miembros de la Resistencia francesa que se jugaron la vida y trataron de pasar información sobre los movimientos de los alemanes que ocupaban su país. Entre esos españoles había al menos una mujer, Marina, que sentía una profunda animadversión hacia Franco y arriesgó su vida para poner en contacto entre sí a miembros de la Resistencia al mismo tiempo que se ocupaba de guiar a quienes necesitaban cruzar la frontera para salvarse a sí mismos o a otros compañeros.

No hay muchas Marina Vega en el ámbito del espionaje, pero sí hay más mujeres que, como ella, asumieron que no podían cruzarse de brazos mientras el mundo caía devastado ante sus ojos en la Primera o la Segunda Guerra Mundial, o mientras España sufría una cruenta guerra civil de gravísimas consecuencias.

Cada vez que se cuentan historias sobre mujeres que se adentraron en el peligrosísimo e inquietante mundo del espionaje aparecen con un retrato casi idéntico: atractivas, utilizaban su físico para entrar en los círculos más exquisitos e influyentes dentro del poder. Actrices o cantantes que no despertaban sospechas, o patriotas que no dudaban en convertirse en amantes de hombres importantes a los que sacaban información con artes consideradas femeninas. Algunas de ellas fueron muy conocidas, pero la mayoría de las espías tenían un perfil como el de Marina: pasaban inadvertidas, no querían destacar en nada y preferían mantenerse en un segundo plano para moverse sin llamar la atención. Cuidaban que su físico fuera anodino y estaban preparadas, o se habían preparado ellas mismas, para responder con inteligencia si se producían situaciones en las que podían ser descubiertas. En muchas de ellas su principal salvoconducto fue la intuición, un sexto sentido que se adjudica siempre a las mujeres y que en los asuntos de espionaje, efectivamente, sirvió en muchos casos para desconfiar de quien no merecía confianza o, por el contrario, revelar todos los secretos a aquel o aquella que, intuían, sabrían valorarlos o trasladarlos a la persona que daría buena cuenta de la información.

Muchas de esas mujeres nunca verán su nombre en un cuadro de honor; otras lo vieron cuando su propia personalidad y trayectoria les llevó a escribir su biografía y revelaron informaciones que habían guardado precisamente porque durante mucho tiempo se habían entrenado para preservar el anonimato, y, cuando ya no era necesario, el pudor les impedía contar lo que habían hecho en los

tiempos en los que a su alrededor se rompía el mundo, su mundo.

Entre esas mujeres que habían buscado el anonimato en sus años jóvenes se encuentra Audrey Hepburn, quien, según cuenta en sus memorias, cuando tenía quince años colaboró con la Resistencia holandesa bailando —era estudiante de ballet— en locales donde podía conseguir información sobre los alemanes.

Hija de inglés y holandesa, vivió entre Bélgica y Holanda tras el divorcio de sus padres, y fue en este último país donde colaboró con la Resistencia.

No hay más pruebas que su propia confesión, pero la opinión más generalizada es que la mentira o la invención interesada están muy alejadas de la personalidad que desarrolló la cotizadísima actriz a lo largo de su carrera, y por tanto dan credibilidad a su autobiografía en la que, por otra parte, narra lo que hizo en aquella época como si cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo por su país. Como si diera por hecho que, ante la invasión de los alemanes, cualquier ciudadano holandés estaba obligado a defender los intereses de su patria con los medios que tenía a su alcance. El suyo era el baile, así que no dudó en aprovechar sus conocimientos para introducirse en lugares frecuentados por alemanes y tratar de entablar conversación y ver la manera de conseguir algún dato que pudiera ser relevante para los militares holandeses.

No es la única mujer con proyección pública que ha insinuado, o más que insinuado, que en su biografía hay que incluir episodios de espionaje. La mayoría de las mujeres que tuvieron un papel de relevancia se han llevado o se llevarán el secreto a la tumba, porque si fueron espías, no colaboradoras circunstanciales, recibieron una formación previa y fueron instruidas para no contar nunca que trabajaron para servicios de inteligencia. O para contarlo solo al cabo de mucho tiempo, sin comprometer a nadie que hubiera conocido durante su trabajo y, por supuesto, sin desvelar datos que pudieran poner en riesgo futuras operaciones o incluso la seguridad de su país.

La historia, ayudada por la literatura y el cine, está plagada de heroicos espías que se dejaron la piel en las dos guerras mundiales y en la llamada guerra fría que sostuvieron Estados Unidos, y otros países occidentales, contra la Unión Soviética. Hombres, siempre hombres. Las mujeres eran tan escasas que se convertían en la excepción que confirmaba la regla.

Los espías arriesgaban su vida al buscar información en el bando enemigo y, tarea de máximo riesgo, hacerla llegar después a sus superiores con unos medios precarios, fáciles de detectar. Los sistemas de comunicación durante las dos guerras mundiales estaban muy lejos de sofisticaciones, así operar a través de la radio para pasar información secreta a los superiores era una aventura cotidiana en la que cayeron algunos de los mejores profesionales del espionaje, detectados por potentes antenas que no tenían más objetivo que recorrer ciudades y vastos territorios tratando de localizar señales sospechosas.

Hoy, el espionaje se centra en el mundo de las comunicaciones en internet y los distintos sistemas de redes, y todos los servicios de información e inteligencia tienen recursos tecnológicos con expertos capaces de emprender trabajos que jamás se pudo pensar que tuvieran que realizarse algún día, pues nadie podía ni sospechar los avances que iban a producirse con el transcurso de los años. Avances inimaginables que dejaron cortos a lo que a finales de los sesenta se consideró el no va más de la tecnología: llevar a tres hombres a la Luna y que el mundo entero pudiera verlo

en directo en su casa a través de la televisión.

Si las nuevas tecnologías cambiaron la forma de trabajar de los encargados de garantizar la seguridad de su país, la incorporación de la mujer a los servicios de inteligencia fue un revulsivo social.

En España llegó más pronto que en algunos países de nuestro entorno, gracias al empeño del general Emilio Alonso Manglano, que acumulaba otras muchas características no habituales en el mundo de la información cuando dirigió el CESID, luego CNI, pero sobre todo una que provocó toda clase de reservas en el sector militar más conservador: no era general sino teniente coronel. El recelo fue grande en la familia militar, que acababa de sufrir un trauma profundo: la intentona golpista del 23-F de 1981. Precisamente el papel de Manglano al frente de la Bripac, la Brigada Paracaidista con sede en Alcalá de Henares, hizo pensar a Su Majestad el rey don Juan Carlos que allí se encontraba un hombre inequívocamente situado contra el golpismo y defensor a ultranza de la democracia y el Estado de Derecho.

En aquellos momentos iniciales en los que un porcentaje alto de militares simpatizaba con los golpistas, la llegada de Manglano a la dirección del CESID se recibió con importantes reticencias, a las que se sumaron la ya mencionada de que era teniente coronel —fue ascendido poco después, y en 1987 ya era teniente general— y que tenía una proyección internacional que no era habitual entre los jefes militares de su época.

A él se debe la incorporación de la mujer al CESID en igualdad de condiciones que los hombres. A él se debe que aquel mundo de hombres-espías rodeados de secretismo, aventura y admiración abriera sus puertas a que también pudiera haber mujeres-espías rodeadas de secretismo, aventura y admiración. Sin embargo, esas mujeres son poco conocidas, aunque con el paso del tiempo los españoles se han hecho a la idea de que han llegado a toda clase de trabajos y a todos los niveles, incluidos los servicios de inteligencia.

Lo comprendieron cuando fue elegida la primera secretaria general, María Dolores Vilanova, a la que siguieron sucesivas secretarías generales, siempre mujeres, como si fuera una ley, no escrita, que la segunda plaza en importancia de los servicios de información tenía que ser ocupada por una mujer. De todos modos, apenas se sabe que son centenares las mujeres que garantizan que España sea un país seguro: tienen un papel fundamental en la lucha contra el terrorismo, contra las mafias, contra los espías extranjeros, contra los espías industriales y contra todos aquellos que pretenden desestabilizar el país.

Mujeres que colaboran en igualdad con los servicios extranjeros, con una formación técnica y profesional que solo se suponía a los hombres que componían lo que era un mundo solo de hombres, y que han demostrado que la conciliación es posible aunque, en su caso, mucho más difícil que la que sufren otras mujeres trabajadoras para quienes siempre es muy difícil la conciliación. Con un agravante: no pueden manejar determinadas excusas porque ni siquiera sus familiares más cercanos saben cuál es exactamente su trabajo.

Fue la directora de La Esfera de los Libros, Ymelda Navajo, la que quiso publicar un libro sobre esas mujeres cuando leyó una entrevista con la exsecretaria general Beatriz Méndez de Vigo. Esta, tras varios años en ese cargo, decidió regresar a la actividad sobre el terreno y pidió a su director

y secretario de Estado, el general Félix Sanz Roldán, un destino en el extranjero. Hoy cumple tareas de información e inteligencia en uno de los países más apasionantes del mundo, China.

La tarea de escribir sobre las mujeres del CESID y CNI era imposible sin la autorización previa de la dirección del Centro. Cualquiera que conozca cómo funciona sabe que ninguno de sus miembros con sentido de responsabilidad, espíritu de servicio y lealtad a los principios que se le han inculcado, desde el mismo momento en que ingresó en el Centro, puede entrevistarse con un periodista para explicarle cómo es su vida profesional y las operaciones en las que ha intervenido.

Pedí ayuda a la dirección del CNI. Necesitaba entrevistar a mujeres que conocieran desde dentro la lucha contra el terrorismo de ETA y el yihadismo, que hubieran participado en operaciones de riesgo, que trabajaran en países lejanos informativamente importantes y también en el contraespionaje. Prometí respetar las reglas que pudieran exigirme para garantizar que no pondría en riesgo su trabajo, desde el nombre hasta cambiar las localizaciones para que no fueran identificadas.

A los pocos días tenía cita no solo con mujeres adscritas a los sectores que había pedido, sino también con hombres que compartían trabajo con ellas, que habían sido jefes de mujeres y subordinados de ellas, así como profesores. Y, para mi sorpresa, incluyeron mujeres responsables de departamentos técnicos y que habían participado en delicadas y arriesgadas operaciones aportando sus conocimientos profesionales. Sorpresa pues desconocía que hubiera mujeres en dichas tareas, como desconocía que una mujer era la principal especialista en mafias rusas, o que una mujer asistía a reuniones internacionales representando a los servicios españoles, o que una mujer utilizaba a sus compañeros para poner a prueba si eran capaces de detectar sus artilugios de grabación...

No tengo más que palabras de agradecimiento para todos aquellos que me han contado sus experiencias. Para las secretarías generales con las que pude entrevistarme, para el teniente general Sanz Roldán y también para anteriores directores del CNI que tuve ocasión de conocer en tiempos pasados y que siempre me brindaron su confianza: a Javier Calderón, Jorge Dezcallar, Félix Miranda, Jesús del Olmo... y al teniente general Alonso Manglano, allá donde esté.

Quiero dedicar unas líneas especiales a Emilio Alonso Manglano. Como periodista con más de cuarenta años de experiencia, el general Manglano ha sido una de las personas que más me ha impresionado, por su cercanía, su amistad, su lealtad.

El general Manglano no salió del CESID por la puerta grande, sino que fue víctima de un jefe de operaciones, el coronel Perote, que traicionó al Centro y a sus valores y provocó una crisis institucional que costó el cargo al director del CESID y también al vicepresidente Narcis Serra y al ministro de Defensa Julián García Vargas. Perote logró el apoyo de un grupo de periodistas que le «compraron» su versión, en la que aparecía como un héroe. Sin embargo no hay miembro del CESID y CNI que no conozca qué hizo, por qué y a quién servía. Que no era Manglano, evidentemente.

Manglano fue injustamente tratado por confiar en quien nadie nunca debería haber confiado y que cercenó la carrera de un hombre excepcional. La historia le hará justicia. De momento, se la hacen

sus compañeros del CNI, donde su nombre se pronuncia con admiración, afecto y profundo respeto.

Por último, aunque de todos los nombrados fue el primero con experiencia en el mundo de los servicios de información, mi agradecimiento al general Andrés Casinello, que conoció como nadie las entrañas de los servicios militares en los años del franquismo y que no siempre fue bien comprendido por sus superiores, con los que llegó a tener fuertes encontronazos. Sin embargo, consiguió la confianza de uno de los grandes protagonistas de la Transición, el presidente Adolfo Suárez, que sí reconoció en Casinello los méritos que otros le habían negado.

1. Las pioneras

EL 16 de mayo de 1983, una breve información publicada en el periódico *El País* pasó inadvertida para la mayoría de sus lectores, sin embargo, suponía todo un acontecimiento en la lucha de la mujer por la igualdad, por conseguir la misma consideración personal y profesional que un hombre. Como ocurre con frecuencia, se da más relevancia a las noticias que conciernen a alguien concreto, con cara y ojos, con nombre y apellidos, que las que desencadenan un cambio social que afecta a millones de personas, que dan un vuelco a las estructuras establecidas durante siglos.

Decía *El País* : «El Centro Superior de Información de la Defensa (CESID) contará en breve con mujeres integradas en misiones de inteligencia o contrainteligencia, según han señalado altos cargos militares. En la actualidad, hay algunas mujeres trabajando en el CESID, pero solo en labores burocráticas y administrativas. De acuerdo con las fuentes informantes, las mujeres que se incorporen al CESID no solo serán procedentes de los grupos ya integrados o que puedan integrarse en las Fuerzas Armadas, sino también personas que no guarden relación directa con los Ejércitos. El año pasado, y por una orden de Presidencia del Gobierno, se ampliaron las posibilidades de incorporación de paisanos al CESID.

»En algunos casos, siempre según las fuentes informantes, mujeres incorporadas a los servicios de inteligencia desarrollarán labores de información en países extranjeros».

Lo iban a hacer en un plano hasta entonces patrimonio exclusivo de los hombres: la defensa. Y dentro de la defensa, en una de sus peculiaridades más atractivas: la inteligencia. Todavía pasarían años, hasta 1988, para que las Fuerzas Armadas se abrieran a las mujeres.

Un real decreto ley de ese año regulaba la incorporación de las mujeres a las Fuerzas Armadas en determinados cuerpos y escalas, y en 1989 una nueva ley regulaba que el sistema de acceso fuera igual para hombres y mujeres, aunque siempre en los cuerpos y escalas abiertos para ellas. Hasta 1992 no se aprobó el real decreto que daba paso a las mujeres a todos los destinos excepto operaciones especiales, unidades operativas de la Legión, dotaciones de submarinos, paracaidistas y fuerzas de desembarco.

La igualdad plena llegó con un nuevo real decreto de 1999, que abría la puerta a la incorporación de hombres y mujeres a todos los cuerpos, hasta el punto de que se regulaba el destino que podían pedir las mujeres durante el embarazo o después del parto.

Los servicios de inteligencia españoles fueron, por tanto, pioneros en abrir paso a las mujeres en un mundo de hombres, pero la noticia pasó sin pena ni gloria, aunque corrió de mano en mano entre los hombres de Emilio Alonso Manglano, que desde hacía meses habían comprendido que el nuevo director del CESID tenía como prioridad multiplicar la potencialidad del Centro a través de todos los medios posibles.

Desde el primer día había transmitido al rey, al presidente Calvo Sotelo y a sus respectivos equipos que iba a pelear por tener mayor presupuesto, más fondos reservados para utilizar en el desempeño de misiones a cargo de los miembros del servicio más eficaces, y para remunerar a quienes podían ofrecer información en cualquier lugar del mundo. Pretendía ampliar significativamente la plantilla con personal no solo militar e iba a luchar con el Ministerio de Hacienda para que aprobara la creación de una gran sede con capacidad de acoger a un auténtico centro de información similar a los que existían en los países más avanzados.

Para ello, el todavía coronel Alonso Manglano quería contar con la tecnología más avanzada, con los mejores profesionales procedentes de los sectores que hasta entonces no habían sido «tocados» por los captadores de aquellos que podían servir para trabajar en una institución cuyo objetivo era garantizar la seguridad de España..., y quería incorporar mujeres al Centro.

Manglano, que se movía bien en el escenario internacional y conocía perfectamente los cambios sociales que se producían en el mundo, no podía entender que el CESID tuviera sus puertas cerradas a las mujeres. Las pocas que trabajaban en el Centro lo hacían en tareas administrativas y procedían en su casi totalidad de familias militares. Creía Manglano que algunas de ellas podían realizar trabajos propios del campo de la *intelligenza* y de la información, y estaba convencido de que también varias de ellas, y desde luego las mujeres que se incorporaran en el futuro, podrían ser adscritas a operaciones, siempre que se pudiera poner en marcha un servicio de información e inteligencia como pretendía que fuera el CESID.

La decisión estaba tomada, y para satisfacción de Manglano había sido no solo aceptada sino bien recibida por las personas ante las que rendía cuentas, el rey y el presidente del Gobierno. Hacía falta ponerse a trabajar empezando por definir, en primer lugar, el perfil de las mujeres que se necesitaban en el CESID; dónde se podrían encontrar, cómo acceder a ellas sin que sospechasen al principio cuál era el trabajo que se les ofrecía, ya que cualquier indiscreción por su parte ponía en riesgo no solamente su captación sino la de otras mujeres a quienes podía llegar la información de que el CESID tanteaba a profesionales para ver si estaban capacitadas para realizar un trabajo que exigía dedicación plena.

Manglano quería evitar a toda costa una avalancha de mujeres que llamaran a la puerta tomando el trabajo de la información y la seguridad como una aventura. Pretendía actuar con la máxima prudencia y, al menos en los momentos iniciales, confiaba más en el criterio de quienes sabían dónde buscar y captar a posibles miembros del CESID, que en anunciar a bombo y platillo el reclutamiento de mujeres y provocar una marea humana de difícil control. También los hombres que formaban parte del CESID eran seleccionados con cuidado, propuestos siempre por personas de su entorno que trabajaban en los servicios de información.

Por otra parte, a Manglano le preocupaba que las mujeres se sintieran obligadas a explicar a sus familiares el tipo de trabajo que realizaban para justificar así sus ausencias y la disposición plena,

lo que en aquellos momentos no sucedía con los hombres. La mayoría de ellos eran militares, sus mujeres no trabajaban fuera de casa y estaban habituadas a que sus maridos tuvieran que ausentarse para realizar misiones que podían prolongarse durante días o semanas, sin necesidad de responder a muchas preguntas sobre su destino, cuándo regresarían o qué tipo de misión tenían que cumplir. Cuestiones de trabajo sobre las que sus mujeres sabían que no debían indagar. Era difícil, sin embargo, en la década de los ochenta que una madre de familia pudiera moverse con tanta libertad sin decir a su marido qué iba a hacer, dónde y con quién y cuándo regresaría. O, sin ser madre de familia, lo habitual para una mujer entonces era informar sobre sus pasos a sus padres o a su pareja.

Todo eso lo conocía bien Alonso Manglano. Era la razón de que, de la misma manera que había apostado con firmeza por abrir las puertas del CESID a las mujeres, quería hacerlo con la suficiente sensatez como para asegurarse de que la iniciativa no fuera un fiasco por empeñarse en aplicarla con excesiva celeridad y sin tomar las necesarias medidas de cautela.

Por último, era fundamental que los captadores se aseguraran de que las mujeres que tanteaban como posibles miembros del CESID cumplían con los requisitos necesarios, entre ellos uno prioritario: convencerlas de que, a pesar de que se les ofrecía un trabajo apasionante, un servicio fundamental a su país, y que se les abrían posibilidades infinitas para desarrollar sus mejores capacidades y ampliar su formación mucho más allá de lo que habrían pensado nunca, no se trataba de un trabajo cómodo y además no podían dar cuenta de él a sus allegados.

Lo único que se les podría permitir era que explicasen que trabajaban para Defensa, como si tuvieran una mesa de despacho en algunas de las sedes del ministerio o de los Ejércitos, de manera que nadie considerase excesivamente interesante, y mucho menos morboso, su nuevo trabajo. Y, por supuesto, había que poner en marcha un equipo de preparación de las mujeres a las que se pretendía incorporar al Centro, con una metodología idéntica a la utilizada para preparar a los hombres, pero teniendo en cuenta las peculiaridades físicas de la mujer. E incidiendo en algo no habitual en la familia militar de entonces: que ya que se darían casos de hombres y mujeres que deberían trabajar juntos al convertirse en miembros del CESID, a partir de la aprobación del real decreto tenían que aprender todos, absolutamente todos, hombres y mujeres, a considerar normal esa convivencia; compartir responsabilidades, formar parte de un equipo sumando esfuerzos y aportando cada uno de ellos, y de ellas, sus particularidades para ejercer su función.

Todas aquellas primeras mujeres del CESID que se sumaron a los servicios pasaron por una selección previa superando unas pruebas y un posterior periodo de formación muy especializado, diseñado por expertos nacionales y extranjeros que conocían sobradamente los riesgos de equivocarse. Pruebas, todo hay que decirlo, similares a las que habían pasado sus compañeros varones con anterioridad.

En dicha selección de nuevos miembros del CESID y de las pruebas a las que serían sometidos se detectarían las debilidades que determinarían si estaban capacitados o no para formar parte de unos servicios nacionales de inteligencia.

Sin embargo, mucho antes de los tiempos de Manglano, mucho antes de que se elaborara un proceso de selección para formar parte del CESID y mucho antes de que las mujeres alcanzaran cargos de la máxima responsabilidad en los servicios españoles, ya hubo varias que forman parte

de la historia del espionaje español. Ellas son las auténticas pioneras, aunque su nombre no figura en los archivos del SECED, el CESID ni el CNI.

Marina Vega de la Iglesia es una de ellas. Nació en Torrelavega, Cantabria, en el peor momento, en la convulsa España de 1923, con la dictadura de Primo de Rivera. Así que vivió el desencanto generalizado, el desprestigio creciente de la monarquía de Alfonso XIII, su huida a Italia en 1931, la República y el golpe de Estado de Franco que provocó una guerra civil y un nuevo Gobierno dictatorial que se prolongó durante casi cuarenta años.

Marina, hija de un director de prisiones de la República y de una mujer funcionaria del Gobierno republicano, vio cómo su mundo se desmoronaba con el franquismo. Su padre fue acusado de masón, condenado a dieciséis años de prisión y enviado a un penal de Cádiz. Su madre vivía escondida, en la clandestinidad, por miedo a sufrir represalias que afectaran a su hija. Finalmente, la envió a París, a casa de unos amigos, pero con la Segunda Guerra Mundial los amigos dejaron Francia, que ya no era un país seguro, y Marina regresó a España y localizó a sus padres en Madrid. Con diecisiete años de edad, volvía a empezar de cero.

En un viaje con unos amigos a León conoció a un diplomático francés que quedó impresionado por la personalidad y la fortaleza de aquella joven que había superado tantas adversidades. Era mujer, muy atractiva, hablaba perfectamente francés, no estaba fichada por la Policía española y podía moverse por toda España. Por su estancia en París también podía viajar a Francia sin levantar sospechas.

Tanteó a Marina sobre la posibilidad de que colaborase con las autoridades francesas y con los aliados en aquellos años de neutralidad de España en una Europa en guerra, años en los que tanto España como Portugal eran nido de espías que intercambiaban información sensible que podía cambiar el curso de la guerra.

Marina no dudó y, a pesar de su juventud y falta de experiencia, se encontró trabajando para la red española de las Fuerzas Francesas Libres.

Al principio sus misiones no eran muy arriesgadas, habitualmente ayudaba a introducir gente de forma clandestina en España a través de la frontera francesa y ejercía de «correo» entre los dos países, llevando documentos y dinero a las direcciones que le indicaban sus compañeros de las FFL.

En la entrevista que concedió a *El País* en el año 2008 describía con naturalidad su tarea. De la lectura se desprende que no era Marina una mujer a la que gustara poner el acento en los peligros que había corrido cuando trabajaba como espía. Desde la madurez, tenía más de ochenta años cuando recibió al periodista, su capacidad de desdramatizar las situaciones era sorprendente: «Iba a la frontera con Francia, recogía los sobres y me los ataba a la espalda con una faja. Por supuesto, nunca los abrí, pero supongo que llevarían dinero o cartas». Entre 1942 y 1944 hacía dos viajes por semana a Francia. «No sé a cuánta gente pude haberme traído. Deduzco que serían judíos franceses que huían de los nazis. También algún inglés».

No lo sabe con exactitud porque nunca intercambió palabra alguna con aquellas personas. «Además de la documentación falsa, yo llevaba siempre una carta falsa que decía que autorizaba a la señorita Marina Vega a acompañar al señor fulanito, sordomudo, en el viaje a Madrid para que,

si nos paraban, no tuviera que hablar con su acento francés. Siempre viajábamos en primera. La mejor forma para que no te pregunten nada es ir bien vestido y aparentar tener dinero. Después, aquí en Madrid, teníamos casas de amigos donde les acogían, un médico que les atendía y un sastre que les hacía ropa».

Descubierta por el contraespionaje español, la Segunda Bis, tuvo que huir a Francia: «Esperamos unos tres meses en San Sebastián hasta que uno de los contrabandistas que teníamos a nuestro servicio vino a buscarnos. Cruzamos el Bidasoa el 19 de septiembre de 1944 con el agua por aquí», recordó señalándose el pecho. «Como único equipaje: un cartón de tabaco y una docena de manzanas. ¡Qué bien nos vinieron para los días que pasamos en el monte!».

En Francia siguió colaborando con los servicios de información hasta el fin de la guerra, empezó entonces la búsqueda de nazis por toda Europa, Francia incluida. Un país que había sufrido una larga y dolorosa ocupación alemana y contaba con casi trescientos mil soldados muertos en la contienda, además de docenas de miles de civiles. Marina, como otras personas que habían trabajado en espionaje, tuvo como encargo de los servicios franceses la localización de nazis y de colaboracionistas con estos, para llevarlos ante la justicia. «Si te cogían los nazis, tenías una pastilla de cianuro en el bolsillo. La metías en la boca; si pasaba el peligro, la escupías; si veías que estaban a punto de hacerte hablar, la tragabas. Es una muerte automática. Tuve compañeros que lo hicieron. Otro se mató en una celda dándose cabezazos contra la pared. Debió de ser horrible, porque la celda era muy pequeña. No podía coger carrerilla».

Le han quedado algunas «secuelas» de su trabajo: «Nunca me siento de espaldas a una puerta. En los hoteles, sigo pidiendo habitación en el primer piso por si tuviera que escapar por la ventana, y al entrar en una casa siempre miro dónde están los interruptores por si hay que apagar rápidamente las luces». Nunca tuvo que usar las dos armas que llevaba siempre encima: una pistola del calibre 6,35 y otra de 7,65.

El peor momento de su vida fue el regreso a la España franquista en 1950, cuando dieron por finalizados sus servicios: «Mi misión había terminado y mi madre seguía aquí. En aquellos momentos no existía la palabra depresión, pero yo debí coger una. El cambio fue espantoso. En Francia, al día siguiente de que terminara la guerra ya había de todo. ¡Y aquí, en el cincuenta, seguían con las cartillas de racionamiento!».

Otra de las pioneras en el espionaje fue África de las Heras, y, como Marina, parte de su vida la pasó en Francia, en el París de la posguerra en el que vivían exiliados miles de españoles republicanos. Su vida es tan convulsa y tan apasionante, tanto en el plano del espionaje como en el personal, que existen contradicciones entre sus biógrafos, e incluso alguno de ellos admite abiertamente que la propia África ha podido inventar episodios, bien por precaución para difuminar la realidad, bien porque se había habituado a hacer de la mentira una forma habitual de expresarse para no dar pistas sobre cuál era su auténtica tarea vital. De hecho, no es seguro que se llamara África, en distintos momentos de su vida utilizó alias, cosa habitual entre quienes se dedican al «oficio» del espionaje, y en su propia autobiografía se encuentran contradicciones sobre las diferentes etapas de su vida, dónde y cuándo estuvo haciendo su trabajo.

Era agente del NKVD, siglas del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de Rusia y, después, agente del KGB, la agencia secreta de inteligencia creada por los soviéticos en 1954,

responsable de la seguridad nacional y con fuerte intervencionismo en el escenario internacional.

África pasó a la historia de los servicios soviéticos por su relación con Trotsky, en los tiempos en que se había convertido en el enemigo público para Stalin después de haber sido uno de los impulsores de la Revolución rusa contra el zarismo. Las diferencias ideológicas y de estrategia separaron a los dos dirigentes, que se odiaban, y la infiltración de África de las Heras en el círculo trotskista es posible que sirviera para pasar información relevante sobre el revolucionario caído en desgracia, asesinado en 1940 en Méjico por un español, Ramón Mercader, precisamente agente de la NKVD.

África pasó a la historia por esa relación con Trotsky, pero esa relación hoy ya se pone en cuestión. Dos periodistas, Pablo Esparza y Javier Suárez, han investigado sobre esta mujer prácticamente desconocida en España que sin embargo merecería más guiones cinematográficos y libros que la famosísima Mata Hari.

Firmaba sus informes a Moscú con el nombre de Patria y, en el cementerio Khovanskoye de Moscú, su rostro está grabado en la lápida que cubre su tumba, lápida en la que figura esa palabra en español, Patria. Y a continuación, «coronel África de las Heras, 1909-1988».

Nació en Melilla, está comprobado, como también hay datos que confirman que, muy joven, se casó con un oficial de la Legión. Durante la Segunda República entró en contacto con grupos socialistas, que mantuvo cuando se fue a Barcelona al producirse el golpe de Estado franquista. Parece —todo en la vida de África de las Heras está plagado de «parece»— que fue en esta ciudad donde conoció a Caridad Mercader, la madre de Ramón, mujer considerada de una radicalidad visceral pro estalinista y a la que hacen responsable fundamental del asesinato de Trotsky a manos de su hijo. Fue Caridad —parece— la que puso a África en relación con los servicios de inteligencia de la Unión Soviética. En su autobiografía, África cuenta que empezó a trabajar para los soviéticos en 1937.

Trabajó para la Unión Soviética durante cincuenta años, tanto en Moscú como en diversos países europeos —sobre todo Francia, Alemania, España y Noruega— y, después, en América. Nunca perdió la nacionalidad española, aunque también tuvo la soviética y la uruguaya. Llegó a ser coronel de los servicios de inteligencia soviéticos y fue condecorada en varias ocasiones por el papel en operaciones de éxito que sus superiores consideraron que merecían ser premiadas.

A pesar de que hay quien asegura que consiguió introducirse en el entorno de Trotsky en Moscú y se trasladó a Méjico cuando el político huyó a ese país porque Stalin pretendía deshacerse físicamente de él, no existe ningún documento que confirme que África en efecto formara parte del círculo de Trotsky, en Moscú primero y en Méjico después. Ni siquiera que lo conociera, aunque sí hay pruebas que avalan que pasó información importante a la KGB sobre los movimientos de Trotsky, siempre a través de la radio, un recurso que utilizaba con gran eficacia y cuya técnica conocía como el mejor de los expertos. En su época fue, probablemente, la mejor operadora de radio que tuvieron los servicios soviéticos.

Trabajó para esos servicios en España, en los tiempos en los que el conocidísimo Alexander Orlov dirigía los servicios de inteligencia e información de Stalin en nuestro país. Una vez más aparecen las dudas: no hay constancia de que África trabajara para Orlov, aunque sí se conocen

los documentos que enviaba a Moscú sobre la situación española.

En el cuarenta y dos, en plena guerra mundial, fue enviada a Alemania, lanzada desde un avión ruso en paracaídas con una pistola, un cuchillo, una navaja y dos granadas. Según contaba ella misma, sus instrucciones eran utilizar las granadas para destruir su radio y el libro de cifrado en caso de ser localizada; la pistola y el puñal, para tratar de matar al enemigo o, si no podía, para suicidarse.

Estuvo en Alemania durante dos años, luego fue reclamada en París, y, en el cuarenta y siete, la destinaron a los servicios de información en Europa y se instaló en la capital francesa.

Se trataba de una mujer que llamaba la atención por su belleza, sin complejo de utilizarla para seducir a posibles fuentes. En París se hizo pasar por una refugiada española que huía de las represiones del franquismo. Se autollamó María Luisa de las Heras. Allí conoció a un escritor uruguayo, Felisberto Hernández, con quien se casó, lo que permitió a la espía entrar sin problemas en Uruguay, un país que interesaba a Moscú por su situación geoestratégica y económica. Desde Montevideo, África montó la red de espionaje de la Unión Soviética en Latinoamérica.

Se divorció de Felisberto a los pocos años, y este jamás conoció la auténtica actividad de su mujer; siempre pensó que era una española exiliada en Francia que se ganaba la vida allí como modista. Consiguió la nacionalidad uruguaya y, ya viuda, mantuvo la red desde Montevideo, comunicándose con Madrid y con los agentes repartidos por el continente a través de la radio, que seguía manejando a la perfección, pues se había preocupado por estar al tanto de los cambios tecnológicos.

A finales de los años cincuenta el KGB mandó un nuevo jefe a la zona, Valentín Marchetti, aunque parece que su verdadero nombre era Giovanni Antonio Bertoni, un italiano que había huido a la Unión Soviética en 1925 y regresó en el cuarenta y cuatro para montar la red de espionaje soviético en su país de origen. De vida tan complicada como África, se casaron y, como era previsible en dos personajes de tal trayectoria y carácter, su matrimonio fue tumultuoso. Las broncas eran a gritos, y las discrepancias personales e ideológicas, públicas. Cuando Marchetti murió pocos años después sin estar previamente enfermo, incluso se produjo una investigación policial, porque sus conocidos y vecinos estaban convencidos de que África lo había asesinado. A pesar de todo, no se encontraron pruebas de que lo hubiera hecho.

A partir de entonces, la vida de África fue menos intensa tanto en el plano personal como profesional. Regresó a Moscú, realizó viajes frecuentes para controlar el trabajo de los miembros de los servicios en las zonas más tensas, y finalmente se convirtió en instructora del KGB, encargada de formar a los nuevos miembros cuando eran aceptados o conminados a integrarse en la poderosa organización.

África de las Heras ha sido un nombre al que se reconocen importantes méritos en la historia de los servicios secretos soviéticos, y con toda seguridad se sentía soviética no solo por ideología sino también de corazón; en caso contrario, no se entendería su dedicación a un trabajo tan delicado y peligroso como el que realizó. Pero nunca perdió su nacionalidad española, de hecho ella se presentaba siempre como española en su deambular por el mundo.

2. La aristócrata americana y la gallega que fue espía por amor

LA cara opuesta a África de las Heras se encuentra en Aline Griffith, importante aristócrata española por matrimonio aunque nacida en Estados Unidos y que siempre se consideró mujer de dos sangres o dos corazones, muy americana y muy española.

Cuando su país entró en la Segunda Guerra Mundial, dejó su incipiente carrera como modelo y pidió colaborar con la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos de Estados Unidos, germen de la CIA. Aline fue destinada a Madrid para informar sobre los movimientos de los alemanes nazis que se movían en los círculos del franquismo, y enviaba mensajes cifrados a Estados Unidos con los datos que le proporcionaba la pequeña red que creó entre personas con acceso a cargos intermedios del Gobierno.

Mujer bellísima que destacaba por su modernidad en una España triste que salía de una guerra civil, Aline Griffith conoció a Luis de Figueroa, un reconocido aristócrata destinado a ser conde de Romanones, con el que se casó. No tardó mucho en renunciar a su trabajo en la OSS, que consideraba incompatible con su nueva posición social y sus constantes viajes y actividades.

Su origen estadounidense, su pertenencia al círculo social más exclusivo a través de su matrimonio, pero sobre todo su arrolladora y exquisita personalidad, convirtieron a la condesa en una figura internacional con asombrosos contactos, entre los que se contaban desde la duquesa de Windsor hasta Jackie Kennedy, la duquesa de Alba, los más importantes actores y actrices de Hollywood, la princesa de Mónaco o los magnates que movían la economía mundial.

Musa de los modistos más relevantes, lucía joyas espectaculares y se convirtió en una de las anfitrionas más importantes de Madrid y de Nueva York, donde tenía un piso en el que organizaba las reuniones a las que todo el mundo quería asistir, por el nivel de sus invitados.

Fue un referente de la moda y de la cultura hasta su muerte, y dejó al mundo paralizado por la sorpresa cuando a finales de los ochenta publicó un libro, *La espía que vestía de rojo*, en el que contaba cómo había trabajado para la OSS primero cuando llegó a Madrid y cómo retomó su «trabajo» de espía años después, cuando el director de la CIA en España volvió a reclutarla al comprender que era una especialísima e importante fuente de información. La condesa aceptó, pero ya no como espía que informaba sobre los movimientos de los enemigos en los estertores de la guerra mundial y los años inmediatamente posteriores, sino que pasaba información sobre aquellos temas que pensaba que podrían interesar a la CIA y que escuchaba en la infinidad de reuniones y fiestas a las que asistía.

Nunca se sabrá si pasó datos verdaderamente significativos a la CIA, pero nadie duda de que fue una de las mujeres más interesantes de la segunda mitad del siglo XX, con la máxima proyección internacional desde su residencia en Madrid y en su finca cacereña El Pascualete.

Una proyección internacional y nacional, además de una red de conocidos de primer nivel que no tiene nada que ver con el mundo en el que se movió otra mujer que también conoció desde dentro

el mundo del espionaje, la gallega Araceli González Carballo, una gran desconocida pero que tuvo un papel de la máxima relevancia para que los aliados ganaran la guerra.

Araceli fue la mujer de Juan Pujol, Garbo, el hombre que convenció a los alemanes de que el desembarco aliado se iba a producir en Calais, no en Normandía, y en una fecha posterior a la real, lo que permitió que el Día D los barcos y aviones con las tropas británicas y estadounidenses no encontraran en la costa francesa al núcleo fuerte de las fuerzas alemanas, que probablemente habrían conseguido rechazar a los aliados si hubieran estado esperándoles. Sufrieron infinidad de bajas, pero el desembarco en Normandía fue letal para Hitler, que perdió la guerra.

Juan Pujol y Araceli González se habían ofrecido a los ingleses para pasarles información sobre lo que ocurría en un Madrid infestado de alemanes, sin embargo fueron rechazados. Pujol preparó entonces una operación inteligente: ofrecerse a los alemanes presentándose como un agente británico renegado, dispuesto a facilitarles la información que pasaba por sus manos.

Los alemanes aceptaron, se trataba de una extraordinaria posibilidad, nada menos que contar con un agente doble. Pujol montó durante un tiempo una pequeña red de informadores de escasa relevancia, pero que le permitió enviar algunas historias a los alemanes exagerándolas para hacerlas parecer importantes. Luego acudió a la embajada del Reino Unido y se ofreció nuevamente a trabajar para ellos... pasándoles los datos que obtendría a través de los alemanes. Entonces sí lo aceptaron, y con entusiasmo, porque por su vinculación con los alemanes tenía acceso a información privilegiada, pero también porque Pujol podía ser una vía excepcional para trasladar a los alemanes información falsa.

El matrimonio se había instalado en Lisboa, ciudad en la que vivían miles de españoles antifranquistas, aunque hicieron creer a los alemanes que Pujol vivía en Londres. Y ahí fue fundamental el papel de Araceli como «tapadera» de su marido.

Además de ayudarle buscando información o elaborándola con medias verdades que los alemanes tomaban por verdades, en algún momento en el que pensaban que los alemanes podían sospechar sobre la eficacia de su trabajo, o sobre la auténtica relevancia de Pujol como agente británico, Araceli acudía a su contacto en la embajada alemana en Madrid para expresar su preocupación por que su marido llevaba desaparecido días o semanas y temía que los servicios de inteligencia británicos hubieran descubierto que trabajaba para los alemanes. La inquietud de Araceli despejaba las dudas de los nazis sobre la lealtad de su agente.

Años después de finalizada la guerra, sin que nadie hubiera conocido el papel de Pujol en el éxito del desembarco, se le dio por muerto. Araceli, que había regresado a Madrid, trabajó como traductora, y, viuda, se volvió a casar con un norteamericano que, con el tiempo, abrió una de las galerías de arte más importantes de Madrid, Kreisler.

Ni el mejor guionista de ficción pudo imaginar un final más insólito que el real: Pujol, con la colaboración de los servicios británicos, había fingido su muerte por temor a las represalias alemanas al descubrir la traición. Se le construyó una nueva identidad y se instaló en Venezuela, donde años más tarde se casó y tuvo dos hijos. En los años ochenta «revivió».

El MI5 reivindicó su figura, le condecoró por el papel fundamental que había tenido en la guerra y le rindió toda clase de honores. Viajó a España, donde se reunió con Araceli y con los hijos que

habían tenido, que nunca habían sabido quién era su padre. Tampoco los que tuvo en Venezuela.

Juan Pujol —Garbo— murió en 1988 y Araceli, dos años después. Una pareja que colaboró activamente en que la Segunda Guerra Mundial acabara como acabó, con el triunfo aliado.

Pujol recibió los honores merecidos... Araceli, en cambio, nunca quiso contar cuál había sido su papel. Solo se supo cuando Garbo apareció vivo y contó su historia.

3. La guerra de Marruecos... y mucho más

OTRA mujer española figura en la lista de quienes realizaron labores de espionaje, en este caso en la guerra del Rif, aunque también desarrolló alguna actividad durante la Segunda Guerra Mundial.

Margarita Ruiz de Lihory, cuya biografía ha escrito Gadea Fitera, ha pasado a la historia por un episodio que espeluznó a la sociedad española en los años cincuenta, el llamado «caso de la mano cortada». Pero antes de que apareciera profanado el cadáver de su hija, Margarita, perteneciente a una familia aristócrata valenciana, fue conocida en los círculos gubernamentales por el papel que jugó en la guerra de Marruecos.

De gran belleza, entre sus amantes se encuentran el dictador Miguel Primo de Rivera, Manuel Aznar —abuelo del presidente José María Aznar—, Abd el-Krim y el magnate americano Henry Ford. Su padre, por el que Margarita sentía gran admiración, fue alcalde de Valencia, y su hija, para demostrarle que podía llegar tan lejos profesionalmente como un hijo varón, estudió en dos años la carrera de Derecho, hizo varios cursos de Medicina, tuvo gran éxito como pintora retratista y fue considerada como una gran pianista.

Se casó y tuvo cuatro hijos, pero el matrimonio duró poco, y ella se dedicó a viajar, añadiendo poderosos amantes a su currículum y ampliando sus contactos internacionales. En los años veinte, su amigo y examante Primo de Rivera le pidió que trabajara para él consiguiendo información sobre la guerra que se desarrollaba en el Rif, en territorio del actual Marruecos, donde miles de españoles perdían la vida en una sanguinaria contienda en la que las tropas del rebelde Abd el-Krim actuaban con la máxima crueldad.

Con un carné de periodista, Margarita consiguió llegar hasta el propio Abd el-Krim, que se convirtió en uno más de sus amantes, y además de enviar crónicas muy documentadas sobre la marcha de la guerra, elogiadas por los profesionales del periodismo de la época, cumplió perfectamente el trabajo que le había encargado Primo de Rivera ofreciéndole información sobre el origen del armamento que llegaba a los rebeldes, así como sus movimientos estratégicos. Fue relevante su papel como intermediaria para conseguir la libertad de prisioneros españoles o el canje por prisioneros marroquíes.

En ese periodo de espía y periodista que se movía con plena libertad por el Magreb, Margarita conoció al entonces comandante Franco, al que salvó la vida en dos ocasiones. Una, cuando le alertó sobre una emboscada que los rebeldes habían preparado al grupo de legionarios que mandaba Franco. Otra cuando, haciendo gala de sus conocimientos de medicina, le atendió de una

grave herida que había recibido en el abdomen. Franco siempre tuvo un gran afecto por Margarita Ruiz de Lihory, con la que mantuvo relación durante mucho tiempo, aunque nunca pasó de la admiración mutua y del agradecimiento por haberle salvado la vida en Marruecos.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Margarita pasó información a Alemania, pero su trabajo de espionaje no fue tan relevante como el de otras figuras de la época, porque además, al advertir que los aliados ganaban terreno, cesó su colaboración con Alemania y hay quien afirma que incluso fue agente doble y trabajó también para los ingleses.

Fue una mujer singular, muy avanzada para su época, feminista, sufragista, muy clasista, pues aunque tuvo una vida que podría merecer un guion hollywoodiense, su final también podría protagonizar un guion de cine, pero de cine negro.

Viuda de su primer marido, se enamoró de un médico de Barcelona, Josep Maria Bassols, con el que se casó.

Instalados en Madrid, se rumoreaba que en su domicilio, un palacete de la calle Princesa, vivían dos extranjeros misteriosos que apenas salían de casa y que las malas lenguas afirmaban que se trataba de dos alemanes, nazis, huidos tras la derrota de Hitler y que, con la ayuda de Margarita, lograron que entrara en España un buen número de alemanes que habían formado parte del círculo de Hitler.

El asunto, con tintes turbios, extraños, en el que incluso se mencionaron factores extraterrestres, se produjo cuando una hija de Margarita, Margot, sufrió una extraña enfermedad cuyo origen no se llegó a concretar. Unos médicos dijeron que se trataba de leucemia, otros de una enfermedad pulmonar, hubo quienes advirtieron que con la joven se habían hecho experimentos biológicos y mencionaron a los dos supuestos alemanes nazis que vivían clandestinamente en la vivienda, donde, al parecer, existían cámaras ocultas y túneles subterráneos.

Margarita se dedicó al cuidado de su hija, pero no pudo impedir su muerte.

El escándalo se produjo cuando un hijo de Margarita, Luis, denunció a su madre por profanación del cadáver de su hermana. Efectivamente, ante la orden judicial de analizar el cuerpo, se comprobó que al cadáver le habían cortado una mano, sacado los ojos, cortado la lengua y arrancado parte del cabello. Margarita y su marido, procesados, pasaron un tiempo en el centro psiquiátrico adscrito a la prisión de Carabanchel, y después puestos en libertad.

El juicio, que provocó la máxima expectación por la truculencia del caso y por el origen aristocrático de Margarita Ruiz de Lihory, supuso una auténtica convulsión social, acrecentada porque la censura fue implacable y obligó a suprimir fotografías de la mano cortada y conservada en un frasco; además, no permitió que se publicaran algunos de los datos más morbosos, lo que acrecentó aún más la rumorología.

La identidad de los dos hombres que al parecer se movían con toda libertad por aquella casa fue siempre una incógnita. Se mencionó a los dos supuestos alemanes nazis, pero también se dijo que se trataba de dos médicos, un cubano y un español, que habían introducido a Margarita en el mundo de la magia y las misas negras, alentado además por el interés de Margarita hacia todo lo relacionado con el mundo extraterrestre, que le había apasionado desde pequeña. Como

curiosidad, apuntar que en el juicio, y por primera vez en España, se mencionó la palabra «extraterrestre» como un elemento a tener en cuenta en el esclarecimiento del caso, que se cerró con un buen número de incógnitas sin desvelar.

Y otra curiosidad: esta periodista conoció en los años setenta, cuando vivió en Nueva York, a los dos médicos que, supo años después, de vuelta a España, habían sido mencionados en el caso de la mano cortada. Jamás les citó el nombre de Margarita Ruiz de Lihory, cuya existencia desconocía, mucho menos lo ocurrido con el cadáver de su hija. Se trataba de dos profesionales de prestigio, muy conocidos en Nueva York, muy influyentes en la colonia española de aquella época, encantadores, que celebraban cenas y recepciones en las que no faltaban diplomáticos, empresarios, periodistas y personalidades de la cultura española y estadounidense... Y a los que, por supuesto, nadie podría vincular jamás con un caso tan truculento como el de la mano cortada.

Pasaron muchos años, desde aquel morbosos caso, para que se conocieran las andanzas de Margarita Ruiz de Lihory como mujer de armas tomar, pionera del feminismo activo y amante de algunos de los personajes más poderosos del siglo xx. Un escandaloso currículum al que habría que añadir la palabra «espía».

4. «María»

No se llama así, pero su nombre forma parte de la historia de los servicios de información españoles. Que tampoco se llamaban servicios de información. Apunten su nombre, María.

A finales de los años sesenta, las universidades españolas, con la Complutense a la cabeza, se habían convertido en el principal foco del antifranquismo, con el PCE como impulsor de manifestaciones, huelgas y asambleas.

Los democristianos ejercían también una firme oposición desde una postura política muy distinta a los comunistas, y el Felipe —Frente de Liberación Popular— era el movimiento que aglutinaba a un número destacado de dirigentes estudiantiles que en su mayoría no acababan de dar el salto al comunismo, pero se sentían de izquierdas. Fue un grupo del que salieron destacados personajes que, años más tarde, durante la Transición, formaron parte de la intelectualidad española y de los equipos de políticos que hicieron el cambio de la dictadura a la democracia. Muchos de ellos se sumaron al PSOE de Felipe González, aunque otros tantos se alinearon con la democracia cristiana.

El PSOE no tuvo especial protagonismo en la universidad española de los sesenta, aunque fue la principal bandera de la izquierda tras la muerte de Franco.

Villar Palasí, ministro de Educación de Franco, pidió al Caudillo la creación de un cuerpo que se ocupara de informar sobre la situación interna de la universidad, con grupos y partidos que convulsionaban la vida educativa y además era lugar de captación de jóvenes para que se sumaran a la lucha contra el franquismo. Así nació, en 1968, la OCN, la Organización Contrasubversiva Nacional, dependiente del Ministerio de Educación primero y de Gobernación después, a cuyo frente se puso al comandante San Martín, con el capitán Andrés Casinello como experimentado profesional para asumir la responsabilidad de garantizar la delicada tarea.

La OCN, centrada en la actividad universitaria, fue el origen del primer servicio de información español —independientemente de los pertenecientes a los Estados Mayores de los tres ejércitos —, el SECED, Servicio Central de Documentación, que nació en 1972 y, siempre con San Martín al frente, pasó a depender de Presidencia.

Las discrepancias entre San Martín y Casinello habían provocado la dimisión de este último, y, posteriormente, el asesinato del presidente Carrero Blanco en un atentado de ETA llevó a su sucesor, Arias Navarro, a destituir a San Martín para colocar al frente del SECED al comandante Juan Valverde, quien llamó al ya comandante Casinello para que se reincorporara a los servicios de información.

Ya no solo la universidad era prioritaria para el SECED, sino también la lucha contra la organización terrorista vasca.

Durante los años del franquismo circularon nombres de mujeres que durante la Guerra Civil habían realizado trabajos más o menos relevantes como espías, tanto en la España llamada nacional como en la republicana, y que posteriormente habían pasado información a las fuerzas aliadas, o a las alemanas, en los años de la Segunda Guerra Mundial. Hemos apuntado algunos, pero en aquellos tiempos eran totalmente desconocidos.

España era país neutral porque Franco no cedió a las presiones de Alemania e Italia para sumarse a una guerra internacional; su prioridad era recuperarse de la Guerra Civil que había supuesto una auténtica devastación. Sin embargo, por ser país neutral, España acogía a un número importante de espías internacionales que nunca provocaron excesivo interés en las autoridades españolas, más pendientes de sus propios problemas internos y, décadas más tarde, muy preocupados por la situación en las universidades y en los movimientos católicos obreros, que consideraban focos de subversión antifranquista.

De la misma manera que la mujer española no se incorporó con normalidad al mundo del trabajo hasta bien entrados los setenta, con las excepciones que se dan en todas las circunstancias, en los servicios de información del franquismo no había una sola mujer adscrita oficialmente a esos servicios, aunque sí hubo casos puntuales de colaboración, sobre todo durante los años en los que la universidad vivía una constante convulsión política.

Para aquellos que colaboraron con los servicios españoles que acababan de nacer, la OCN y el SECED, se organizaron unos cursillos en los que se explicaban cuestiones tan básicas que parecían juegos de niños. Fueron escasos y muy cortos. Se realizaban en algún chalé alquilado para la ocasión y se presentaban como si se tratara de un grupo de estudiantes, chicas y chicos que quedaban para pasar unos días en la sierra madrileña. Se les explicaba sobre todo qué tipo de información interesaba, cómo debían actuar en las asambleas universitarias, qué personajes merecían especial atención y de qué manera se les podía vigilar sin despertar sospechas.

María. El año clave para comprender todo lo que ocurriría después es 1968. Fue el año del Mayo francés, la Primavera de Praga con los tanques soviéticos invadiendo la capital de Checoslovaquia y el asesinato del guardia civil José Antonio Pardines, la primera víctima mortal de ETA. La dirección de la OCN asumió que el servicio más importante que podía hacer a España era tener controlados los movimientos subversivos en la universidad, y solo podía lograrlo

contando con buena información salida desde dentro de la propia universidad.

A través de contactos con terceras personas y gestiones personales, desde la OCN se emprendió la tarea de captar estudiantes y profesores dispuestos a contribuir en la consolidación de una España más segura, ajena a los conatos revolucionarios que se vivían en Europa.

Entre esos captados se encontraba María, y se convirtió en una colaboradora que pasaba buena información, contrastada y cierta.

Se había puesto en contacto con Casinello —utilizaba entonces el nombre de Antonio— para explicarle que era amiga del hermano de Javier Izco de la Iglesia y quería hablar con alguna autoridad española por si podía haber clemencia para Javier.

Izco era un miembro de ETA para el que se pedía condena a muerte en el proceso de Burgos, como autor material del asesinato del comisario Melitón Manzananas, autoría que siempre negó.

María y Andrés Casinello se vieron con el hermano de Izco, y después de una larga entrevista en la que insistía que su hermano no era un asesino, le aconsejaron que solicitara al Gobierno, a Franco, la petición de gracia, en su nombre y en el de su madre. Petición que redactaron el propio Antonio y María:

Somos una familia humilde española que desea exponerle respetuosamente una súplica: se trata de nuestro hijo y hermano Javier Izco de la Iglesia, que próximamente será juzgado en Burgos, acusado, entre otras cosas, de participación en el asesinato del inspector señor Manzananas.

Excelencia, estamos firmemente convencidos de que se hará justicia, ese es nuestro deseo, sea quien sea el culpable. Pero nosotros nos dirigimos a su excelencia exclusivamente como la madre y el hermano de Javier Izco en petición de clemencia para el caso de que sea condenado a la última pena.

Nuestra confianza en la justicia y magnanimidad de su excelencia nos anima a hacerle esta petición, pero también nos atrevemos a ello apoyados en la sincera y firme adhesión que a lo largo de nuestra vida hemos manifestado hacia su excelencia y hacia los valores que su persona representa para nuestra patria, como lo demostramos con los siguientes datos que humildemente sometemos a su consideración en apoyo de nuestra súplica.

Nuestro marido y padre, Jesús Izco Anocibar, luchó como voluntario en la cruzada, en un tercio de requetés de Navarra. Herido en campaña...

Continuaba la carta con datos biográficos de Jesús Izco y se reiteraba la petición de clemencia, apelando a la «magnanimidad de Su Excelencia».

Casinello presentó la petición a San Martín, con el que todavía trabajaba, que la acogió favorablemente y le consiguió una entrevista con el entonces ministro de Justicia, Antonio María Oriol, con quien se reunieron el propio Casinello y el hermano de Izco. Reunión que resultó muy esperanzadora, probablemente porque el ministro era simpatizante de la causa carlista, al igual que el entonces director general de prisiones, el teniente coronel Zabala, de familia carlista y muy amigo de Casinello.

A Izco, condenado finalmente a muerte, le fue conmutada la pena por la de cadena perpetua y en 1977 fue indultado por el Gobierno de Adolfo Suárez. Años más tarde se integró en Euskadiko Ezkerra y, junto a los otros condenados en el proceso de Burgos, renegó de su pasado terrorista. Incluso entonces, ya indultado, siguió negando que hubiera participado en el asesinato de Melitón

Manzanas.

Este episodio tuvo continuación años más tarde, en pleno proceso democrático, con Juan José Rosón al frente de Interior.

Casinello se había convertido en una persona de la máxima confianza del presidente Suárez, que entre otras misiones le encargó la delicada tarea de entrevistarse con Josep Tarradellas en su domicilio de Saint-Martin-le-Beau, donde vivía como presidente de la Generalitat en el exilio, para negociar su regreso a España. El encuentro supuso el inicio de unas negociaciones que culminaron con éxito y con el regreso de Tarradellas a España. Éxito al que contribuyó no solo el empeño de Suárez en la concordia, sino también la gran capacidad de reconciliación de Tarradellas y su sentido de la responsabilidad, un auténtico hombre de Estado; sería injusto no mencionar también el destacadísimo papel de relevantes personalidades catalanas, entre ellas el periodista y político Carlos Sentís.

Casinello fue nombrado jefe de los servicios de información de la Guardia Civil. Cuando ocupaba ese cargo, recibió una llamada del ministro de Interior, Juan José Rosón, para que se incorporara a las conversaciones que se estaban llevando a cabo con miembros de ETA Político-Militar para que abandonaran el terrorismo.

El ministro le dijo que acudiera de uniforme a la reunión que debía mantener con Mario Onaindia, miembro de ETA-PM y negociador junto al abogado Juan María Bandrés por parte de los «polis milis», sin embargo Onaindia dijo que él no acudiría a ningún encuentro con un militar. Casinello le hizo llegar un aviso: «Decidle que me debe la vida, porque yo fui quien redactó la petición de gracia al Gobierno a los condenados a muerte en Burgos».

Aquella petición que se había hecho a través de María, hasta entonces solo informadora de las interioridades de la Complutense, para que Casinello se entrevistara con el hermano de Izco de la Iglesia, se puso sobre la mesa de la que salió, una década más tarde, la ruptura interna de ETA y la incorporación a la vida política de personajes destacados como el propio Onaindia, Teo Uriarte o Kepa Aulestia, exmiembros de la rama política de la ETA que actuaba en los tiempos de la dictadura.

María colaboró con la OCN durante años, siempre en el mismo campo, la universidad. Pasaba información sobre las manifestaciones que se preparaban, quiénes eran los líderes estudiantiles, las convocatorias, qué se decía en las asambleas, qué papeles preparaban los miembros del Felipe. Eran pocas las mujeres que hacían esa labor. Pero se trataba de una colaboración externa, nunca hubo mujeres trabajando en la OCN o el SECED, ni siquiera como secretarias o administrativas. No era chocante en una España en la que la mujer no estaba todavía muy integrada en el mundo laboral y tenía vedado el acceso a las oposiciones a juez y fiscal, o formar parte del Ejército.

5. Mujeres en un mundo de hombres

Ni una sola de las veteranas utiliza paños calientes para explicar cómo fue su experiencia de ingresar en un centro al que solo tenían acceso los hombres. Quienes además estaban habituados a

trabajar en un mundo de hombres, la mayoría de ellos militares pero también guardias civiles y policías, que promocionaban a través de una metodología perfectamente establecida: no cuestionaban jamás una orden ni se les pasaba por la cabeza que pudieran compartir espacio y responsabilidades con mujeres. Y mucho menos recibir órdenes de ellas.

Las veteranas, las que ingresaron en el CESID cuando el general Alonso Manglano decidió que había que abrir las puertas a las mujeres aunque aún tenían las puertas cerradas en las Fuerzas Armadas, no lo pasaron bien en los inicios, con algunos militares que recibieron con reticencias, cuando no con absoluto rechazo, que las mujeres entraran como compañeras en los servicios de inteligencia. Un nuevo obstáculo en un camino que no había sido de rosas, porque si la entrevista y las pruebas psicotécnicas no eran difíciles, el curso de preparación para integrarse en el Centro, de varios meses de duración, era tan duro que se consideraba normal que varios hombres, y desde entonces también mujeres, se rindieran antes de culminarlo.

La tensión permanente, la falta de horario que sirviera de referencia y el estudio exhaustivo se convertían para algunos alumnos en muros insalvables. Y a ello había que sumar la dificultad de unas pruebas que obligaban a controlar los nervios, a demostrar capacidad de reacción y a estar permanentemente alerta. Entre otras cosas, por si los compañeros no eran aspirantes a formar parte de los servicios de información, sino miembros veteranos del CESID que se mezclaban con los alumnos para someterlos a distintos retos sin que esos alumnos supieran que estaban siendo analizados, escudriñados en todas y cada una de sus reacciones.

Todo ello provocaba desazón y, lo que era más grave, una inseguridad personal que a veces llevaban a hacer creer a la mujer, que había osado internarse en aquel mundo de hombres, que no contaba con la capacidad suficiente para asumir unas responsabilidades que estaban fuera de su alcance.

Las primeras dificultades, vistas con perspectiva, podrían parecer anécdotas; de hecho, ninguna de las mujeres que hoy forman parte del CNI expresa malestar por los inicios de la convivencia con hombres habituados a que en su espacio no hubiera mujeres. Era un espacio masculino, que no debía ser «ocupado» por féminas con sus propias formas de actuar y de vivir.

En esos inicios, por ejemplo, no había baños para mujeres, y tanto ellas como ellos aceptaron con naturalidad, con inteligencia, que debían compartirlos hasta que se hicieran las reformas necesarias. Una actitud que facilitó las cosas. Hubo alguna excepción, pero nadie ha mencionado haber sufrido una incomodidad excesiva. O la han olvidado, o, con el tiempo, le han restado la importancia que pudieran sentir en los primeros momentos en los que había que acostumbrarse a una nueva forma de convivir entre compañeros.

Ellos nunca habían trabajado con mujeres. Ellas eran conscientes de que para algunos de ellos compartir espacio suponía una especie de «invasión», por no mencionar —lo supieron mucho más tarde, cuando ya había confianza entre unos y otras— que las mujeres o parejas de los primeros se sentían incómodas, por no decir celosas, de que sus maridos pasaran tanto tiempo con mujeres y, lo que es peor, compartiendo experiencias, situaciones difíciles —lo cual une mucho—... y viajes.

Incluso hubo hombres que trataron de evitar las guardias con mujeres, o los viajes, para no tener

problemas en casa. El tiempo, como siempre, suavizó las cosas, hizo desaparecer los «malos rollos» familiares, como se dice coloquialmente. Hasta el punto de que fueron varias las esposas de miembros del CESID, además de ellos mismos, los que con el tiempo confesaron a sus compañeras los problemas iniciales. Hay que recordar que en el mundo militar, al que pertenecían la mayoría de los miembros del CESID cuando llegaron las primeras promociones de mujeres, la mayoría de las esposas no tenían más función que cuidar de la casa y la familia. Un trabajo, el de ama de casa, nunca reconocido lo suficiente, ni social ni económicamente, pero que sobre todo en los años en los que las mujeres entraron en el CESID, aislaba a esas mujeres del mundo laboral en el que se movían los maridos, a los que casi solo acompañaban a actos sociales.

Marián, hija de guardia civil, no sabía exactamente en qué consistía el método de acceso, de hecho ni siquiera estaba muy segura de qué era el CESID. Se presentaron ciento veinte aspirantes que se sometieron a pruebas de retención, memoria, un test cultural, personalidad, capacidad de observación... «Nos dieron una charla sobre el Apolo XII y tuvimos que responder después a toda clase de preguntas. No fue complicado. Una vez aprobada la selección, iniciamos el curso, que duró varios meses. Éramos diecisiete hombres y doce mujeres... y lo finalizamos doce hombres y nueve mujeres».

Las pruebas eran duras, difíciles en todos los sentidos, pero valía la pena la experiencia. Del curso salió un equipo muy unido tras las muchas experiencias compartidas.

«Recuerdo que me preguntaron si me sentía capaz de entrar en un bar y llamar la atención de forma escandalosa —cuenta Marián— y respondí que sí, claro, pero con lo que no contaba era con que no me dieron ni un segundo para prepararme. Me armé de valor y entré en el bar. En Argüelles. Furiosa, gritando que venía de una entrevista de trabajo con un tipo que había intentado propasarse. Fingí enfado, nervios, insultos contra el tipo... El del bar me tranquilizó, me ofreció una manzanilla, me escuchó... y hasta hoy».

Teresa también es hija de guardia civil, y después de estudiar COU, un primo le dijo que pidiera a su padre que le ayudara a meterse «donde estoy yo», pero la respuesta de su padre fue muy clara: la ayudaría a entrar en el Cuerpo Superior de Policía, «pero donde tu primo, eso, ni hablar», y Teresa se quedó con las ganas de saber qué era «eso», pues no consiguió sacárselo ni a su primo ni a su padre.

Tiempo después se encontró con un amigo de su padre que le propuso presentarla a un trabajo «donde está tu primo», y Teresa, intrigada, le respondió que sí. Todo le parecía muy misterioso, y por tanto muy atrayente, sobre todo cuando aquel amigo de la familia le insistió en que no contara nada a su padre. No lo hizo, así que se quedó sin saber qué era exactamente lo que le estaba proponiendo.

Unas semanas después recibió una carta en la que la convocaban tal día a tal hora para una entrevista. «Éramos unas trescientas o cuatrocientas personas, y seguía sin tener ni idea de qué era el trabajo, porque de los test psicológicos, personalidad y cultura no se podía deducir nada».

Cuando se echa la vista atrás y se analiza cómo se inició el «fichaje» de mujeres para el CESID, se llega a la conclusión de que existían reticencias importantes en algunos miembros del Centro para recibir las. Era como si aplicaran la falta de información para desmotivarlas, para provocar

que alguna de las que se presentaban a las pruebas —todas ellas inducidas por personas que ya estaban dentro— decidiera no dar el paso al sospechar que tanto secretismo no presagiaba nada bueno. Teresa, sin embargo, sintió lo contrario, le interesaba aquel misterioso trabajo.

«En la entrevista personal con un tribunal ya te dabas cuenta de que no era nada convencional. Me preguntaron si sería capaz de tirarme en paracaídas y respondí que sí, que además iba con mis padres a un club militar cerca de un paraclub donde se veían los saltos y me gustaba, no me asustaban esas cosas. Me dijeron que ya me avisarían y me mandaron para casa. Seguía sin saber para qué trabajo me estaba presentando como candidata».

La volvieron a convocar por carta para un curso de tres semanas. «Soy de la segunda promoción de mujeres operativas del CESID y aquel curso de tres semanas fue solo de chicas. Los siguientes ya no, pero el nuestro solo chicas. Yo era muy joven, tenía dieciocho años, y nos fueron haciendo pruebas distintas para ver cómo nos defendíamos. Recuerdo una en la que me dijeron que me fuera a la calle y trajera un gato. Pregunté qué tipo de gato, porque podía ser el de un coche. Creo que les gustó que fuera tan precisa. También nos pedían que hiciéramos recorridos, y nos hacían preguntas sobre todo tipo de detalles para evaluar nuestra capacidad de observación. Pasamos once el curso de preparación, que era más largo, de varios meses, y ya mixto, hombres y mujeres. Fue duro, te ponían a prueba constantemente para ver cómo te desenvolvías. Por ejemplo, te decían que entraras en un hotel y averiguaras la marca de la cocina. Y tenías que arreglártelas para encontrar la manera de que te dejaran entrar en la cocina, inventarte algo para conseguirlo».

Lo que más chocó a Teresa de ese curso fue que «tenías que demostrar tu capacidad de aguante permanentemente. Hubo gente que no lo soportó, que pidió la baja y se fue. Lo peor de todo era el sueño. Te tenían todo el día activo, horas y horas, hasta que no podías más de cansancio. Pasabas tres o cuatro horas durmiendo, y de nuevo a trabajar. Aprendes a comer a toda rapidez, tanto que en la actualidad sigo con ese ritmo y mi hija me dice que como demasiado deprisa. Pero lo que más me marcó fue la falta de sueño, pues teníamos muy pocas horas de descanso entre una jornada y otra».

Un dirigente del CNI actual, muy vinculado a la formación después de pasar por distintas secciones y departamentos, cree que el rechazo inicial de algunos militares a su presencia se debe fundamentalmente a que «no estaban acostumbrados al trato con mujeres en el trabajo. Al CESID llegaban militares con un gran recorrido profesional a sus espaldas y de pronto se tenían que poner a trabajar con mujeres en un plano de igualdad de funciones, o incluso a las órdenes de jefas. Algunos no lo asimilaban, estaban incómodos, cuestionaban sus decisiones... Fueron pocos, y no se quedaron. Volvieron al Ejército. Hay que comprender que no siempre es fácil para un militar quedar subordinado a alguien con rango inferior, mujer o no mujer; y en determinadas circunstancias, o determinados momentos en los que hay que tomar decisiones, pues se producían choques. Creo sinceramente que ha habido más problemas en el CESID por la convivencia y la subordinación militar-civil, que por la dinámica hombre-mujer. Y adaptarnos a eso llevó un tiempo, aunque para unos fue más fácil y rápido que para otros. Había además el problema de los salarios, con diferencias muy sustanciales entre militares y civiles... Afortunadamente, todo eso lo arregló el estatuto de personal. Pero hay que tener en cuenta que el problema de la subordinación afectaba también a los civiles».

«¿Que si las mujeres llegan a todo? A todo, en operaciones de riesgo no se quedan atrás de lo que

pueden hacer los hombres. Y es impresionante su alto nivel para el análisis, o en tecnología. Tengo que confesar que me sorprendieron al principio, con un afán de superación que me deja alucinado. Las he conocido en situaciones muy complejas y veo que han sido capaces de ingeniárselas para entrar en cualquier sitio, hablar con quien haga falta, coger algo sin que nadie las detecte... Me producen una profunda admiración».

Pero hay algo que no se aprende en ninguna escuela, sino que forma parte del propio ser de las personas: adaptarse a las circunstancias, respetarse a sí mismo y a los demás.

Añade ese directivo que «cuando en un organismo, una empresa, una institución, la incorporación de las mujeres se ha hecho sin anestesia, sumándolas a un mundo exclusivo de hombres que además no fueron consultados sobre su estado de ánimo para compartir espacio y responsabilidades con mujeres, es lógico que aparezcan problemas. Más aún si se trata de una institución no militar pero con personal que en su casi totalidad pertenecía a la familia militar, que nunca había considerado a la mujer como una posible compañera de trabajo y en la que las promociones se hacían en función de la antigüedad, la hoja de servicios y una escala de ascensos perfectamente regulados».

En todos los casos, las mujeres del CESID a las que se pregunta por su trayectoria destacan que las primeras dificultades, y casi las únicas, estuvieron relacionadas con el hecho de que irrumpieron en un mundo de militares. La mayoría, con el tiempo, se acoplaron a la nueva situación, a veces con un gran esfuerzo personal, pero lo hicieron. Los menos pidieron cambio de destino a una unidad militar —que también, a los pocos años incorporaron a la mujer, pero su carrera, como la de los hombres, estuvo determinada por los años de servicio—, y muchos de los que se quedaron han reconocido que trabajar con mujeres les supuso un enriquecimiento no solo profesional sino también personal. Consideran que el trabajo compartido con mujeres no solo había cambiado su concepto sobre el papel de la mujer en el mundo, sino que les había enriquecido en lo profesional y lo personal.

Félix, con muchos años en operaciones a sus espaldas, confiesa que una de las preguntas que se hacían entre los compañeros, y que les hacían también desde fuera del Centro, era si habían sido capaces de asumir bien no solo trabajar codo a codo con mujeres, sino ser subordinados de alguna, como ocurrió antes de que transcurriera mucho tiempo desde que el CESID les abrió sus puertas.

«Fue ya una de las preguntas que me hicieron durante las pruebas para entrar aquí, si me molestaría que me mandara una mujer. Y la respuesta fue que no, que si me mandaba suponía que era porque se consideraba que estaba capacitada para hacerlo. He sido subordinado de mujeres, jefe y compañero, y jamás he encontrado falta de colaboración en ninguna de esas situaciones, como tampoco creo que sea más difícil realizar una misión si hay mujeres en el equipo. Al contrario. Trabajé con mujeres en la lucha contra ETA y, al igual que los hombres, aunque se trataba de una banda terrorista y por tanto de operaciones peligrosas, las mujeres hacían seguimientos, conducían, entraban en viviendas en las que podían encontrarse terroristas y conseguían información como el resto de los compañeros. Por cierto, en los seguimientos hay que cambiar de apariencia con cierta frecuencia, y ellas siempre lo tenían más fácil. Además, estaban más pendientes de los detalles que nosotros, no se les escapaba nada. Los hombres lo tenemos más complicado, tenemos menos complementos para cambiar de aspecto, podemos cambiar de

chaqueta, ponernos el pelo para atrás, de punta o hacernos raya, podemos utilizar una peluca, un bigote, unas gafas... pero poco más. Nos es más difícil hacer otro tipo de cambios. Por ejemplo, no es fácil cambiarnos de zapatos porque no llevamos otro par a mano, por lo que ocupa. Ellas en cambio pueden meter unas chanclas o unas manolitas en el bolso. Cambian de fisonomía en un minuto, se quitan o ponen una chaqueta, se colocan una diadema en la cabeza, se hacen una coleta, se echan un echarpe sobre los hombros o se ponen unas gafas de sol... y son otras. Sobre todo en los seguimientos a pie las mujeres se han convertido en imprescindibles».

Cuenta que hay mujeres en la lucha contra el terrorismo yihadista que trabajan sobre el terreno y que han demostrado una valentía fuera de lo común. No se echan atrás nunca ante las dificultades, ni siquiera cuando su aspecto físico puede delatarlas o ponerlas en situación de inferioridad frente a los hombres: «Recuerdo una que era tan menuda, tan pequeña, que el chaleco le quedaba grande y además le pesaba mucho. Todas ellas han realizado un trabajo excepcional. Tienen una ventaja sobre nosotros, que se ponen un velo y pasan por afganas, no levantan sospechas, van perfectamente camufladas. Igual ocurre con las que tratan de detectar yihadistas en Ceuta y Melilla o en las ciudades cercanas en las que se produce tanta captación de jóvenes para que se sumen al terrorismo yihadista».

Félix, sin embargo, no solo demuestra admiración por las mujeres que intervienen en operaciones peligrosas, sino que la extiende a las que siendo operativas tienen una familia y son madres, porque necesitan compaginar dos vidas que en muchos momentos son incompatibles. «Las mujeres son especiales. De valentía comprobada y con un entusiasmo fuera de lo normal. Reaccionan además de forma más sensible a como reaccionamos nosotros. Recuerdo una operación en la que intervenía nuestro equipo. Un seguimiento. Una parte del equipo iba por una carretera llena de curvas que accedía a una autopista y la otra fracción iba por la autopista. La mía era la de la carretera, yo iba en el coche con una chica. Con el equipo disminuido por haberlo dividido había más riesgo de perder el objetivo, a nosotros nos pilló un atasco y tardamos muchísimo en incorporarnos a la autopista. Tuvimos que ganar terreno a una velocidad de vértigo, verdaderamente nos íbamos jugando la vida. En un momento determinado ella solo dijo: “Piensa en tus hijos”, y reaccioné. Le salió el espíritu maternal, cosa que a mí no me había ocurrido. Pero aparte de esos sentimientos que nosotros no siempre tenemos ante una situación de riesgo, ellas hacen las mismas cosas que nosotros, las mismas. Siguen los mismos cursos y, desde luego, ponen los coches y las motos a la misma velocidad que nosotros».

El entusiasmo que siente Félix hacia sus compañeras es ilimitado, lo confiesa abiertamente, sin complejos. Sobre todo si se trata de mujeres destinadas en operaciones, en las que además de que se viven situaciones de peligro, nunca se sabe cuándo acabar la que se tiene entre manos. «Del trabajo que tenemos que realizar nos enteramos el día anterior por la noche. Llamamos y es cuando nos dicen qué hay que hacer al día siguiente, pero a veces llamas y te dicen que todavía no te pueden adelantar nada y que te pongas en contacto con el Centro más tarde. Y entonces te indican que debes presentarte en unas horas con una maleta para tres días, cuatro o los que sean. Ahora hay algo más de previsión, pero no mucho más. Surgió una incidencia en el transcurso de una operación en Madrid y tuve necesidad de utilizar a más personas. Telefoneé a una compañera que tiene tres hijos para preguntarle si podía incorporarse a la actividad operativa. En Madrid. Toda la noche. Su respuesta fue que cuánto tiempo le daba y le dije que dos horas. «Cuenta conmigo». Nada más. Siempre me pregunto cómo se las arreglan las mujeres con hijos en un trabajo como este para dejarlos al cuidado de alguien a horas intempestivas».

Es obligado preguntar por la reacción de las mujeres ante operaciones especialmente peligrosas, y Félix lo tiene claro: «Todas las operaciones con gente armada son peligrosas, todas. Y cuando hay que controlar gente con delitos de sangre, como ocurría con ETA, el riesgo es grande. Sin embargo, no he conocido a una sola mujer que haya entrado en pánico».

6. Señor profesor

JUAN, militar, tras ocupar varios destinos en el CESID primero y el CNI después, fue nombrado jefe de la escuela del CNI.

«El primer día —explica— los alumnos llegan de la calle con una maleta, les metemos en un minibús e inician el curso en régimen de internado, una semana, fuera de la escuela. Esa semana se les explica qué es un servicio de inteligencia, cómo funciona, de qué manera afecta a nuestra vida privada y, sobre todo, se les inculca el conocimiento de lo que es el Estado, la necesidad de garantizar su seguridad y cómo funcionan los organismos que sirven al Estado. Después se inicia en la escuela el curso común, y a continuación todos deben hacer alguna especialización. Es obligatorio. Operativos, seguridad, inteligencia, comunicaciones, etc. Los cursos más largos son los de inteligencia y los operativos, y la especialidad viene determinada por la formación previa de los alumnos y por las necesidades del Centro».

Habla con orgullo de la formación que reciben los miembros del CNI, y se ha llevado más de una sorpresa por la actitud de las mujeres ante los retos que se les planteaban: «En una ocasión, en el curso básico de formación, pedimos a una mujer que contactara con un árabe dueño de una tienda de productos de alimentación. Nos contó que él se mostró desconfiado, reticente a entablar conversación, pero consiguió que se confiara y hablara finalmente con ella de algo más que no fuera preguntarle algo concreto sobre un producto que quería comprar. Se le había encargado a esa mujer que tratara de prolongar la relación, que acudiera a la tienda con más frecuencia e iniciaran una especie de amistad, porque, a los efectos del ejercicio, se suponía que podía dar información valiosa. Fue tan bien que al tercer o cuarto encuentro le propuso presentarle a su hijo. Era muy buena en su trabajo y consiguió una relación estrecha con padre e hijo, se ganó su confianza y amplió el objetivo que le habíamos marcado».

¿Alguna decepción con alguna mujer? «No, nunca, aunque es verdad que al principio de los cursos hemos encontrado alguna reacia porque le faltaba confianza en sí misma. Recuerdo un caso así, con un equipo formado por dos chicos y una chica, a los que pedimos una prueba de llegar a determinado objetivo. Veíamos que el protagonismo lo marcaban ellos, que establecieron relación con el objetivo y estaban muy satisfechos de su trabajo. Les dijimos que muy bien pero que tenía que intervenir su compañera. Ella no lo tenía claro, no creía que fuera necesario, porque los chicos habían conseguido lo que se les había indicado; pero se les insistió a los tres, sobre todo a ella, que debía ser así. Cuando se dio cuenta de que no tenía más remedio, se empeñó en hacerlo bien. Ella misma ideó una estrategia, ideó la operación de acercamiento al objetivo y, con el apoyo de sus compañeros, salió todo muy bien, logró un buen resultado. No decepcionó, sino todo lo contrario, pero al principio tenía miedo a fallar y hubo que darle un empujón. Eso ocurre también con los hombres, al comenzar es bastante habitual que ellos y ellas se sientan incapaces de realizar determinadas actividades. Por eso son tan importantes los cursos de formación y las

pruebas a las que sometemos a todos los alumnos. Aprenden a superar las dificultades y a confiar en sus propias capacidades y en las de sus compañeros. A las mujeres lo que más les preocupa en el curso de formación es que se les encargue abordar a un musulmán, porque sienten que deben hacerlo en un ambiente hostil hacia ellas. Y esas barreras aprenden a eliminarlas en la escuela».

La escuela, por otra parte, es un centro en el que se conoce a fondo a los compañeros, porque la convivencia es parte del entrenamiento, y superar juntos las dificultades, los retos, las situaciones complicadas, une a unos y a otras. Y a los unos, en los tiempos iniciales en los que eran tantas las reticencias a la presencia de la mujer, el curso de formación les servía en la mayoría de los casos para borrar prevenciones, anular suspicacias y ver a las mujeres como compañeras.

Confiesa Juan, como militar, que no sintió rechazo al llegar al CESID y encontrar a mujeres trabajando en el servicio cuando todavía no las había encontrado en el Ejército, «pero mentiría si no dijera que al principio sentí sorpresa, curiosidad. Llegué al CESID directamente de un destino militar, y en el curso de formación ya encontré mujeres. Pero encontré también otras particularidades, como que no llevábamos uniforme y además había una convivencia muy especial entre todos, sin distinciones. Tengo un recuerdo estupendo de aquella etapa. La llevé muy bien, no hubo ningún choque. En mi primer destino en el CESID compartía despacho con tres mujeres, y una de ellas era mi tutora, mi superior. Siendo militar, aquello podía suponer un problema, pero la verdad es que tras el curso de formación fue fácil considerar a las mujeres como unas compañeras más. Pero dicho esto, tengo que reconocer que ha habido gente que no lo ha aceptado tan bien, o con tanta facilidad. Conocí a un compañero militar que no se adaptó a compartir despacho y trabajo con una mujer... y acabó yéndose. Creo sinceramente que nuestro director de entonces, el general Manglano, tuvo muy buen criterio al dar entrada a las mujeres en el CESID antes de que lo hicieran en el Ejército. Se empeñó y hubo que aceptarlo. Eran lentejas, las tomas o las dejas. Hubo pocos que no lo aceptaran. Y con el tiempo se comprobó que fue una gran idea».

No hay sectores en los que se busquen más mujeres que hombres, o al contrario. Es exactamente igual —asegura— y pone mucho énfasis en eso. «Todos valen para todo, no por tópico, sino porque es una realidad. En los equipos es importantísimo que en cada uno de ellos haya personas de distintas procedencias y de diferentes sexos. Es fundamental que convivan en el trabajo unos y otras, y que en cada momento se elija el perfil que más convenga».

Pone distintos ejemplos: «Hay ocasiones en que para una actividad determinada es mejor que lo haga una pareja que un hombre o una mujer solos, porque la pareja tiene más justificación para pasar inadvertida. O, por ejemplo, si es necesario abordar a una mujer árabe que está sola, un hombre tendría dificultades para hacerlo y conviene por tanto contar con una mujer. Como anécdota, en el curso que acaba de terminar les advertí a todos al principio que en algún momento tendrían que abordar a hombres y mujeres musulmanes, con el fin de familiarizarse con ese ámbito. Vi algunas caras que indicaban que no sabían si serían capaces, pero al final de curso esas caras de escepticismo habían desaparecido. Sabían, ellos y ellas, que podían hacerlo».

Pone un ejemplo muy gráfico: «Quisimos contactar con el dueño de un bar de Madrid porque tenía una posición privilegiada y, a efectos del ejercicio, suponíamos que podía convertirse en una fuente. En el bar todos los clientes eran musulmanes, y sin embargo no hubo problema para que uno de los nuestros, como ejercicio práctico, entrara en el bar y entablara conversación con el dueño. Prácticas parecidas se han hecho con mujeres. En un país árabe puede resultar difícil que

una mujer entre sola en un café, pero los musulmanes que viven en España aceptan con naturalidad que una mujer lo haga aquí. Están acostumbrados a la presencia de la mujer y a relacionarse con ellas».

Juan se expresa como si el curso de inicio, el de ingreso, no fuera excesivamente duro, probablemente influye que los fracasos no los tiene en cuenta; sin embargo, se contabilizan por docenas los que han tirado la toalla porque se sentían incapaces de superarlo. No hay miembro del CNI, hombre o mujer, que no califique las pruebas de ingreso como el momento más difícil de su trayectoria, incluso los que han formado parte de operaciones de alto riesgo. Los retos personales que suponían algunas de esas pruebas todavía los recuerdan con una mezcla de vergüenza insuperable, temor a la reacción de un personaje desconocido, miedo a quedarse sin habla o paralizado por no saber cómo responder ante una situación que se les iba de las manos.

Se aprende trabajando, como en tantas otras profesiones. En el CNI se aprende, día a día, a superar situaciones imprevistas, a relacionarse con los compañeros, a sortear las dificultades, a preparar el cuerpo para largas jornadas sin descanso, a aguantar el sueño, el hambre, el frío y el calor. Se aprende trabajando a desarrollar la intuición, a distinguir un ruido sospechoso de uno habitual, se aprende a detectar el tono de voz del que miente, o a desconfiar de quien se toma demasiadas confianzas. Pero también se aprende, y mucho, en ese tantas veces mencionado curso de formación inicial que dura varios meses y que no todos los alumnos superan, aunque los hay que consideran que más difícil que ese periodo de instrucción fueron los días en los que fueron sometidos a diferentes pruebas de selección para comprobar si estaban capacitados para ingresar en el CNI e iniciar su vida profesional.

Juan, antes de ser jefe de la escuela, pasó la mayor parte de sus años de trabajo en el CESID y CNI en Inteligencia. Después le enviaron al extranjero, y a continuación ocupó el cargo de responsable de la delegación del Centro en una comunidad autónoma.

«La formación, lógicamente, ha evolucionado con el paso del tiempo y nos regimos por el estatuto del CNI. Con una parte general, que es la misma para todos, y después la especialización y perfeccionamiento. El curso lo imparten personas del Centro y también, como es lógico, personas de otras instituciones y organismos expertos en materias determinadas. Por ejemplo, para las TIC, las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones».

Félix no oculta su admiración por el trabajo de las mujeres que ha conocido en el CNI: «Cuando era jefe territorial, una mujer que trabajaba conmigo me confesó que no dormía pensando cómo conseguir determinado objetivo. No se trataba de una operación de riesgo, pero sí muy compleja, que podía comprometer a mucha gente si no salía bien, por lo que se sentía obligada a desplegar toda su habilidad y experiencia. No dormía, pero finalmente me explicó cómo la había planteado y salió perfecta. Las mujeres tienen esa capacidad de planificación, de organización, de preocupación para no dejar cabos sueltos, que tiene mucho que ver con su propio papel vital».

Concluye Juan que «en la escuela se aprende lo que se necesita aprender. Hay que pedir a los alumnos el nivel de exigencia acorde a los puestos de trabajo que van a ocupar. Si las misiones son de alto riesgo, hay que prepararlos para afrontar esas situaciones. Nunca he visto mujeres reticentes a intervenir en situaciones de riesgo; al contrario, hay misiones muy complejas y en casi todas intervienen mujeres. Hay misiones en las que muchos se lo piensan antes de aceptarlas; por

ejemplo, ir a Siria. Pero se lo piensan hombres y mujeres. Cuando la guerra de Irak, planteamos que había que mandar a alguien allá. Se convocaron las vacantes y hubo varios peticionarios, hombres y mujeres. La formación de las mujeres es exactamente igual a la de los hombres, hacen los mismos ejercicios: tiro, manejo de explosivos, inteligencia, análisis... Hay mujeres de apoyo a las Fuerzas Armadas en Afganistán. Aquí se trabaja sin tener en cuenta si un puesto se cubre con un hombre o con una mujer, sino quién es el mejor, o la mejor, para ese destino. Excepto en algunos casos concretos, en los que hay que valorar qué nos interesa tener. Por ejemplo, como he dicho ya, cuando se trata de casos relacionados con musulmanes. Los buenos servicios de inteligencia son los que tienen muy claro que en los puestos deben estar los más adecuados, los mejores».

Son los más adecuados, los mejores, pero confiesan que las pruebas que debieron superar pusieron a prueba, nunca mejor dicho, sus nervios, su paciencia y su propia estima, la seguridad en ellos mismos. Una de las personas que se sometió a los distintos test, interrogatorios y retos explica que quería entrar en el CESID porque dominaba varios idiomas y pensaba que era el lugar idóneo para trabajar como traductora. Sin embargo, nunca pensó que iba a tener que enfrentarse a las mismas pruebas de las compañeras que pretendían ser destinadas a operaciones, a contrainteligencia o a la lucha antiterrorista. Sí era consciente de que tendría que demostrar su capacidad de mantener la confidencialidad de los datos que manejaba, la lealtad absoluta al CESID y al país, que ni siquiera debía concretar cuál era su lugar de trabajo, solo que estaba destinada en Defensa, lo que la convertía en una funcionaria como tantos otros centenares de miles de españoles, y se sorprendió al comprender que, fuera cual fuese la labor que se le encargara en el CESID —era CESID cuanto ingresó—, estaba obligada a superar las mismas pruebas que el resto de sus compañeros.

Se lo explicaron cuando expresó su contrariedad ante la dificultad de algunas pruebas que le parecían impropias para quien solo aspiraba a traducir documentos: iba a tener acceso a información muy delicada, secreta en algunos casos, y era necesario evaluar su nivel de compromiso y responsabilidad.

Entre las pruebas iniciales de la escuela, recuerdan algunas de las mujeres que hoy ocupan cargos de responsabilidad en el CNI que debían leer un libro y analizarlo en un informe escrito en solo veinticuatro horas de tiempo, pasar exámenes sobre su capacidad de observación tras ver una película o unas imágenes durante unos segundos; a una aspirante le pidieron que detuviera la circulación en Cibeles... y que saliera después con bien del atolladero, del lío de tráfico que había organizado. Solicitaban información sobre un asunto sin apenas tiempo para conseguir la información de una forma convencional, y había que ingeniárselas para encontrar atajos con los que lograrlo, o te daban el nombre de una persona que te proporcionaría una información en un lugar determinado, generalmente en la calle, y debías acudir allí sin saber quién era el sujeto, cómo identificarlo y de qué manera podías preguntarle para no equivocarte y cometer un error que supusiera suspender la prueba.

A una de las mujeres que hoy todavía confiesa la angustia que vivió, le dijeron que abordara a un desconocido en una cafetería y le sacara toda la información que pudiera sobre él mismo y su vida. Se acercó a él y le dijo que creía que la estaban siguiendo, que por favor le diera conversación para hacer ver que estaba acompañada, fingió que estaba muy nerviosa, con miedo... y el hombre picó. La invitó a un café, le dio conversación para que se tranquilizara... y

en el transcurso de esa charla «tranquilizadora» le dio los datos que necesitaba sobre sí mismo. Prueba superada.

7. La primera gran jefa

CUANDO la llamó Jorge Dezcallar para comentarle: «No puedes decir nada, pero te voy a nombrar secretaria general», la reacción de María Dolores Vilanova fue de incredulidad: «¿Has desayunado?».

Sí, el director del recién creado CNI —Dezcallar— había desayunado, lo había pensado bien y estaba convencido de que Vilanova, cuarenta y dos años, jefa de la división de contrainteligencia, era la persona adecuada para convertirse en la primera gran jefa de los servicios de inteligencia españoles. La primera secretaria general, número dos del Centro. Fue pionera, y además creó un precedente al que se dio continuidad: sin que nadie lo hubiera indicado y sin que lo recogiera la ley reguladora del CNI impulsada apenas unos días antes por Dezcallar, desde entonces la secretaria general ha estado siempre en manos de mujeres. María Dolores Vilanova, Esperanza Casteleiro, Elena Sánchez Blanco, Beatriz Méndez de Vigo y Paz Esteban. Pero Vilanova, al ser la primera, no daba crédito al anuncio que le acababa de hacer Dezcallar.

La conversación fue en términos coloquiales: «Se te ha ido la olla». «No. Pienso que eres la mejor para ese puesto, pero no digas nada todavía porque se lo debo comunicar al presidente y a Trillo (ministro de Defensa), pero seguro que les parece bien». «Pero es que las cosas no se hacen así, primero tendrías que habérmelo dicho a mí, y luego al Gobierno...». «No se lo puedes decir a nadie...». «¿Ni siquiera a mi marido?». «A tu marido sí, pero discreción absoluta».

María Dolores Vilanova, primera mujer en acceder a la secretaria general del CNI, al contrario que la mayoría de las mujeres que trabajan en los servicios españoles de inteligencia, no pertenecía a una familia militar ni conocía al general Emilio Alonso Manglano, el director del CESID, luego CNI, que incorporó a las mujeres al Centro antes de que se les abrieran las puertas en el Ejército.

El padre de Vilanova era ingeniero industrial, ella había estudiado Derecho y preparaba oposiciones a Judicatura y Fiscalía, lo que era habitual en aquellos años, se preparaban las dos oposiciones simultáneamente. Un tío político suyo, militar, le preguntó si quería un trabajo, que estaban haciendo pruebas en el CESID, y la respuesta de María Dolores fue una pregunta: «¿Eso qué es?». «Un organismo del Ministerio de Defensa». «¿Trabajaría como abogado en el ministerio?». «No exactamente, se trata de hacer informes, análisis sobre la situación internacional...».

Le dijo que sí, entregó los documentos que acreditaban su licenciatura en Derecho y siguió con sus oposiciones. Seguía sin saber qué era exactamente el CESID. Se examinó de la primera prueba de la oposición, que era lo que verdaderamente le importaba y, cuando estaba esperando para leerla ante el tribunal, le llamó su tío para que se presentara en el CESID.

Acudió, con más curiosidad que interés, a la sede que tenía entonces el Centro en el paseo de la Castellana, y lo primero que le preguntaron fue por la persona que la había recibido, de qué color

era su corbata, los zapatos, qué le había dicho exactamente cuando la vio... Su impresión fue que se encontraba entre gente «rara», pero se sometió a las pruebas psicológicas y de observación que se prolongaron toda la mañana.

La lectura de su primer examen de la oposición estaba fijada para dos días más tarde, que fue cuando la citaron en el CESID para continuar con el proceso en el que se decidiría su posible admisión. Cuando dijo que no podría acudir a las nuevas pruebas porque debía leer su ejercicio de oposición, le respondieron que si no iba no se molestara tampoco en acudir al día siguiente. Decidió jugársela y respondió que acudiría a la hora en la que la habían citado.

Hizo la prueba en el CESID en apenas tres cuartos de hora cuando el tiempo marcado era de dos horas, se fue corriendo a la sede del Supremo donde debería leer su ejercicio de la oposición, subiendo las escaleras de dos en dos; de allí a la Audiencia Nacional —enfrente— para continuar con otro ejercicio de la oposición, y cuando regresó finalmente a casa tenía fiebre. El estrés, los nervios. Al día siguiente, de nuevo a Castellana para continuar con la gente del CESID. Y entró. La aceptaron. Abandonó las oposiciones, ya no se presentó al segundo ejercicio.

Un mes más tarde de iniciar el proceso de admisión, con los test psicotécnicos y un informe exhaustivo sobre la película *El factor humano*, ya estaba dentro del servicio de Inteligencia, donde tuvo que hacer el curso obligatorio de varios meses en los que continúan las pruebas psicotécnicas y la formación especializada. Al terminar fue destinada a Contrainteligencia.

Para María Dolores Vilanova, como para mucha otra gente que forma parte del CESID, ahora CNI, la «Contra» es el alma del servicio, lo que habitualmente define a los servicios de inteligencia, y que además conecta con todas y cada una de sus estructuras. La mítica de la literatura o las películas de espionaje encuentra en los departamentos de contrainteligencia el referente para sus guiones de ficción. María Dolores Vilanova lleva más de treinta años trabajando en el CESID primero y CNI después y ha sido la primera mujer en acceder a la secretaría general, pero también la primera mujer jefa de área y jefa de división en el Centro, en este caso de la división de Contrainteligencia.

La expectación por su nombramiento como secretaria general provocó un acoso periodístico sin precedentes, que ella neutralizó extremando las medias de discreción. No existen apenas fotografías suyas, sus vecinos no saben cuál es su dedicación, aunque siempre ha vivido en la misma casa. Incluso una vecina le hizo un día una confidencia: en su edificio residía «un pez gordo», pero no sabía quién era. Si se pincha en Google y se escribe su nombre, aparecen centenares de fotografías... pero ninguna corresponde a su rostro. Como si no existiera... aunque existe y es una mujer amable y extrovertida. Pero de la misma manera que ha puesto una barrera entre su vida profesional y la privada, como la mayoría de sus compañeros de oficio, los que trabajan en el CNI, se ha empeñado además en la invisibilidad. Y la ha conseguido. Solo le ponen cara, aparte de sus compañeros, los que ella ha decidido que no le importa que le pongan cara.

Cuando María Dolores Vilanova empezó a trabajar en el CESID, casi todo el personal estaba formado por militares, guardias civiles o policías, y la mayoría de los civiles tenían contratos temporales y realizaban labores administrativas. En la «Contra» estaban destinadas cinco mujeres, y solo una de ellas era licenciada. El resto eran militares, hombres de edad que trataban a las mujeres, sobre todo a las recién llegadas, con indisimulado paternalismo. Las llamaban «las

niñas». Con el tiempo fueron entrando hombres más jóvenes con edad parecida a las de las recién licenciadas. Al principio de ocupar sus mesas esas licenciadas escucharon en más de una ocasión que sus compañeros se preguntaban: «¿Qué hacen estas aquí?».

Los cambios fueron tan rápidos que apenas hubo tiempo de asimilarlos. María Dolores tenía veinticuatro años cuando ingresó en el Centro. En la época de Manglano la nombraron jefa de área; en la de Calderón, jefa de división, y en la de Dezcallar, secretaria general. En cada caso fue la primera mujer en ocupar esas responsabilidades. En esa trayectoria, un concepto se le quedó grabado: «Aquí se trabaja por dinero como en cualquier otro sitio, pero la diferencia respecto a otros trabajos es que esto hay que creérselo. Porque esto no es una vocación, sino que trabajamos aquí porque queremos hacer cosas por nuestro país».

Ese proceso de ascensos, tan asombrosamente rápido, tuvo su arranque cuando, sin apenas experiencia, le llegó un papel del general Manglano, escrito a mano, en tinta azul, como descubrió después que era habitual.

No lo conocía y recibir una nota del director le causó perplejidad y, cómo no, miedo de haber cometido un error tan grave que el propio Manglano se veía obligado a intervenir.

Le decía que debía desplazarse a Melilla y hacer un informe sobre la situación. Se estaban produciendo problemas serios en la frontera, además eran constantes las escaramuzas entre musulmanes y también entre musulmanes y cristianos. Manglano le advertía que «me gustaría saber si le motiva o no; porque si no le motiva, no va». Evidentemente, María Dolores Vilanova expresó su disposición a viajar.

Lo primero que hizo fue mirar un mapa. Su desconocimiento sobre Melilla era total, hasta el punto de que no sabía exactamente la distancia entre Ceuta y Melilla, cuál de las dos plazas españolas estaba más al Este. A continuación, empezó a leer toda clase de documentos que le sirvieran de base para el trabajo que se le había encomendado.

Al llegar la recibió el jefe del CESID en Melilla. La llevó al hotel. Le dio su teléfono y le dijo que tenía orden de no verla más —probablemente por motivos de seguridad de los dos— y que si le necesitaba le llamara. Nada más. Ni una información, ni un nombre con el que contactar, ni una fuente, ni un dato que debiera tener en cuenta.

El encargado de la recepción del hotel le recomendó que apalancara su puerta por la noche; la ciudad no era segura para una mujer sola. No sabía ni por dónde empezar, no conocía a nadie. Lo único que había hecho su compañero antes de trasladarla al hotel fue darle una vuelta en coche para mostrarle el circuito alambrado de la ciudad, el que marcaba la frontera con Marruecos.

Al día siguiente se fue a hacer un recorrido por la ciudad, las calles principales y las cercanas al paso fronterizo. Fue al mercado y se acercó a la Cañada de la Muerte —conflictivo barrio musulmán, centro en aquellos años del narcotráfico—, donde no eran bienvenidos los no pertenecientes a su comunidad. Pero fue. Sola.

A través de sus paseos y sus cafés en las terrazas logró entablar contacto con algunas personas que la ayudaron a integrarse mínimamente en una sociedad poco abierta a los recién llegados, menos cuando se trataba de una mujer que estaba viviendo sola en un hotel. Conoció a la mujer de Aomar

Mohamedi Dudú, líder de la comunidad musulmana que tuvo un gran protagonismo por sus manifestaciones de protesta contra la ley de extranjería, y que posteriormente fue asesor del ministro de Interior José Barrionuevo, aunque después acabó mal con el PSOE y con su Gobierno. María Dolores se presentaba como estudiante de Sociología que realizaba un trabajo para la Universidad Complutense sobre la convivencia de las distintas comunidades que existían en Melilla, y explicaba que si lo hacía bien le darían un puesto de trabajo en la universidad. Incluso el delegado del Gobierno creía que era estudiante, ya que, por instrucción de Manglano, el jefe del CESID no había revelado que Vilanova era una compañera.

La esposa de Dudú, deseosa de agradar a la supuesta estudiante y ofrecerle una versión amable de su comunidad, le organizó una merienda con mujeres musulmanas que le podían aportar datos relevantes.

Permaneció tres semanas en Melilla y regresó con una carpeta llena de datos y escritos sobre lo que había visto y vivido, con todos los apuntes de sus entrevistas. Al llegar a su casa recibió una llamada de alguien del Centro que le dijo que debía acudir a una reunión importante y que después quería verla el director.

En la «reunión importante» estaban, entre otros, el entonces secretario de Estado para la seguridad Rafael Vera, así como el famoso comisario Manuel Ballesteros, asesor del ministro de Interior y uno de los policías españoles con más experiencia en la lucha contra el terrorismo. En el encuentro se habló sobre los disturbios que se habían producido aquellos días en Reinosa por problemas en el sector de la minería, sobre ETA —eran los llamados «años de plomo», de brutales y continuos atentados mortales— y sobre la situación de Melilla.

A continuación, mantuvo María Dolores su entrevista con el general Manglano, director del CESID. Era la primera vez que se encontraba con él, y además de interesarse sobre Melilla le hizo también un buen número de preguntas de tipo personal, entre ellas si estaba casada. Vilanova le dijo que no sabía si podría hacer un buen informe sobre todo lo que había visto: le confesó su ignorancia previa, cómo había tenido que mirar un mapa antes de viajar y que le había sorprendido que la enviaran allá. Le preguntó Manglano qué quería decir con eso de que le sorprendía que la hubieran enviado a ella, y Vilanova le respondió: «Tiene usted buenos expertos y sin embargo me mandó a mí».

Escribió su informe, se fue de vacaciones y unas semanas más tarde, en noviembre, la llamó el secretario de Manglano, para citarla a las siete de la tarde en el despacho del director. Nada más verla, Manglano le dijo que al día siguiente sería nombrada jefa de área de Contrainteligencia, y «con que lo hagas como el informe de Melilla me basta».

Vilanova es sincera sobre su promoción, y es sincera también cuando no se apunta a la falsa humildad. Se sabe buena en su trabajo: «No soy tonta, sé que Manglano quería un nombramiento de impacto cuando me hizo jefa de área; pretendía poner en valor a las mujeres, el papel de la mujer».

La reacción de la gente fue «mala». Lo admite Vilanova abiertamente. Mala sin paliativos. Pero no por ser mujer, sino porque, como ocurre en muchas ocasiones y en escenarios muy distintos, cuando alguien accede a un puesto de responsabilidad, siempre hay quien piensa que él mismo, o

ella misma, están igual o más capacitados para ocupar ese cargo. Se produjeron comparaciones y celos; incluso hubo quienes se resistieron a saludarla o que pidieron el traslado. Recelaban de su trayectoria tan corta, tan rápida. A pesar de todo, Vilanova no se amilanó, se sentía comprometida con la confianza que le había dado el director, el general Manglano.

Por otra parte, tuvo compensaciones a los malos gestos: varios compañeros pidieron ir a trabajar con ella. Hubo alguna dificultad de encaje al inicio de sus nuevas responsabilidades, como el hecho de que algunos militares nunca habían trabajado con mujeres, y mucho menos con una mujer como jefa, pero se trataba de un problema generacional que, con el tiempo, se fue diluyendo. Hay que recordar que en aquel momento todavía no habían entrado las mujeres en el Ejército. En un caso, un oficial se sinceró con ella: «Mi dignidad como militar me impide aceptarla como jefe. ¿Qué dirían mis compañeros?».

Vilanova se dedicó en sus primeros años a investigar sobre el Magreb. Concretamente, a identificar personal de los servicios de los países del norte de África en España (Marruecos, Argelia, Túnez, Libia), averiguar con quiénes contactaban, qué tipo de información les interesaba. Buscaba e investigaba los lugares que podían servirles como encubrimiento, embajadas, consulados, líneas aéreas, mezquitas, empresas con líneas de negocio muy concretas... Conservaba fuentes de antes de su viaje a Melilla y además de realizar sus propias investigaciones marcaba las líneas de actuación a quienes trabajaban con ella, casi todos nuevos.

Por otra parte, Libia —con su carismático dirigente Muamar el Gadafi— había conseguido introducirse en los ambientes universitarios, en los que intentaba crear un movimiento de simpatía hacia la Yamahiriya, la Revolución Verde, por la que Gadafi incluso cambió el color de la bandera de su país. Ese movimiento socialista y populista calaba bien entre los estudiantes más progresistas; Gadafi había logrado en cierto sentido mitificar su revolución, que presentaba como una lucha del pueblo contra los países más poderosos.

Las embajadas magrebíes trabajaban a fondo en Madrid, en España. Mantenían un control muy fuerte sobre sus propios ciudadanos, y aunque acreditaban ante el Gobierno español al personal adscrito a sus servicios de información, bajo cuerda tenían a muchos más... que eran precisamente los que interesaban a los servicios españoles.

La propia Vilanova comenta las dificultades que presenta la actividad de contrainteligencia, no siempre bien entendida. Un éxito en contrainteligencia puede colocar a los gobiernos en situaciones delicadas. Por ejemplo, obligándoles a decretar una expulsión que puede suponer un escollo en las relaciones bilaterales. «Era siempre un marrón para el Gobierno. Si comunicamos al Gobierno que una embajada extranjera ha captado a un miembro de las Fuerzas Armadas o de un ministerio sensible, quedan comprometidas autoridades por no haber seleccionado convenientemente a su personal o por no haberlos controlado para impedir que pasaran información a otro país. En contrainteligencia hemos encontrado muchos casos como esos, y siempre han provocado problemas».

¿Trabajaba la contrainteligencia para detectar los movimientos de ETA y localizar a sus comandos? «No. La contrainteligencia siempre se refiere a la defensa y protección de la soberanía y de los intereses nacionales frente a las acciones procedentes de servicios de inteligencia extranjeros u otros agentes hostiles. El terrorismo de ETA, en el Centro, siempre ha sido

responsabilidad de una unidad específica y diferenciada. Pero en cualquier ámbito, la actuación normalmente puede definirse a través de una característica muy importante: la paciencia. El CNI, como antes el CESID, no tiene competencias de Policía judicial, por lo tanto no está autorizado a detener a nadie, pero eso es una ventaja, porque Policía y Guardia Civil están obligados a arrestar de forma inmediata a los delincuentes, pero en cambio nosotros podemos esperar semanas, meses, años, hasta que les levantamos todos los contactos y se puede producir una redada importante y desarticular a toda una dirección. Eso sí, excepto en el caso de que conozcamos que se prepara un atentado o una fuga, que entonces pasamos la información inmediatamente para que Policía o Guardia Civil procedan a las detenciones».

«El esquema básico del trabajo en contrainteligencia —explica— lo constituyen el oficial responsable de cada caso concreto y las personas bajo su mando, que se encargan de conseguir toda la información posible sobre el objetivo identificado, empleando para ello, entre otros métodos, las herramientas de tipo técnico o de apoyo humano que le facilita el organismo correspondiente una vez valorada la justificación de la petición. Cuando el oficial tiene todos los datos sobre el caso que investiga, hace el informe y se actúa en consecuencia. En las operaciones de “contra” con frecuencia trabajamos en contacto con los servicios de otros países y nos pasamos alertas. Hemos hecho muchas operaciones conjuntas».

La experiencia de Vilanova en contrainteligencia y los años transcurridos desde la incorporación de la mujer al entonces CESID explican que cuando el director Jorge Dezcallar, diplomático con amplia experiencia en Magreb y Oriente Medio, le anuncia que quiere nombrarla secretaria general, nadie en el Centro cuestiona la elección. Vilanova se había ganado el respeto de sus compañeros. Los militares mayores que la habían recibido con recelo cuando fue nombrada jefa de área de contrainteligencia —no cuando posteriormente fue jefa de división— se habían jubilado, y, además de un número considerable de civiles, se había incorporado al servicio una generación más joven de militares, guardias civiles y policías con una visión distinta sobre el papel de la mujer.

Una vez en la secretaría general, en un cargo donde era obligatorio conocer cómo se desarrollaba el trabajo en todas las áreas y secciones del Centro, tuvo oportunidad también de contrastar los problemas de las mujeres respecto a los hombres, que, por otra parte, había conocido en su propia piel. «Para muchas de nosotras lo más difícil no han sido unas operaciones concretas, de riesgo, sino conciliar. Mis tres hijos nacieron cuando era jefa de área. Recuerdo que un día, cuando estaba hablando con mi marido, noto que mi hijo pequeño, que debía tener unos dos años, me estaba tocando los pies. Miro y estaba tratando de quitarme los zapatos... y ponerme las zapatillas de andar por casa. Lo más difícil ha sido mantener el equilibrio familia/profesión, evitar que una afectara a la otra. Lo importante es el tiempo que pasas con ellos, la calidad más que la cantidad, lo decimos siempre. Pero cuesta».

A lo largo de las entrevistas mantenidas para este libro, todas y cada una de las mujeres han puesto el acento justo en la conciliación, que si es siempre un reto para cualquier trabajadora, más lo es todavía cuando no existen horarios, la discreción debe ser total hasta el punto de que apenas un puñado de personas de su entorno más íntimo conoce exactamente a qué se dedica, y el trabajo obliga a participar en situaciones que no siempre son fácilmente asumibles por sus maridos y parejas.

Vilanova, sin embargo, con problemas de conciliación, con situaciones de riesgo, con incertidumbres acumuladas ante situaciones que pendían de un hilo y no siempre se resolvieron bien, es tajante cuando se le pregunta por el peor día de los treinta y tantos años dedicada en cuerpo y alma a trabajar en el servicio de inteligencia: «Los muertos de Irak, los compañeros muertos en Irak».

No ha habido una entrevista para este libro en la que no se haya mencionado a los compañeros asesinados en Irak. Fueron siete, la noticia fue recibida con espanto en toda España, no solo en el CNI, pero algunos miembros del Centro se refieren a ocho compañeros, no a siete. Y es que hubo una octava víctima, un agente también destinado en Irak, en Bagdad, que fue asesinado a las puertas de su casa días antes que los siete a los que mataron en Latifiya. Frente a la repercusión mediática del asesinato de estos siete, el del primero apenas tuvo eco, pero para el CNI siempre serán ocho los compañeros asesinados en Irak.

En noviembre de 2003, siete agentes del CNI fueron atacados y muertos en la localidad de Latifiya gracias al «soplo» de alguien de su confianza —probablemente un traductor— que les traicionó. Explican en el Centro que cuando ocurrió la tragedia coincidían en la ciudad un número de españoles superior al normal, porque en enero se iba a producir el relevo de equipos y los recién llegados se encontraban con los salientes, que les instruían sobre la situación, les facilitaban los contactos necesarios y hacían cuanto estaba en su mano para que todo les fuera más fácil una vez tuvieran que hacerse cargo de la situación.

En Latifiya se produjo una auténtica masacre, un tiroteo que duró casi media hora, en una escena dantesca jaleada por docenas de civiles iraquíes que expresaban su regocijo por el asesinato de estos siete españoles, los únicos compatriotas caídos en combate desde la instauración de la democracia en nuestro país. Con actitud heroica uno de los agentes asesinados, gravemente herido, encontró fuerzas y arrestos para ponerse en comunicación con sus superiores en Madrid a través del teléfono y explicar lo que estaba ocurriendo y aportar los datos que pudieran servir para recibir ayuda e identificar a los responsables de lo que, sin duda, era una emboscada organizada gracias a la información facilitada por alguien que buscaba la eliminación de los españoles. El agente no pudo transmitir mucha información: también él fue asesinado.

Nunca sus compañeros del CNI han olvidado lo ocurrido, que tuvo una única lectura positiva, solo una en tan gran tragedia: el Gobierno aprobó las partidas económicas necesarias que permitieran adoptar mayores medidas de seguridad.

La emboscada de Latifiya ha marcado un antes y un después en los sentimientos generales de los miembros del CNI, también en su forma de trabajar en las zonas en conflicto, especialmente cuando se trata de zonas controladas por los yihadistas.

En contraposición al profundo dolor que sienten los miembros del servicio cuando pronuncian la palabra «Latifiya», al que se suma el mencionado y también dramático asesinato en Bagdad de otro de sus compañeros unos días antes, el CNI tiene en su haber algunas acciones que jamás han sido recogidas por los medios de comunicación y que, sin embargo, demuestran hasta qué punto son profesionales. Precisamente por ser profesionales, no cuentan las operaciones delicadísimas en las que han intervenido, no ya porque no está entre sus señas de identidad colocarse medallas, sino para no delatar su presencia en lugares en los que nadie podría adivinar que se encuentran

miembros de los servicios de inteligencia españoles. Se incrustan donde es necesario incrustarse a pesar de los riesgos que supone y desarticulan operaciones que salvan vidas.

Vilanova, todavía estremecida por el recuerdo, narra con minuciosidad los detalles de lo ocurrido, que no olvida, no puede olvidar. Pero pide que no se recojan, por respeto al dolor de las familias y, también el suyo propio.

Finalizados sus años como secretaria general, María Dolores Vilanova ha regresado a su puesto, aunque más dedicada al análisis y a la formación. Mantiene las relaciones con servicios extranjeros, participa en foros y conferencias, así como en cursos para personal de centros de Inteligencia de otros países, sobre todo latinoamericanos, además de ocuparse de cuestiones más delicadas de asesoramiento.

«Fui secretaria general con cuarenta y dos años, pero subiendo escalones, lo que me sirvió de mucho, por la experiencia y por mandar equipos de forma gradual, unas quince personas como jefa de área, más o menos ciento cincuenta como jefa de división. El secretario o la secretaria general mantiene unas relaciones muy estrechas con todos, porque es “de dentro”. Fue un cargo que me dio muchísima satisfacción. Cuando finaliza, siempre te ofrecen un puesto importante en el exterior, o en una comunidad autónoma, que también está muy bien, o en la escuela... Por mi situación familiar preferí quedarme aquí, en Madrid. Hay que aceptar los cambios con naturalidad, adaptarse a cualquier circunstancia y ser útil donde te corresponda trabajar».

Ahora es jefa de un grupo de estudios, donde se preparan manuales, documentos de tipo interno, sobre cómo afrontar el futuro y los desafíos que este plantea. Dedicar mucho tiempo a un proyecto que es muy importante para quienes se encuentran activos: las lecciones aprendidas. «Se analizan las operaciones que han supuesto gran riesgo, o han costado mucho dinero. Se valoran los resultados, los fallos y lo que se hizo bien. Y cuando alguien se encuentra en una misma situación puede consultar cómo se hizo con anterioridad y qué se puede corregir para impedir determinados fallos. Un ejemplo: cómo se resolvieron los casos de los piratas somalíes, qué lanchas utilizaban, armas que manejaban, su estrategia de ataque... Es la forma de que los buques españoles que hoy operan en la zona no sean sorprendidos. O, si lo son, cómo afrontarlo y atajar las consecuencias».

A los pocos días de la entrevista con María Dolores Vilanova, casualidad, la Unión Europea decidía que, una vez que se concretara el Brexit, España será el país responsable de controlar la zona en la que operan los piratas somalíes.

8. Los desafíos

CADA día es un reto, cada hora se presenta una situación que hay que afrontar de forma inmediata.

Los miembros de los servicios de información e inteligencia, estén en contrainteligencia o en operaciones, suman un desafío tras otro están obligados a tomar decisiones sin tiempo siquiera para consultar a sus superiores, quienes si les han dado confianza para poder decidir es porque previamente han demostrado que están preparados para cualquier eventualidad.

En ese mundo en donde se está permanentemente al límite, las mujeres han tenido que pelear más, pues hubo tiempos en los que, por el simple hecho de ser mujer, algunos de sus compañeros, más que los directores, no estaban convencidos de que estuvieran preparadas para adoptar determinadas decisiones. Con los años las reticencias fueron desapareciendo, pero algunas de las veteranas recuerdan el esfuerzo añadido que tuvieron que hacer para ser valoradas por lo menos igual que lo eran los hombres.

María se ha visto alguna vez frente a frente con un etarra. «Pero sin que ellos supieran quién era yo ni lo que sabía de ellos». Una vez que ha dejado la lucha contra ETA debido a la desaparición de la banda, o la aparente desaparición, María trabaja en «otro tipo de amenaza contra la seguridad», y aunque no especifica cuál es, se deduce, por lo que dice después, que se dedica a la lucha contra el terrorismo yihadista: «La idiosincrasia del objetivo es totalmente distinta, sus procedimientos, sus motivaciones... También lo es la dimensión de la amenaza, a nivel mundial».

Cuando trabajaba contra ETA, intervino en múltiples operaciones utilizando todo tipo de medios para llevarlas a cabo, técnicos, seguimientos dentro y fuera de España, informes, análisis... «Pertenece a un equipo con los mejores en su oficio, analistas de inteligencia, especialistas en métodos de captación de fuentes, que es toda una filosofía. El manejo de las fuentes es un arte. Teníamos en aquel grupo contra el terrorismo de ETA a gente experta en todo y dispuesta a todo; lo que se les pidiera, sin preguntar. Sabiendo además que no se les va a pagar más si el trabajo sale bien. Los miembros del equipo establecimos una relación personal muy estrecha, porque esa clase de trabajo, esa tensión, une mucho. Nos seguimos viendo una vez al mes o así, somos amigos. En esta profesión no es fácil además tener amigos, porque no puedes contarles lo que haces, en qué trabajas o adónde vas cuando viajas. Y poco a poco se va reduciendo el círculo».

Marián, al igual que su compañera María, sabe muy bien lo que significa enfrentarse día a día a nuevos desafíos, en su caso, en el ámbito de las operaciones. Un departamento que abarca todo. Absolutamente todo. Terrorismo yihadista o etarra, mafias, contrainteligencia... Operaciones es aquello con lo que sueñan los que quieren ser «espías», creen a pies juntillas lo que leen en las novelas o en las sagas de películas que siguen con pasión. En muchos casos, se sienten decepcionados cuando comprueban, primero, que no es nada fácil entrar en los servicios de Inteligencia, y, segundo, que si han logrado acceder están obligados a un entrenamiento exhaustivo, duro, que en muchos casos les hace desistir de seguir adelante.

Incluso cuando superan el cansancio infinito, los retos constantes que ponen a prueba su fortaleza física, más su capacidad de reaccionar ante el peligro sin disponer siquiera de dos segundos para pensar qué hacer, no siempre consiguen que su destino sea operaciones, sino cualquier otra sección en la que se necesite personal o personas con las capacidades que los profesores y adiestradores de los nuevos miembros del CNI están convencidos de que son las adecuadas para que se incorporen a una sección determinada. En ese caso deben dejar de lado el sueño de formar parte de operaciones, a la espera de que se presente una nueva oportunidad y hayan demostrado previamente que están preparados para asumir, si para entonces siguen convencidos de ello, nuevas responsabilidades como operativos.

Marián, en operaciones, captó pronto el espíritu de su nuevo destino: «Permanentemente a disposición de lo que se necesite en las diferentes áreas. En operaciones debemos trabajar con datos, no interpretarlos. Nos piden información y la buscamos. Aportamos lo que hemos visto con

nuestros ojos, lo que hemos comprobado personalmente».

Lo hacen siempre en equipo, tanto los seguimientos como las observaciones para vigilar a un objetivo. Un trabajo que quienes lo realizan coinciden en considerar tedioso, tenso, porque no se sabe cuándo acaba ni si llegará la persona a la que se espera o a la que hay que seguir. No se puede descansar un minuto, y mucho menos dormirse. Por fortuna, nunca las vigiliias son individuales, por seguridad y porque siempre debe haber alguien que dé la alarma a un superior en caso necesario.

En determinados seguimientos van armados: «Los etarras llevaban armas —explica Marián— y nosotros también para defendernos si se complicaban las cosas, aunque nunca me he visto en situación de utilizarla. Pero sí algún compañero. Por ejemplo, cuando había que hacer alguna observación en el monte debíamos ir armados. Por seguridad».

Nunca tuvo Marián miedo físico, «no por mí, pero sí por alguien bajo mi mando. De las peores situaciones que recuerdo fue lo que le ocurrió a uno de los hombres que trabajaba conmigo y estaba en una furgoneta haciendo una vigilancia. Hacía muchísimo calor, cuarenta grados fácil, y temí que pudiera sufrir un colapso, porque no podía salir de aquella furgoneta en la que estaba escondido. Le llamé para ver cómo estaba y no contestaba al teléfono. Tuve miedo, miedo de verdad. Como seguía sin contestar, decidí darle unos minutos de tiempo y me planteé que si no daba señales de vida me acercaría a la furgoneta, aunque echara abajo la operación. Lo pasé muy mal. Cuando la gente ve películas en las que salen vigilancias, nunca piensa que se puede producir un problema técnico, o inclemencias del tiempo. Son situaciones duras, en las que además de frío y calor necesitas ir al baño, pasas hambre... Nunca sabes cuánto tiempo va a durar esa situación. Comemos cuando hay comida, solemos llevar siempre algo en el bolsillo. Es un trabajo imprevisible porque dependes siempre de otra persona, la que estás vigilando».

Cuenta Marián, con una naturalidad total, como si las situaciones que vive y las que ha vivido fuesen normales, que «el peligro es siempre la calle, y las decisiones se tienen que tomar en segundos, no en minutos. Cuando estás investigando a alguien es preferible no obtenerlo todo a quemarnos, eso hay que tenerlo siempre presente. Porque cualquier dato se puede completar en otra ocasión, en otro momento, más adelante. Pero si nos descubren, si nos quemamos, todo se viene abajo».

Las noches de espera cuando se hace una vigilancia son muy largas. Muy largas. «Cuando detectamos dónde se encuentra o dónde vive alguien que estamos persiguiendo, lo primero es informar a nuestros jefes. Ellos se encargan de preparar una acción conjunta con la Policía o con la Guardia Civil, porque nosotros no detenemos. Investigamos, localizamos, ofrecemos los datos... pero no tenemos competencia para proceder a una detención, no somos agentes de la autoridad».

No lo son, es algo que recuerdan permanentemente los miembros del CNI. Marián, con experiencia en diversas secciones, aborda la diferencia entre un hombre y una mujer cuando se encuentran en operaciones: «Desde el punto de vista del trabajo somos iguales, tenemos la misma responsabilidad. Quizá interviene la forma de ser de la mujer en general, con el famoso sexto sentido para algunas cosas, la intuición. Además estamos acostumbradas a reaccionar en el menor tiempo posible. Nunca he tenido problemas con un compañero por ser mujer, después de tanto

tiempo aquí creo que nos valoran porque han comprobado que hacemos lo mismo que ellos. Con algunas ventajas, porque a veces las mujeres tenemos mejor cobertura ante un posible objetivo. Hay gestiones que son más fáciles para las mujeres, despertamos menos sospechas con determinadas preguntas. Por ejemplo, para completar una operación necesitábamos saber si un local tenía alarma. Nos quedamos en el pasillo ante el local cerrado y cuando apareció alguien le dijimos que veníamos a recoger un encargo y que si nos podía decir cuál era el horario para volver al día siguiente. Le pedimos una tarjeta para apuntarlo, hicimos un poco de teatro porque andábamos mal de tiempo... y acabó abriendo el local, desactivando previamente la alarma. Con un hombre probablemente no habría actuado con tanta confianza».

En otra ocasión, «teníamos que conseguir que un indigente se fuera de nuestra “zona de trabajo” para una vigilancia. Dormía en un banco, y no era fácil. Me acerqué a él, le pregunté muy apurada por una farmacia de guardia, me lo explicó, le dije que me daba miedo ir sola por la noche, que si me acompañaba... Y me fui con él dejando el campo despejado a mis compañeros. Es muy habitual que si hay que hacer una vigilancia en un portal y aparece alguien no previsto, la presencia de una mujer permite actuar como si se tratara de una pareja que busca la oscuridad de ese portal para abrazarse, y no despierta ninguna sospecha. Y también en un viaje, siempre da mejor cobertura una pareja que un hombre solo. O una mujer sola».

¿Está todo siempre atado, jamás se ha encontrado ante una operación fallida? «Es difícil que falle porque toda operación tiene detrás un importante trabajo previo. Se analizan todos los escenarios posibles, incluido el tiempo que puede hacer, lluvia, calor, hielo, así como la aparición de personas con las que no se contaba. Siempre hay una opción A, otra B y otra C y, en función de las circunstancias, se pasa de una a otra. Cada una de esas opciones está perfectamente preparada, incluida la escapada si es necesario, o alguien que facilite esa escapada».

Otro miembro del CNI, Sofía, se refiere también a la exhaustiva preparación previa: «Se estudian todos los escenarios, todos, y todas sus derivadas. Tenemos prevista la reacción para cualquier situación que se presente, incluido que no se pueda contactar con los jefes». ¿Qué ocurría cuando no existían los móviles? «También eso estaba previsto. Ante determinadas situaciones que se puedan producir, contamos con la autorización previa para tomar la decisión que consideremos adecuada. Y eso ocurre también ahora».

Confiesa que en alguna ocasión creyó que la habían descubierto. «Y lo mejor en esos casos es reaccionar con humor para que el que te ha descubierto crea que se ha equivocado. Si no hay riesgo, claro. Si lo hay, es necesario tomar medidas para desaparecer cuanto antes y que no se venga abajo la operación en la que estás trabajando. En cambio, no he sentido nunca peligro físico. Lo que sí me ocurrió es que coincidí con un compañero del Centro en la sala de espera de un médico. Nos miramos, finalmente nos pusimos a hablar como esa gente que se conoce pero no sabe de qué, quizá de vernos en el colegio de los niños, o vivíamos cerca, amigos comunes... Ninguna mención al trabajo, porque había más gente en la sala de espera que estaba pendiente de nosotros. Nos vimos después en el pasillo, aquí en el Centro, y nos reímos. Es fundamental la discreción. En la cena de despedida que me dio un embajador antes de regresar a España pronunció un pequeño discurso hablando de mí y de mi trabajo, oficialmente diplomático. Y dijo que yo era como los búhos, que miran mucho y hablan poco».

Félix superó las pruebas obligatorias para los miembros del CNI y ha hecho un largo recorrido en

operaciones, donde ha convivido con mujeres que, como él, han tenido que vivir situaciones difíciles. «Al llegar, tienes los cimientos adquiridos durante el curso, pero todo lo demás está por hacer. En mi primer equipo ya había mujeres, que para mí eran un referente de cómo debíamos movernos en la calle. Eran un ejemplo de sacrificio, de disciplina, de trabajo en equipo y de sensibilidad, de cuidar los detalles. Para la sociedad, la mujer transmite una fiabilidad que no siempre transmite el hombre. Por ejemplo, si tenemos que preguntar algo relacionado con nuestro trabajo, conseguir información para una operación concreta, si es la mujer la que lo hace, o pide ayuda, la respuesta suele ser positiva, mientras que nosotros no siempre conseguimos esa misma confianza. Los seguimientos se hacen en vehículo o a pie y en estos últimos participan mucho las mujeres, precisamente por la sensación de “no agresión” que transmiten a los demás. Por eso al principio fueron para mí un referente, sabían muy bien cómo hacer aquellos seguimientos, aprendí mucho de ellas. En una situación difícil ponen cara de ingenua y salen de ella sin problemas, mientras que a nosotros nos cuesta mucho más porque la sociedad, en general, tiene más desconfianza hacia los hombres».

Cuenta Félix que «tras la muerte de nuestros compañeros en Irak, creo que el momento más traumático que hemos vivido, se formó un equipo para ir allá a continuar con su trabajo. Se decidió que fueran con la máxima protección, y que además de miembros del CNI fueran también miembros de las fuerzas especiales del Ejército. Un equipo por tanto en el que se sumaban la parte de Inteligencia, CNI, para la obtención de información y la fuerza militar para dar seguridad. Se hizo una formación especial conjunta en la que se enseñaban tácticas militares, impartidas por una unidad del Ejército, y técnicas operativas de inteligencia, impartidas por miembros del CNI. Los militares iban a vestir de civil, no de uniforme, aunque llevaban armas. En este primer equipo no había mujeres, luego sí las ha habido. Uno de los fines de la formación era hacer que los militares actuaran con un perfil bajo, casi como si fueran civiles, y proporcionaran seguridad al resto del grupo sin mostrar el armamento, utilizando técnicas operativas de inteligencia. Lógicamente, como no lo habían hecho nunca, les costaba. Para hacerles ver lo vulnerables que podían ser durante esta etapa de formación se mandó a un equipo operativo, de hombres y mujeres, a hacerles un seguimiento encubierto de sus actividades diarias».

«Al terminar la formación de técnicas operativas de inteligencia —continúa Félix— se realizó un juicio crítico en el que el equipo operativo aportó un informe de las actividades realizadas por el equipo conjunto CNI-Ejército donde se detallaban lugares visitados, relaciones, recorridos con grabaciones en vídeo de algunos de esos recorridos... y fotografías de los miembros del Ejército hechas de forma encubierta. El capitán del Ejército, encargado de la seguridad del equipo conjunto, preguntó quién les había hecho las grabaciones en vídeo y las fotografías y se le dijo que, entre otros, dos mujeres. Se quedó perplejo y su respuesta fue: “Jamás pensé que dos mujeres pudieran ser mis enemigos”. Les demostramos que unas chicas pueden ser un enemigo peligroso, igual que unos niños de corta edad dispuestos a inmolarse».

Probablemente una de esas mujeres fuera Teresa, experta en grabaciones de imágenes y que permanentemente pone a prueba a sus compañeros para ver si descubren dónde coloca sus dispositivos.

Prosigue Félix su relato: «En otra ocasión, dentro de la formación conjunta CNI-Ejército de la que venimos hablando, se montó una operación simulacro en la que se produciría un contacto entre un miembro del CNI y una fuente. Habría militares protegiendo el lugar donde tendría lugar el

contacto, cuidando de que nadie se acercara... pero decidimos intervenir para comprobar si se habían tomado las necesarias medidas de seguridad. Una pareja mixta de agentes, simulando ser una pareja de novios, entraron en el camino que llevaba al lugar en el que debía producirse el encuentro con la fuente, lugar protegidísimo. Había un primer vigilante, que dejó pasar a la pareja sin preguntar nada. Tampoco el segundo vigilante sospechó nada, debió pensar que se trataba de una parejita que buscaba un sitio aislado. Consiguieron llegar a pocos metros del lugar en el que se estaba realizando el contacto. El miembro del CNI implicado en el mismo se quedó helado con la llegada de la pareja y la facilidad con la que lo había hecho. Fue otra forma de hacer ver a los militares su vulnerabilidad y que no podían confiar en nadie».

Teresa, la mujer que posiblemente intervino en la operación simulacro en la que se analizó al detalle lo ocurrido con los siete compañeros muertos en Irak, es experta en cuestiones de imagen, capaz de fotografiar a la persona más precavida, la que dispone de más medidas de seguridad, la que se considera absolutamente inviolable en su intimidad. Explica que en imagen hay mitad de hombres y mujeres aproximadamente. «Y todos tenemos capacidad de iniciativa, cobertura para hacer lo que creemos que debemos hacer».

Una de sus operaciones más curiosas se inició con una boda árabe. «Un colaborador nuestro nos dijo que para esa boda buscaban un fotógrafo que fuera mujer. La celebración era en la residencia de un embajador, que fue el que me recibió, y estaba montada únicamente para la novia y sus invitadas, no asistió ningún hombre. Los hombres no pueden entrar en estas celebraciones donde solo hay mujeres ni las mujeres pueden ser vistas por hombres que no sean familiares directos, según me comentaron. Por eso me dijo mi jefe que tenía que ir yo a hacer el reportaje».

«En la fiesta, efectivamente, había solo mujeres, con sus kaftanes y unas joyas impresionantes. Hice muchísimas fotos y el embajador me advirtió previamente que no las podía ver nadie. Le respondí que, por supuesto, que estuviera tranquilo. Una vez realizado el trabajo llevé el álbum a un domicilio indicado por la novia, y allí me encontré con dos hombres que no me gustaron nada. Siempre tenemos el respaldo de otros compañeros, pero esa vez había ido sola. Me mosqueé mucho con ellos dos, no me gustaron su actitud ni su mirada. Eran tiempos en los que todavía no había móviles, así que no podía pedir ayuda ni mandar un mensaje. Les di el álbum, me pagaron lo estipulado y me pidieron los negativos. Les dije que los negativos no se los podía dar hasta pasado un tiempo. Al salir del domicilio y en la calle hice un itinerario un poco extraño y vi que me seguían. Fui a una parada de autobús con diferentes líneas, dejé pasar el primer autobús y también el segundo. Se debieron cansar y se marcharon. Solo entonces regresé al Centro. Debemos estar alertas siempre».

No cree que se tratara de yihadistas, entre otras razones porque en aquellos tiempos no existía todavía el terrorismo yihadista, pero sí ha tenido que vérselas después con ellos: «Un trabajo siempre complicado, porque se mueven en zonas en las que es difícil mezclarse con ellos, son ambientes muy cerrados. Todo es difícil, y para las chicas aún más. Siempre se dice que podemos cubrirnos con velos, pero están más pendientes de lo que la gente cree. ¿Qué si me he disfrazado alguna vez? Sí. Para entrar en una recepción. Iba con un peinado totalmente distinto al habitual, gafas, muy pintada... No me acordaba de que iba disfrazada y saludé a un amigo muy calurosamente. Me preguntó quién era. Un fallo, no tenía que haber saludado a nadie. Tenemos que estar pendientes siempre, pero siempre, de no equivocarnos en nada...».

9. El hacha y la serpiente

MARÍA, ya lo hemos apuntado, trabajaba en la lucha contra ETA; en una ocasión en la que hacía una reflexión a un guardia civil que llevaba años dedicado al terrorismo etarra, tuvo que escuchar una frase que su compañero pronunció con aire de condescendencia, de suficiencia: «Permíteme la broma, pero es como si Caperucita viniera a decirle al lobo cómo tiene que comer», frase que María aún recuerda a pesar de que han pasado años desde entonces.

No se arrugó, y respondió rápido a su compañero que el caso era que «Aquí Caperucita y el lobo trabajan en lo mismo y con la misma finalidad». Y añade María que «cuando acudes a una reunión, después de una hora en la que todo el mundo pone en común los datos que tiene, dejan de llamarte bonita y se dirigen por tu nombre. Me he sentido única en reuniones fuera del Centro, pero en el CNI sin embargo ya no, porque somos muchas mujeres, cada vez más».

En la lucha contra ETA la mujer ha trabajado igual que el hombre en cuanto a responsabilidades y actuaciones. «Pero somos diferentes, tenemos otra sensibilidad, somos más pragmáticas, estamos acostumbradas a la multitarea. Una mujer puede estar hablando por teléfono, atendiendo a un niño y mirando la tele al mismo tiempo. Es un tópico, pero se demuestra real en este tipo de trabajo. No obstante, en el método somos iguales pero, repito, veo que fuera de aquí en otros servicios nos miran con cierto escepticismo».

Las cifras, siempre gélidas porque no reflejan sentimientos, son en cambio la prueba más real, más cruda, de la magnitud de las tragedias. La banda terrorista ETA, que asoló España durante las últimas décadas del siglo **xx** y los quince primeros años del **xxi**, se cobró centenares de víctimas mortales. Desestabilizó gobiernos, metió el miedo en el cuerpo a millones de españoles que sabían que no podían sentirse seguros en ninguna parte, porque la banda asesinaba de forma indiscriminada, y llenó de angustia a las familias de los integrantes de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, militares, miembros de la judicatura y la fiscalía, empresarios y periodistas que eran las piezas más codiciadas por unos comandos que, disfrazados de movimiento de liberación, tuvieron cierta comprensión en un escenario internacional poco inclinado a investigar sobre la banda.

Consiguieron ayuda financiera y logística extranjera, lograron que calara su mensaje de que eran víctimas de un régimen escasamente democrático que practicaba de forma sistemática la tortura cuando sus miembros eran detenidos, sus comandos se movían con cierta tranquilidad por el sur de Francia y ciudades belgas, encontraron escondites seguros en países latinoamericanos y apoyo de gobiernos y, lo más grave, tuvieron un respaldo social incommensurable en amplios sectores de la sociedad vasca, que consideraban héroes a los etarras, personajes a los que estaban dispuestos a apoyar, esconder, alimentar, sanar y proteger.

Entre sus apoyos más importantes, la Iglesia vasca. Durante años, consideró más víctimas a los etarras que a aquellos a los que asesinaban o herían, sus sacerdotes se resistían a celebrar los funerales de sus víctimas e incluso expresaban desde el púlpito palabras comprensivas hacia la lucha supuestamente patriótica de aquellos hombres y mujeres que pretendían la independencia del País Vasco, una entidad formada por provincias españolas, francesas y Navarra.

Estaba ya muy adentrada la Transición cuando Felipe González, ya presidente del Gobierno, consiguió la comprensión y el apoyo de su amigo el presidente francés François Mitterrand, que inició la colaboración con las fuerzas de seguridad españolas para acabar con unos terroristas que además empezaban a cometer atentados en territorio francés. Esa colaboración francesa fue fundamental, pero pasarían décadas antes de que se produjera el fin de ETA.

En el camino quedaban ochocientas cincuenta y tres víctimas mortales según el Ministerio de Interior, aunque la Asociación de Víctimas del Terrorismo considera que se deben sumar algunas más. Cuatrocientas noventa y seis de esas víctimas, siempre según las cifras oficiales, eran miembros del Ejército y de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, y trescientos noventa y seis civiles, más un gendarme. Todos ellos con su drama detrás, y en muchos casos con un ingrediente trágico añadido: el rechazo social. Pasaron muchos años antes de que la sociedad vasca expresara su repulsa a los terroristas, les plantara cara, dejara de verlos con una aureola heroica que nada tenía que ver con su trayectoria de asesinos con una crueldad superlativa, dispuestos a arrasar con quienes no aceptaran su proyecto político.

La lucha contra ETA fue implacable y a todos los niveles. Con errores estratégicos algunos de ellos, como la guerra sucia protagonizada primero por la Triple A y después por los GAL, guerra sucia de catastróficas consecuencias políticas hasta el punto de hacer tambalear el Gobierno socialista; pero más catastróficas todavía desde el punto de vista social, porque provocó un movimiento de simpatía hacia la banda terrorista y aliento para sus miembros, que arreciaron en su estrategia del victimismo y acentuaron las acusaciones de que sus detenidos eran torturados para hacerles confesar dónde se encontraban sus compañeros y jefes. Acusaciones que, para desgracia de la Policía y la Guardia Civil, fueron ciertas en algunos casos, pero nunca generalizadas como hacía creer la banda.

En ese clima de miedo, inseguridad, inestabilidad generalizada y reticencias internacionales a colaborar en la lucha contra ETA, el CESID primero y el CNI después tuvieron un papel fundamental en el intento de desarticulación de la banda. La rivalidad histórica entre Policía y Guardia Civil, que tiene su reflejo en otros países en los que distintas fuerzas policiales se muestran reticentes a la colaboración conjunta, no existía en cambio entre CNI y Policía o CNI y Guardia Civil, o al menos no era tan aguda como entre las dos fuerzas de seguridad.

El CESID y luego el CNI han tenido libertad plena para trabajar dentro y fuera de España, pues además de hacerlo con identidades que nadie relaciona con servicios de inteligencia, en caso de necesidad podían contar con la colaboración de otros servicios, sobre todo de Estados Unidos, con los que siempre mantuvieron una relación estrecha. Pero disponían sobre todo de un elemento fundamental frente a otros cuerpos de seguridad del Estado: el calendario. No estaban obligados a cumplir con determinados objetivos a fecha fija, sino que contaban con los medios necesarios para realizar su trabajo y sobre todo del tiempo que considerasen oportuno, para hacer los seguimientos que les conducirían hacia el punto en el que podrían localizar a los miembros más destacados de ETA o de sus comandos.

Conseguida esa localización de forma segura, la trasladaban a la Policía o Guardia Civil para que procedieran en consecuencia. Si era fuera de España, sobre todo Francia, debían ser alertadas las fuerzas policiales de ese país, ya que solo ellas pueden detener en su territorio. Los miembros del CESID, como posteriormente los del CNI, no están legalmente habilitados como agentes de la

autoridad. Por eso, una vez conseguidos los datos sobre los delincuentes o presuntos delincuentes, están obligados a pasar la información a los cuerpos de seguridad del Estado.

María ha estado dedicada durante años a la lucha contra ETA. «La operación de la que me siento más satisfecha es, siempre, aquella o todas aquellas que se han preparado a largo plazo y de manera muy sigilosa. Cuando empezamos a trabajar en Francia de forma abierta hubo una investigación que se desarrolló durante mucho tiempo, importante por sus excelentes resultados, y que se hizo con la Policía francesa y la Guardia Civil. Se consiguió información que hizo posible que se detuviera a más de cien etarras, y de esa operación se sacaron frutos que duraron hasta el final de ETA».

Detenían a los «malos» teniendo siempre cuidado «para que no se ligara esa detención con la persona que nos había llevado hasta ellos. Lo fundamental era mantener la máxima discreción para que nadie sospechara que había una importante operación en marcha, que la detención pareciera un caso aislado, de manera que nadie se pusiera alerta y avisara a otros compañeros. Lo que pretendíamos siempre era coger a cuantos más mejor y tratar de llegar hasta la cúpula; y eso se hace poco a poco, paso a paso, para que no se produzca alarma entre los terroristas si piensan que puede caer mucha gente y traten entonces de esconderse, de ponerse a buen recaudo para que no lleguemos hasta ellos. Para ese tipo de actuaciones no se puede coger al mirlo, sino que hay que esperar, ser paciente y esperar hasta que estemos seguros de que ya no va a dar más resultado. En el caso al que se refiere, al mirlo le gustaban excesivamente las mujeres, y esa debilidad suya se convirtió en fortaleza nuestra».

Añade María con un tono de voz difícil de definir: «Si supiera lo que cantó, y a quién, a lo mejor se suicida. O le matan los suyos». ¿Cantó a una mujer del CNI? Evidentemente, no hay respuesta, ni sonrisa cómplice, ni nada de nada. Solo cabe suponer, sobre todo si se ha leído mucha novela de espionaje, pero absolutamente ninguna certeza.

Sí da la impresión, por esta historia, de que los etarras no eran excesivamente cuidadosos con su entorno y se iban de la lengua para alimentar su ego. María lo aclara: «Sí eran cuidadosos, pero la Policía y la Guardia Civil, y desde luego los servicios de Inteligencia, sabemos cómo hacer las cosas. Los etarras, por ejemplo, casi nunca han dado un detalle a través del teléfono, pero se aprende a leer entre líneas».

De todos modos, confiesa que ser mujer ayuda en determinadas circunstancias. «No puedo ni debo dar detalles, pero puedo confirmar que en ocasiones es una ventaja. Pocas veces los terroristas identifican la palabra “mujer” con organismo de seguridad, y eso ocurría con ETA. Aprendimos a ganar su confianza, era parte de nuestra preparación en el Centro, y con frecuencia comprobamos que, una vez conseguida su confianza, estaban deseando contar todo a la mujer que supuestamente habían conquistado. Hay que saber tocar la tecla que provoca que ellos quieran presentarse como héroes. Aunque luego, cuando son detenidos, denuncian que han sido víctimas de una extorsión, nada más lejos de eso».

Su trabajo consistía en «ganarse la confianza de los etarras para que nos dieran información sobre sus actividades. Otra cosa era conseguir una fuente entre los terroristas, que colaboraran con nosotros de forma consciente, como era distinto también conseguir información desde dentro infiltrándose en la banda, pero yo no he estado en ese tipo de actividades. Cada caso es distinto.

También ha ocurrido que consiguieras hacerte amiga de la novia de un etarra, novia que jamás habría sido una fuente consciente, pero que, en cambio, como fuente inconsciente ha pasado mucha información. Las mejores fuentes han sido siempre las obtenidas a través de mucho esfuerzo, muchos años de trabajo y mucha paciencia. Nosotros podemos trabajar con indicios y seguir el hilo el tiempo que haga falta, podemos monitorizar un escenario, pero los resultados de nuestras acciones no son judicializables, aunque contamos con la autorización de un magistrado del Tribunal Supremo. Por eso es tan importante siempre colaborar de forma coordinada con Policía y Guardia Civil, ya que nuestras grabaciones no pueden ser utilizadas como pruebas en un juicio. Pero sí han permitido avanzar en el trabajo de detección de terroristas. Es la razón de que insistamos tanto en que lo nuestro era una cuestión de paciencia, y lo sigue siendo ahora en otros ámbitos. Podemos invertir meses, incluso años, en monitorizar un objetivo sin que se traduzca en una detención».

Teresa, la experta en imagen, también ha trabajado en la lucha contra ETA: «Cuando ha pasado lo malo lo minimizas, sobre todo cuando llega el resultado que esperabas. Pasas sueño y hambre, y a veces noches en vela sin ningún resultado. Pero no lo cambio por nada».

Vida dura la de todos aquellos —y aquellas— que han tenido que enfrentarse a una banda terrorista que no ponía límites a su crueldad y que, si no conseguía llegar a quienes había marcado como posibles víctimas, mataba de forma indiscriminada, con bombas que podían explotar en cualquier momento en un centro comercial, una casa cuartel, una papelería en plena calle, un coche bomba o una bomba lapa, que se llevaban por delante a todos los que tuvieron la mala fortuna de estar en el peor sitio en el peor momento.

ETA ha matado a miembros del Ejército, de las fuerzas de seguridad, de la empresa o de la política, pero también a mujeres, ancianos y niños cuyos familiares jamás pudieron pensar que podían perder la vida a manos de una banda terrorista.

Teresa ha dedicado «horas y horas» a buscar información, y le duele que «no siempre se vean los resultados. Mi trabajo era muy especializado, conseguir las pruebas gráficas que pudieran valer legalmente para que fueran aceptadas por un tribunal. No puedo mencionar una operación concreta de la que me encuentre más satisfecha del resultado, porque de todas aprendes; incluso aunque no salga como habías previsto, aprendes. Después de cada operación nos reunimos para hacer un juicio crítico, lo hacíamos cuando trabajábamos contra ETA y lo seguimos haciendo con cualquier otro tipo de operación que tengamos entre manos. Analizamos lo que se hizo bien y lo que se puede mejorar. Siempre me preguntan si he tenido miedo físico por realizar un trabajo relacionado con la lucha contra los terroristas, pero la verdad es que no, no lo tengo. Más que miedo físico lo que tengo es miedo a que no salga bien la operación, y eso ocurría cuando nuestro objetivo era desarticular a ETA, por las consecuencias que podía tener un fracaso. El miedo físico aparece después, cuando piensas en el riesgo que habías asumido. Lo importante es mantener siempre la sangre fría, sobre todo cuando te encuentras en dificultades».

Para esos momentos de dificultades también están preparados los miembros del CNI. «Siempre tenemos en el cajón una alternativa, está todo cubierto incluidos los percances que puedan aparecer. Antes de iniciar una operación hacemos un *briefing* en el que repasamos toda la planificación y se evalúan las posibles incidencias. Cómo reaccionar si pasa esto o lo otro, si falla esto o lo otro, estudiamos las diferentes formas de actuación ante las situaciones que se

pueden plantear, el material que se debe utilizar... Por ejemplo, los que nos dedicamos a las cuestiones de imagen necesitamos tener en cuenta si deberíamos duplicar el material, aunque haya exceso de peso o volumen».

Nunca piensa que se encuentra en una situación de riesgo, le parece normal hacer lo que cree que debe hacer, y solo cuando ha superado esa situación es cuando reflexiona sobre el peligro, pero, como explica Teresa, «acabas aguantando el tipo».

En una ocasión, fuera de España —probablemente Francia, aunque no lo concreta por razones de seguridad o para no ser identificada—, «fuimos a visitar a una persona que ya no residía en la dirección que teníamos. Apareció un individuo y le preguntamos si conocía a la persona que buscábamos, y nos dijo que sí y que sabía su nueva dirección. Hablaba español, entablamos conversación con él como si nos provocara curiosidad que hablara tan bien español y nos respondió con toda naturalidad que efectivamente era español, etarra. Probablemente se sentía muy seguro, porque en caso contrario jamás habría reconocido que era un terrorista o colaborador de una banda terrorista. Podía haber ahí un ingrediente de vanidad, pero en cualquier caso su confesión nos vino muy bien. Me subí disimuladamente la cremallera de la cazadora para esconder la cámara, cosa que era ridícula porque se suponía que estábamos de turismo, y tras un rato de charla nos invitó a comer al día siguiente a su casa. Allí conocimos a su mujer y a sus hijos, y de la conversación dedujimos que la “mala” era la mujer, la más convencida de lo que hacía. Nos habíamos hecho pasar por dos parejas que trabajaban en una empresa de turismo, como comerciales, y así pudimos hablar sin despertar sospechas de muchas cosas que ellos consideraban normales en personas que trabajaban en empresas de turismo. Les invitamos después a cenar en un restaurante para corresponder a su almuerzo y con ellos aparecieron dos individuos más, que nos explicaron que buscaban una casa segura en Madrid. Evidentemente, pasamos de inmediato todos los datos al Centro, pero ya no sé qué ocurrió con aquellos dos individuos y con los que habíamos conocido fuera. No preguntamos, la mayoría de las veces no sabemos el final de las operaciones que hemos iniciado, y si nos enteramos es porque aparece en los periódicos».

Marián participó en la detención de Txeroki, Mikel Garikoitz Aspiazu, exjefe de ETA en la época más dura de la banda terrorista, los llamados «años de plomo».

Txeroki fue uno de los etarras que, antes de cumplir los treinta años, intervino en el atentado que costó la vida al juez José María Lidón y, como jefe de ETA, ordenó el asesinato de varios guardias civiles en distintos atentados. También se le culpabiliza del envío de paquetes bomba a tres periodistas: la delegada de Antena 3 en el País Vasco, María Luisa Guerrero; el delegado de Radio Nacional, Santiago Silván; y el presidente del Grupo Correo, Enrique Ybarra, aunque, afortunadamente, ninguno de ellos llegó a explotar. Para Ybarra suponía un nuevo revulsivo en su vida: su padre, Javier Ybarra, fue secuestrado por ETA en los inicios de la democracia, y su cadáver apareció casi un mes más tarde en unas condiciones que demostraban que había sido tratado de forma inhumana.

Mikel Garikoitz fue detenido en Cauterets, en Francia, en el 2008, y se presentó como una acción conjunta de la Guardia Civil y la Policía francesa. Es de dominio público que Francia autorizaba a la Guardia Civil y a la Policía española a trabajar en Francia, pero no tenía posibilidad de detención porque solo podían hacerlo franceses, y lo que se llamó siempre operaciones conjuntas eran operaciones españolas que remataba la gendarmería con las informaciones que les facilitaban

los españoles a jueces y Policía francesa. En este caso, la Guardia Civil contaba con datos ofrecidos por el CNI, que facilitó el grupo con el que trabajaba Marián. El CNI, y antes el CESID, como hemos repetido porque es necesario tenerlo en cuenta, tampoco puede detener, sus informaciones las traslada a Policía y Guardia Civil para que procedan al arresto de los delincuentes a los que intentan localizar. En este caso, un jefe terrorista de ETA. Nada menos que Txeroki, quien todavía cumple condena de prisión en Francia, aunque ha sido traslado en varias ocasiones a España para responder de los crímenes cometidos en nuestro país.

Cuenta Marián que «estábamos vigilando un punto, como decimos nosotros, y podía aparecer Txeroki o cualquier otro, pero esperábamos que fuera Txeroki, por las informaciones previas que habíamos conseguido. Y fue él. No lo reconocimos en el primer momento, porque la fotografía que teníamos era de años antes, y sin embargo allí lo que vimos fue un hombre calvo. Cuando comprendimos que se trataba de Txeroki nos entró un subidón, por él y porque como ocurre en esos casos una detención desencadena otras, y, por tanto, el alcance de lo que teníamos entre manos era muy importante. Es lo que ocurrió, que la detención de Txeroki nos llevó a otras, y esas detenciones son las que compensan todo el esfuerzo anterior».

Ha pasado mucho tiempo en Francia, en los tiempos en que era un santuario de ETA. Toda precaución era poca, porque los etarras no solo tenían buen ojo para detectar a personas no habituales en la zona, sino que durante muchos años una parte de la población francesa de aquellas ciudades y pueblos del sur tenían en muy alta consideración a los etarras, los admiraban por sus ideales nacionalistas, creían que la defensa de esos ideales provocaba que fueran héroes perseguidos por unas autoridades policiales que se percibían vinculadas al franquismo —la mayoría de los franceses, y sobre todo sus gobernantes, tardaron años en considerar España una democracia plena—, y por ello alertaban a los etarras sobre la presencia de personas sospechosas.

Explica Marián que «vivíamos en hoteles o en casas de alquiler. Contábamos con buenos medios técnicos, y yo me especialicé al principio en transporte, en mecánica de coches y de motos, que a pocos les gusta, pero era necesario que eso funcionara bien para facilitar las idas y venidas de mis compañeros. Luego me especialicé en fotografía. En el curso inicial, el de entrada, todos aprendemos mecánica, pero luego recibes formación de aquello a lo que te vas a dedicar. Los medios eran muy buenos, nuestro trabajo exigía que lo fueran. Por ejemplo, contábamos con cámaras y las adaptábamos a las distintas circunstancias que teníamos que afrontar. En una ocasión tuvimos que vigilar a un yihadista en Ceuta y comprobar si acudía a una dirección determinada. Una calle sin salida, un *cul-de-sac*, difícil de controlar porque no era una calle de tránsito, solo para acceder a una de las viviendas que estaban allí. Se nos ocurrió meter una cámara dentro de un mando para abrir puertas de un coche. Lo dejamos en la calle, debajo de unas hojas, grabando... Y localizamos al terrorista, que, efectivamente, acudió a la dirección que habíamos previsto».

Desde siempre han existido rivalidades entre Policía y Guardia Civil, y no han sido escasas las ocasiones en las que han trascendido los problemas provocados por la falta de coordinación o el exceso de secretismo entre los dos cuerpos de seguridad del Estado, que han provocado que ambos trabajaran en un mismo caso o incluso que la coincidencia de investigar a los mismos personajes o vigilar las mismas viviendas o los mismos locales echaran abajo el trabajo de uno y otro. No es ningún secreto que al menos durante un tiempo el CESID primero y el CNI después

informaba a la Guardia Civil antes que a la Policía cuando un caso estaba ya «a punto» y se podía proceder a las detenciones. Una situación que causaba recelos entre la Policía, que se quejaba de que la Guardia Civil se apuntaba más éxitos que ellos, gracias al favoritismo del CNI.

Durante mucho tiempo, años, los españoles ignoraron el papel que los servicios de inteligencia tenían en la lucha contra ETA; la opinión generalizada era que la responsabilidad recaía en la Guardia Civil, con sus equipos centralizados en el cuartel de Intxaurrondo en San Sebastián, y la Policía con su principal sede en la Salve, en Bilbao. El CNI se movía por todo el País Vasco y el sur de Francia con otra metodología, sin cuarteles, con pisos francos desde los que hacían vigilancia a quienes consideraban que podían relacionarse con ETA.

Protagonizaron una situación que provocó un gran debate político cuando, al encargar Herri Batasuna que se hicieran unas obras en una de sus sedes, los obreros descubrieron unos cables que indicaban que estaban siendo sometidos a vigilancia.

Antes que los obreros, los propios miembros del CESID, que vigilaban esa sede desde un piso situado prácticamente al lado, advirtieron que la obra iba a desvelar el control sobre la sede y pidieron ayuda al Centro, en Madrid, para que organizaran una acción que les permitiera «limpiar» el piso que habían utilizado. No pedían más que un día, tiempo suficiente para «descablear» la sede de HB, desalojar el piso de vigilancia, llevarse todos los aparatos e incluso pintarlo para que nadie descubriera que habían trabajado allí.

Sugirieron desde el Centro a Interior que cortaran la calle durante un tiempo por un supuesto aviso de bomba que obligara a analizar exhaustivamente el terreno para garantizar que no había ningún artefacto explosivo. El Ministerio de Interior se negó a hacerlo, lo que demuestra el recelo que existía en esos años —Gobierno de Aznar— entre Interior y el CESID.

Batasuna montó un escándalo monumental y denunció juego sucio por parte del servicio de inteligencia por vigilar a un partido con representación parlamentaria... y el CESID perdió un foco de información que le había permitido pasar datos fundamentales para la detección de miembros de ETA.

El primer ministro de Interior que asumió la importancia del trabajo del CNI —ya había cambiado su nombre y su estatuto— fue Alfredo Pérez Rubalcaba, que, en cada ocasión que convocaba una rueda de prensa para informar sobre la detención de un comando o un dirigente de ETA, mencionaba al CNI para agradecer públicamente el trabajo realizado para facilitar esa detención.

María estuvo años en la lucha contra ETA. «Los compañeros que encontré llevaban treinta años luchando contra el terrorismo, tenían sensores en lugares clave y personas cerca de ETA que pasaban información. Los que llegamos entonces recogimos los frutos que habían sembrado. Era un trabajo sigiloso, a medio y largo plazo. La Policía y la Guardia Civil lo centraban en los aspectos tácticos, mientras que nosotros buscábamos la información sin estar tan pendientes de la inmediatez. Nos interesaba detectar quiénes eran, quiénes formaban parte de la dirección, dónde vivían, cuáles eran sus planes..., a veces nos solapábamos con los policías y los guardias, por eso surgían fricciones. Su Majestad el rey don Juan Carlos dijo en una ocasión que el CNI ponía el cerebro y la Policía y la Guardia Civil el músculo, lo que provocó molestias en los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado. Lo nuestro es estratégico y lo de ellos táctico, son objetivos

complementarios, campos distintos. A nosotros nos interesaba averiguar qué pensaba plantear ETA en una negociación y si tenían posición de fuerza para negociar; a Policía y Guardia Civil, en cambio, les importaba dónde estaba un jefe para detenerlo. En los últimos diez años de vida de ETA, el Centro ha tenido información de los tiempos, para anticipar lo que iba a ocurrir, a veces con meses de antelación».

Explica, por ejemplo, que «después del anuncio del cese de la actividad terrorista, supimos que esa vez el cese era definitivo, porque ETA ya no tenía capacidad para seguir con su actividad terrorista. Pero mantenían su objetivo de independencia y de crear Euskal Herria. Sin embargo, eso no lo compartía todo el mundo; hubo quien creyó que, de nuevo, se trataba de una tregua trampa. El Centro elaboró el informe sobre el anuncio de cese sin un solo condicional, tenía la absoluta seguridad de que era definitivo. Insisto, habíamos llegado a esa conclusión porque ETA ya no estaba en condiciones de seguir con el terrorismo».

María, como el resto de sus compañeros, y posiblemente como los miembros de la Guardia Civil y la Policía Nacional, sabe que el éxito de la lucha contra el terrorismo, cualquier tipo de terrorismo, o de cualquier grupo criminal, depende en buena parte de una perfecta coordinación entre los distintos cuerpos de seguridad, de una buena sintonía. La comunicación entre esos cuerpos no siempre fue fácil, pero el CNI puso el máximo empeño en no crear más fricciones: «Nosotros hacíamos los informes y el secretario de Estado —el director del CNI— los despachaba con el vicepresidente, la vicepresidenta o los ministros, según quién fuera el interlocutor habitual del Gobierno, que eran quienes tomaban las decisiones oportunas sobre el destino de esos informes».

María siempre estuvo en la lucha contra ETA, desde que finalizó el curso de ingreso en el CESID. Su primer trabajo fue participar en la elaboración de un informe sobre las intenciones de ETA, que entonces se regía por procesos assemblearios: «El Centro había conseguido el informe de sesenta folios que la dirección de ETA envió a su militancia, y con ese informe más el conocimiento que se tenía sobre el grupo terrorista se hizo el análisis sobre qué pretendía ETA, hacia dónde iba la banda. Las conclusiones fueron acertadas. El mérito, en esa ocasión, fue estar en condiciones de conseguir la información interna de ETA con tiempo suficiente para contarle al Gobierno lo que pretendían conseguir los terroristas, y de esa manera adelantarse a sus acciones».

Para María y para sus compañeros, mujeres y varones, ese es un ejemplo de cómo han trabajado contra ETA: «Buscábamos anticipar la estrategia de la dirección. En ese trabajo concreto sobre los objetivos de la banda, nosotros no nos centramos en averiguar cuántos atentados estaba preparando ETA, sino si ETA quería seguir cometiendo atentados, y por qué».

Precisamente por su trabajo, importante, en la lucha contra el terrorismo etarra, María ha participado en reuniones y foros internacionales en los que se cambian impresiones sobre los métodos a utilizar en la lucha antiterrorista, y comenta que es un mundo masculino, pues también los servicios extranjeros andan deficitarios de mujeres: «Cuando les explican que se van a ver con alguien especializado en la lucha contra el terrorismo, esperan encontrar alguien tipo cachas, pero ven a una “princesita Disney” y quedan en *shock* ».

Lo de «princesita Disney» es una definición de María y, efectivamente, al verla, nadie podría deducir que se dedica a perseguir a algunos de los terroristas más peligrosos del mundo... y ha

conseguido la información que ha permitido detener a varios de ellos. Seguramente, si los jefes etarras, hombres rudos de aspecto, bien conocidos por los españoles por su paso ante los tribunales donde hacían alarde de ferocidad y agresividad verbal, conocieran el físico de la mujer que mandó sus huesos a prisión, quedarían también en *shock*.

10. Confidentes, infiltrados... ¿también infiltradas?

UN altísimo cargo de la lucha contra el terrorismo, entrada ya la segunda década del siglo XXI, cuando periódicamente se rumoreaba que ETA estaba ya en las últimas, solía decir que, si había que sentarse de nuevo en una mesa de negociación como se había hecho en tiempos pasados, era más que probable que en el otro lado de la mesa, donde se sentaban los representantes de la banda, «hubiera alguno de los nuestros».

Eran tiempos en los que ETA había perdido parte de su fuerza, nada que ver con los llamados «años de plomo» de épocas anteriores, cuando eran tantos los atentados de ETA que, por habituales, ni siquiera se publicaban en la primera página de los periódicos ni abrían los informativos de radio y televisión. Muchos de sus miembros se habían apuntado a la desbandada, su brazo político se encontraba dividido porque algunos de sus dirigentes conocían ya las penurias de la prisión y otros se planteaban la disolución de la banda ante el temor de llegar a conocer esas penurias. Los apoyos sociales eran mínimos y se circunscribían a áreas territoriales o barrios muy concretos, y el reclutamiento se hacía cada vez más difícil porque la banda había perdido en gran parte su fama como movimiento de liberación nacional.

Previamente a ese cambio de situación, fueron constantes los rumores sobre un anuncio del abandono definitivo del terrorismo, o el inicio de negociaciones con el Gobierno para proceder al abandono definitivo. Para ello fueron necesarios varios frentes que fomentaron el deterioro de la imagen de la banda terrorista y la convicción entre sus miembros de que no tenían futuro, y entre esos frentes uno de los más importantes fue la infiltración de miembros de los cuerpos de seguridad del Estado. Gracias a esa infiltración en sus filas tenían acceso, desde dentro, a información que, con las obligadas medidas de precaución, pasaban a sus compañeros para que actuaran en consecuencia. Algunos de los infiltrados llegaron a tener tanto peso en la banda, era tanta la credibilidad que transmitían a los terroristas respecto a la asunción de sus principios y a su capacidad de liderazgo, que llegaron a tener cargos de responsabilidad en ETA. Alguno incluso fue detenido en una redada importante y enviado a prisión. No hacerlo habría sido igual que si llevara escrito en el pecho un cartel en el que se podría leer soy guardia civil, soy policía nacional.

También se ha dado el caso de que comisarios de renombre, y altos mandos de la Guardia Civil, fueron investigados por jueces porque al pedir las llamadas telefónicas de etarras detenidos hicieron averiguaciones sobre las personas a las que pertenecían esos teléfonos. Veteranos de la Policía suelen contar que uno de los que tuvo que dar explicaciones fue el conocido y todopoderoso comisario Manuel Ballesteros, director del MULC, Mando Único de la Lucha Contraterrorista, que había captado a un hombre muy cercano a ETA —un abogado, por más señas — que le pasaba información importante.

Los etarras suelen tener compañeras, etarras también, algunas de ellas de sangriento historial delictivo. Si es un hecho asumido, reconocido, que policías y guardias civiles consiguieron infiltrarse en la banda terrorista, no es difícil deducir que alguna mujer logró también infiltrarse en la banda. Nadie da un nombre, nadie cuenta un caso protagonizado por una mujer policía, guardia civil o del CESID o CNI que haya sido «topo» en la banda, pero tampoco nadie se atreve a negar tajantemente que alguna mujer pudiera ser añadida a la lista de «infiltrados» en ETA, lista que encabezan el Lobo y Cocoliso.

Sobre el primero se han escrito libros e incluso rodado una película. Cocoliso lleva en los titulares de su biografía, «El hombre que pasó de ETA a la Legión». Su trabajo como informador supuso la detención de importantes miembros de la banda. De la Legión desertó y no dejó buen recuerdo. Como ocurre en otros tantos casos similares, sufrió una profunda desorientación vital cuando abandonó su trabajo policial, y atravesó años negros, de declive. Falleció en un accidente de automóvil cuando ETA estaba bien y trágicamente activa.

No se conocen nombres ni episodios de mujeres infiltradas en ETA, pero, como ocurre con las meigas, *haylas*. Ana, que no cuenta apenas nada de su vida pero que debió de trabajar en algún momento para la Policía o Guardia Civil —aunque no lo confiesa—, demuestra estar bien enterada de los mecanismos para captar confidentes o para convertirse en confidente. Se expresa con tanta naturalidad sobre la metodología, que transmite la impresión de que conoce el asunto de primera mano. Pero lo niega.

«Hay profesionales perfectamente adiestrados para introducirse en los círculos que hay que investigar, un trabajo que a veces necesita de años de labor muy minuciosa, y de mucho autocontrol, antes de que se consiga el objetivo. Pero hay también otras clases de informadores y en muchas ocasiones las personas menos sospechosas pueden ofrecer un dato relevante que conocen de forma casual. Un camarero que escucha una conversación que parece intrascendente pero que al analizarla posteriormente puede tener importancia para quienes luchan contra el terrorismo, un recepcionista de hotel que ata cabos ante unas reservas no convencionales, el mecánico de un taller al que no convence la explicación sobre una avería o un golpe sospechoso, un empleado de una agencia de viajes o de alquiler de coches...».

Eso explicaría que los servicios de información hayan montado empresas que les permitían tener a posibles terroristas entre su clientela. Se utilizó en los tiempos de ETA y con toda seguridad se utilizan ahora para la detección de yihadistas, que es el tipo de terrorismo que más inquieta y al que se dedican los máximos esfuerzos, aunque en la última década la tecnología ha suplantado a antiguos métodos de investigación y localización de delincuentes de todo tipo, incluidos los terroristas.

No solo en la última década, aunque la tecnología ha avanzado a pasos tan gigantescos y tan rápidos que instrumentos de hace veinte o treinta años suponen todo un ejemplo de profesionalidad para quienes ahora se mueven con esquemas de la máxima sofisticación.

Hubo un caso en 1987 en el que el trabajo de investigación policial, exhaustivo, se completó con un artefacto de tipo técnico contra ETA, para el que se necesitó la colaboración de la CIA. Colaboración que no fue un secreto, se informó ampliamente sobre ella y cualquiera que conozca cómo funcionan las relaciones entre los distintos servicios de seguridad adivina que para

conseguir dicha colaboración se fue más allá de la Policía y necesariamente debió tener un papel importante el CESID, dirigido entonces por el general Manglano, casado con una estadounidense y que además mantenía excepcionales relaciones con la agencia americana. Se trataba de la operación Sokoa, la más importante contra ETA hasta la operación Bidart cinco años más tarde.

Se había preparado un operativo casi teatral para localizar a la cúpula de la banda terrorista, refugiada en el sur vasco francés, territorio en el que se movía ETA con toda impunidad hasta que el acuerdo alcanzado entre Mitterrand y Felipe González restringió sus movimientos, pues se inició una importante colaboración entre las Policías española y francesa.

El operativo consistía en «vender» a la banda unos misiles soviéticos, lo que se hizo a través de una red internacional de venta de armas que las fuerzas de seguridad siempre tienen muy controladas. Desde Estados Unidos se desplazaron dos miembros de la CIA para vigilar el buen funcionamiento de los dispositivos tecnológicos, pues se vaciaron los misiles para colocar unas balizas que permitieron hacer un seguimiento del vehículo que transportaba a los etarras con los misiles. Cayó la dirección de ETA, una operación que contó con más de un centenar de miembros de las fuerzas policiales francesas que, como era habitual, actuaban en su territorio, donde ya dejaban trabajar a las fuerzas policiales españolas y al CESID. Las labores de este último eran exclusivamente de investigación, y el resultado de esas investigaciones lo convertían los franceses en detenciones. En algunos casos, como el de Sokoa, detenciones de varias personas de la máxima relevancia para ETA.

Sokoa, y luego Bidart, fueron esenciales. Bidart, que significó un golpe mortal contra la banda, la caída de su cúpula al completo, fue provocada por un delator que posteriormente se convirtió en topo.

Se trataba de un hombre que tenía en su casa a un comando etarra, organización con la que se sentía identificado, vinculado, integrado. Al descubrir que su mujer mantenía una relación sentimental con uno de los miembros del comando, no dudó en vengarse y explicó a un alto cargo del gobierno civil de San Sebastián dónde se encontraba el comando, que fue detenido.

Ese alto cargo comprendió que el estado emocional del delator podía ser utilizado y, efectivamente, lo captó para que trabajara para las fuerzas de seguridad. Desde dentro de ETA, en una situación de privilegio, pues estaba en contacto con los dirigentes de ETA en el sur de Francia, pasó a España una información vital para localizar a uno de los hombres más importantes de ETA, Txelis, y de inmediato se puso en marcha el mecanismo de seguimiento, llevado, en gran parte, por miembros del CESID, los más preparados para ese trabajo en el que era necesario disponer no solo de experiencia, sino sobre todo de una metodología de trabajo paciente en el que no contaba el tiempo con tal de alcanzar el objetivo.

El trabajo se prolongó durante meses, a la espera de que Txelis les condujera al resto de la banda, y los miembros del CESID no pasaron la información a Intxaurren hasta que conocieron el lugar y día exactos en el que se iba a producir una reunión de la cúpula de ETA, un encuentro de todos sus miembros.

La operación Bidart fue un hito, por sus consecuencias y porque se produjo en un momento muy especial: en la primavera de 1992, cuando España preparaba dos acontecimientos con las

máximas medidas de seguridad, porque temían que pudieran ser utilizadas por ETA para cometer un atentado de brutales consecuencias que les dieran eco internacional: los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Expo de Sevilla.

El delator, que continuó perteneciendo a la banda y que cobró una importante cantidad de dinero por sus servicios a la seguridad del Estado, falleció años después. Fue recibido en su pueblo con el homenaje característico que se daba a los miembros de la banda: como si fuera un héroe.

¿Hubo mujeres en esa operación Bidart? Debió de haberlas, pero nadie lo confirma. Solo un dato. Cinco años después de esa operación, poco antes de que fuera liberado el funcionario de prisiones Ortega Lara, una mujer de amplia sonrisa, extrovertida, vestida con botas altas y falda muy corta, perfectamente maquillada, sin exageración, con una melena limpia y muy rizada, se adentraba en el casco viejo de San Sebastián para encontrarse con un grupo de amigos. Estaba destinada en el cuartel de Intxaurrondo. Y una sospecha: en otro capítulo de este libro se cuenta la peripecia de una mujer del CESID o CNI —no facilita fechas— que tuvo que utilizar sus armas de mujer —miedo a una calle oscura— para alejar a un mendigo del lugar en el que se iba a producir una importante detención de etarras. ¿Bidart, Sokoa? Puede ser que sí o puede ser que no, que se tratara de otra operación en la que también cayeron miembros de la banda.

Carmen pertenece al grupo de mujeres que entraron en el CESID en los años ochenta. «Los de aquella época nos reconocemos inmediatamente, casi tenemos un código». Hija de militar, alguien le propuso presentarse para las pruebas de admisión del Centro. «Las pruebas de la calle son complicadas al principio, luego ya se hace más fácil, pero el curso es terrible. Éramos cinco mujeres y cinco hombres y las pruebas de calle no las superó ninguno de los hombres. Para ellos es más difícil que para nosotras abordar a alguien. Por ejemplo, a mí me dijeron que tenía que conseguir los datos de afiliación de una persona y, lo que era más difícil, conseguir una segunda cita. Me presenté como si fuera una encuestadora sobre determinados textos. El “objetivo” tenía que consultarlos con su círculo familiar y después, en la segunda cita, darme el resultado de la consulta. A los cinco compañeros les sudaban las manos cuando les explicaron qué debían hacer».

Finalizado el curso destinaron a Carmen a inteligencia exterior junto a dos más de su mismo grupo. «Estábamos ampliando el foco de interés del Gobierno, con Felipe González de presidente y un escenario de guerra fría. Estuve aquí un tiempo, luego me mandaron fuera y después, desde aquí, estuve haciendo muchos viajes. Como analista estaba en contacto con el exterior, recibía información a través de fuentes de compañeros destinados en otros países más las que conseguía yo misma, fuentes propias. Luego, valorábamos toda esa información y elaborábamos los informes para el Gobierno».

¿Cómo se conseguían esas fuentes propias? «Pues con paciencia y con esfuerzo, es una cuestión también de experiencia, que se adquiere con el tiempo. Contábamos con el despliegue del Centro y también con la información procedente de otros servicios, aunque en este último caso siempre hay que recordar la frase de Manglano de que “no hay servicios amigos, solo intereses comunes”. Mis fuentes las conseguía en España, en el país que estábamos investigando o en terceros países. ¿La captación de fuentes? Pues es un ejercicio de seducción en el sentido más amplio de la palabra. Lo primero es saber qué buscas, qué necesitas y, lo segundo, quién te puede proporcionar esa información que necesitas. Una vez identificado le abor das según el ámbito en el que se encuentra y en función también de la actividad de la propia fuente. Puede ser de forma directa

diciendo quiénes somos y pidiendo ayuda y colaboración, y, en otros casos, te presentas como un organismo internacional conocido que necesita determinada información».

Carmen ha trabajado también como analista en contraterrorismo, y «supimos que a ETA se la podía vencer cuando tuvimos información de cómo estaba por dentro». Por dentro. Una forma velada de reconocer que la información para luchar contra ETA procedía de las entrañas de la banda.

Infiltrados en ETA ha habido por docenas, aunque solo ha trascendido el nombre, o el mote, de algunos de ellos. Al ser docenas es fácil deducir que alguna mujer se encontraba entre aquellos que exponían su vida tratando de ganarse la confianza de los terroristas y llegar a convivir con ellos. La mayoría de los etarras tenían mujer o pareja, algunas de ellas miembros activos de la banda. Otras, sin embargo, ejercían como simples compañeras. Por ser compañeras conocían los pasos de sus maridos, adónde acudían, qué llamadas recibían, con toda seguridad acogieron en sus domicilios alguna reunión importante... Es impensable que los servicios de inteligencia y de información no advirtieran que incrustarse en el círculo familiar de un etarra era una fórmula asegurada para conseguir la mejor y más completa información. Pero nadie lo confirma. Como tampoco nadie confirma los nombres de los «topos» varones, excepto la media docena de casos que por la importancia de sus acciones han logrado el reconocimiento generalizado de su papel en la lucha contra ETA.

Aunque también hay que manejar con cautela los datos que se facilitan sobre los «topos» o informadores de ETA: un coronel de la Guardia Civil que dedicó casi toda su vida a la lucha antiterrorista, cuando se le insistía, avanzado ya el siglo XXI, para que abundara en el asunto de qué métodos se utilizaban para conseguir información, infiltrarse en la banda o captar a miembros de la banda, y se le comentaba el rumor de que si un día se iniciaban nuevas negociaciones en la mesa etarra habría miembros de los servicios de información, respondía con retranca: «Está bien que ETA lo crea. Es lo mejor que nos puede ocurrir, que no se fie ni de los suyos».

11. Elena Sánchez, la tercera gran jefa

Pisa fuerte en su trabajo actual como responsable de seguridad de un grupo bancario, y pisó fuerte cuando estaba destinada en el CNI, donde fue la tercera mujer en la secretaría general, tras María Dolores Vilanova y Esperanza Casteleiro.

No encontró ningún tipo de reticencias a su nombramiento, la secretaría general parecía con su elección que se destinaría en el futuro a una mujer. Pero sobre todo no hubo reticencias porque Elena Sánchez contaba con una trayectoria en la que había demostrado sobradamente su valía, como el resto de las mujeres que asumieron responsabilidades importantes en el servicio de inteligencia español. A Elena Sánchez nadie le regaló nada nunca, pasó las mismas pruebas que los demás para conseguir entrar en el CESID, y, también como los demás, fue subiendo en el escalafón paso a paso y conociendo en profundidad las áreas más sensibles, las que obligaban a una mayor dedicación y, desde luego, a no cometer errores porque sus consecuencias podrían ser letales para la seguridad del Estado.

Ingresó en el CESID en el ochenta y ocho, en una época en la que todavía el Centro estaba muy

militarizado y tenía que proponerte alguien. No se podía llamar a ninguna puerta y explicar que se quería trabajar en el servicio de inteligencia. Es más, la mayoría de los españoles no sabían que existía el CESID, los servicios de inteligencia se identificaban siempre como cosa de militares, quizá con policía también, y se desconocía su funcionamiento. El que se creía entendido la mayoría de las veces sabía de los servicios de información e inteligencia lo que había leído en novelas o visto en el cine.

Elena trabajaba como profesora de inglés, ya que era licenciada en Filología. Su padre, militar, había ocupado destinos en varios países, conocía a mucha gente y con frecuencia los militares acudían a él porque hablaba árabe. «Alguien le propuso que presentara mi candidatura para el CESID, me lo preguntó y le dije que sí. Me llamaron para concertar una entrevista y les expliqué que no podía hasta que terminara el curso escolar. Me volvieron a llamar, hice las pruebas y el curso maldito».

El curso maldito. Es la única mujer entrevistada que se refiere así al curso inicial de formación, aunque los comentarios sobre su dureza son unánimes: «Sí, le llamo así porque las pruebas eran una pesadilla. Me encomendaron que entrara en una casa y que pidiera que me dejaran hablar por teléfono. Parece fácil, pero no lo es, ¿cómo vas a dejar a una desconocida que llama a tu puerta que entre y llame por teléfono? Me inventé que era representante del Ayuntamiento de Madrid, incluso llevé una tarjeta que había hecho yo misma. Expliqué que estábamos haciendo una campaña para promover la utilización de productos ecológicos y les regalé un lote que me había costado un pastón. Me fui, y volví inmediatamente: que si me podían dejar hablar por teléfono un minuto, que tenía que reportar a mi jefe. Salí de allí hecha polvo, pensando que había engañado a alguien... una sensación que no volví a sentir nunca más».

Finalizado el curso, se inició su carrera como miembro del CESID: «Mi primer destino no lo elegí. Me mandaron a la oficina de la Autoridad Nacional de Seguridad, un sitio de gestión, y después me enviaron al área de contrainteligencia que se ocupaba de Oriente Medio y Magreb y del terrorismo de Estado. Eran los tiempos en los que teníamos que estar pendientes de Irán por su apoyo a Hezbollah, más Siria y Libia, y había organizaciones palestinas consideradas terroristas. Mi primer trabajo fue precisamente sobre Hezbollah, y se lo mandé al director. Le gustó, pero hizo un “decretado” con instrucciones para mejorarlo en el que se notaba que había apretado mucho la pluma. Me dijo que era un buen trabajo pero que era un trabajo de gabinete, que me fuera al Líbano a ver el país, a conocer el terreno».

El terreno: «Fue tremendo. Allí estaba todo muy revuelto, con las falanges, Walid Jumblatt, Hezbollah... Hice el trabajo y permanecí mucho tiempo en el área de Oriente Medio, y después me mandaron a Magreb, donde me tocó toda la transformación social de los países de esa zona y el inicio del yihadismo. En el 2002 fui jefa de contrainteligencia de Magreb, Ceuta y Melilla. Me encontraba en ese destino cuando fue el atentado del 11-M en 2004, y se activó el mecanismo de seguimiento en el Centro de crisis que había creado Dezcallar, muy moderno y con todos los medios tecnológicos necesarios. Allí nos reunimos con personas de inteligencia exterior, viendo las reacciones que se producían en los distintos países».

Explica que «la investigación la llevaba sobre todo la gente de terrorismo, con seguimiento de toda la información: Leganés y la inmoleración de los terroristas, cómo reaccionaban los barrios más radicales de Ceuta y Melilla, seguimiento de los sermones de las mezquitas, de las personas

más conflictivas, consultas a nuestras fuentes... Esos días la información la centramos aquí, con visitas al exterior, pero manejando todo desde aquí, e informando constantemente al Gobierno. Al mismo tiempo, estábamos en contacto con los servicios de Marruecos, veíamos las actuaciones que llevaban a cabo, los casos de hostigamiento contra España que se produjeron en Ceuta, Melilla y Madrid».

¿Colaboraron los marroquíes? «Sí, pero no en el ámbito de la contrainteligencia, porque en contrainteligencia nunca eres amigo de nadie».

¿Cuál ha sido la operación más chocante que ha vivido en contrainteligencia? «Es un tópico, pero es real: siempre los asuntos relacionados con los rusos. Estuve unos años destinada en Washington y desde que regresé hasta que me fui al banco he sido jefa de la división de inteligencia —que engloba la contra— de América, Europa y Asia, y he tenido ocasión de conocer muy bien cómo operan los rusos. Todo lo que uno pueda leer sobre ellos, o ver en películas, da una idea de cómo trabajan, aunque a veces la ficción se queda corta. Dedicamos muchos esfuerzos a captar a las personas adecuadas y están muy bien instruidos, sin olvidar que un número significativo de los que están destinados en las embajadas rusas con estatus diplomático son oficiales de inteligencia. Esta es la realidad, te lo reconocen los servicios de información más importantes».

Les interesa mucho España. «Es un objetivo importante para ellos. Toda la Unión Europea lo es, pero les atrae especialmente España porque aquí viven bien y montan operaciones que no se pueden ni imaginar. Operaciones espectaculares, muy profesionales, incluso bonitas».

Aparte de las actividades de los rusos en países europeos, sobre todo en el Reino Unido, donde se han producido graves episodios con personajes relacionados con el mundo del espionaje y la información —los casos Litvinenko o Skripal han provocado ríos de tinta—, en los círculos políticos se da por hecho que los rusos manejan desde la sombra a diferentes grupos y movimientos de otros países en beneficio de sus propios intereses. También son buenos los cubanos, que en su mayor parte se han instruido en escuelas rusas. A los rusos les interesa desestabilizar, mientras a los cubanos les interesa sobre todo tener controlados a sus disidentes. Creen que sus dos grandes enemigos son Estados Unidos y España. Siempre piensan que detrás de los *lobbies* españoles hay grandes operaciones de inteligencia».

Recuerda que «en una ocasión estaban en Cuba dos diplomáticos españoles con sus familias visitando La Habana y los cubanos les hicieron un seguimiento porque decían que, según una de sus fuentes, estaban buscando información sobre el puerto. ¿Que si hemos hecho muchas expulsiones en contrainteligencia? Cuando tenemos la certeza de que están cometiendo una ilegalidad llamamos al representante de sus servicios que se ha acreditado ante el Gobierno y le explicamos qué pasa. Lo primero que nos pregunta es si tenemos pruebas, y la respuesta es siempre la misma: sí, muchas, si no fuera así no le habríamos llamado. Y al día siguiente retiran al diplomático. Evidentemente, lo hacemos con el acuerdo del Gobierno. No se trata de una expulsión formal, ellos y nosotros preferimos hacerlo de manera discreta. Pero se van». ¿Alguna vez se ha hecho una detención en la calle? «Nunca, pero sí se ha hecho un seguimiento del objetivo en la calle. Es el oficial del caso el que prepara todo con la gente de la rama operativa».

La situación más incómoda la vivió «cuando era secretaria general y hubo todas aquellas portadas sobre el director, Alberto Saiz, en las que le acusaban de utilizar el Centro en beneficio propio, lo

que acabó provocando su dimisión. Yo llevaba un año de secretaria general con él, me insistió mucho para que aceptara el cargo, a pesar de que había pedido ir destinada a Londres. Me lo pidió porque me había conocido en alguna reunión de la célula de crisis, una vez por el secuestro del “Playa de Bakio” en Somalia y en otra ocasión en la célula de crisis que se había establecido en el Centro con motivo de las elecciones generales de marzo de 2008; y que fue cuando tuvo lugar el asesinato de Isaías Carrasco por un comando de ETA. Como dicen los militares, hay puestos a los que no puedes decir que no, y acepté ser secretaria general. En un mal momento, por los problemas que se crearon en torno al director».

Como el resto de las compañeras, asegura que nunca sintió discriminación por el hecho de ser mujer. «Pero siempre tenemos que demostrar que valemos el doble de lo que se exige a un hombre. Aquel informe que hice sobre Hezbollah levantó polvareda y hubo debate, entonces eran todos militares. Lo pusieron todo en cuestión, porque era recién llegada y porque era mujer. Cuando me destinaron al área de Oriente Medio, el jefe nos recibió con una frase que nos dejó espeluznadas: “No sé por qué me mandan tías cuando dije que no las quería. Pasad y sentaos”. Pero luego fue todo muy bien. El año noventa y dos me fui a Líbano con dos compañeros militares, que nunca habían salido de España ni hablaban inglés, y se dieron cuenta de lo que yo podía hacer por ellos. Manglano fue muy hábil en cómo fue mezclando a unos con otras. Hizo de esta organización un modelo muy especial, de éxito. Había gestos de paternalismo, como de querer protegernos, pero juntos fuimos evolucionando todos».

La pregunta obligada a las mujeres del CESID y CNI es cómo afecta su trabajo, tan especial, tan delicado, tan secreto y tan peligroso, a su vida personal. «Pues hay un índice considerable de divorcios, por lo que haces y por el tiempo que le dedicas. La primera vez que dejé a mi marido en la playa con mis hijos y mi madre y me quedé sin vacaciones no fue fácil. Yo ni sé si mi marido sabía entonces en qué consistía mi trabajo. Cuando me hicieron secretaria general, y después cuando me destinaron a Washington se vino conmigo. ¿Habría dejado yo mi trabajo por él? Tiene muchísimo mérito. Mis hijos se enteraron de lo que hacía cuando me nombraron secretaria general, porque venía en el periódico y se lo comentaron en el colegio. Tenían siete y once años. Hasta entonces, cuando me preguntaban adónde iba respondía que a la oficina, y si me preguntaban dónde estaba la oficina, en el Ministerio de Defensa, y que era un trabajo muy aburrido. Y no preguntaban más».

Al crecer, llegan las preguntas y las necesarias explicaciones, aunque nunca les puedes explicar del todo en qué consiste trabajar en inteligencia. Y mucho menos de los casos que tiene entre manos: «De mayores están orgullosísimos de mí, y eso me compensa de muchas cosas. Una vez, cuando estábamos en Washington, una amiga les preguntó qué hacía yo exactamente en la embajada y mi hija contestó que “está en una consejería pero no sé lo que hace; es una persona muy importante en España porque está acabando con la organización terrorista ETA”. No era cierto, aunque es verdad que en mi época de secretaria general hubo operaciones importantísimas contra ETA. Creemos que los hijos no se dan cuenta de nada, pero sí».

¿Cómo son las relaciones con los servicios de información árabes de una mujer que trabaja en contrainteligencia en una época en la que hay que investigar el terrorismo yihadista? «Lo que buscamos es ganarnos su confianza. Lo que quieren es que les escuchemos, y muchas veces ser mujer es una ventaja para eso. Aunque recuerdo una visita de los kurdos iraquíes: estaba previsto que los recibiera el secretario de Estado para saludarles, pero no estaba y les recibí yo. Les

pareció fatal porque era una mujer. Hice una operación de encanto personal y les dije que había oído hablar mucho de ellos, pero no conseguí nada. Se enfadaron muchísimo y se fueron sin celebrar siquiera la reunión».

¿Cuesta pasar del CNI a un trabajo convencional? «Sí, cuando me ofrecieron el cargo que ahora ocupo pensé que no iba a ser capaz. Pero me convenció el secretario de Estado, me dijo que podía, que había hecho de todo y que estaba preparada para cualquier cosa. Que era un reto y una gran oportunidad. Tenía razón».

12. La «contra»

Si se busca la palabra «contrainteligencia» en el Diccionario de la Real Academia Española, remiten a «contraespionaje». Al ir a esta última, la definición es breve pero a poco que se reflexione lleva toda una carga de profundidad: «Servicio de defensa de un país contra el espionaje de potencias extranjeras».

La contrainteligencia se identifica con el espionaje en estado puro, de hecho, dos antiguos miembros de los servicios de inteligencia británicos, John Le Carré y Graham Greene, se cuentan entre los novelistas más reputados, entre otras razones porque siempre queda la sensación de que un alto porcentaje de lo que narran ha ocurrido... o podía haber ocurrido.

Contrainteligencia se identifica con la guerra fría, con las películas angustiosas sobre los espías que trabajaban en el otro lado del muro de Berlín, se identifica con operaciones del KGB en países occidentales, con «los cinco de Cambridge», importantes espías británicos que fueron reclutados por los soviéticos y se convirtieron en eficaces agentes dobles que protagonizaron el episodio más negro de la historia del MI5 y han sido personajes cuya vida se ha recogido en infinidad de películas y novelas.

Trabajar en contrainteligencia, pertenecer a «la contra», es lo que sueña todo aquel que desde pequeño quiere ser espía. Sofia es uno de esos niños que logró su objetivo, que cumplió su sueño.

Siempre ha trabajado en contrainteligencia, y aunque no había expresado preferencias una vez que superó las pruebas de acceso al CESID y también el curso de iniciación, o de formación, cuando se vio dentro, y en contrainteligencia, «muy rápidamente me di cuenta de que aquello había sido providencial, iba a tener una vida muy plena y muy interesante».

Sus estudios universitarios eran de Letras, pero acabó siendo espía y tratando, como espía, de detectar y neutralizar el trabajo de otros espías. Miembros de servicios extranjeros que querían información secreta sobre proyectos españoles de todo tipo: políticos, tecnológicos, militares, empresariales... todo importa según el país que espía y según el momento en el que se encarga tan delicado y con frecuencia peligroso trabajo. Sobre todo en el ámbito soviético y ahora también en el ruso, donde, a pesar de la apertura democrática, se conservan metodologías propias de servicios secretos dictatoriales. No hay más que recordar el destino de agentes rusos que decidieron abandonar los servicios y se instalaron en otros países tratando de iniciar una nueva vida, sobre todo en el Reino Unido, donde gases letales han acabado con alguno de ellos y lo han intentado incluso con sus familiares.

En ese mundo inseguro se ha desarrollado durante muchos años el trabajo de Sofia. Los inicios en ese tipo de trabajo no son fáciles para nadie, pero menos todavía si en esos inicios eres mujer en un mundo de hombres. En el curso de formación casi todos eran militares, solo había tres o cuatro mujeres. Sofia no se sentía incómoda, siempre había vivido en un ambiente militar y estaba habituada a su disciplina, a su forma de expresarse, «aunque al principio la visión de los jefes respecto a nosotras no era igual que respecto a los demás compañeros. Nos cuestionaban más, nos exigían más, como si no estuvieran seguros de nuestra capacidad. Me destinaron a “contra” y lo

tomé como un castigo, me veía más en asuntos internacionales, pero pronto vi que era apasionante. De hecho, es a lo que me he dedicado toda mi vida».

Como la mayoría de las mujeres del CNI, menciona el papel del general Manglano en la incorporación de la mujer a los servicios de inteligencia. Las palabras «visionario» o «feminista» las pronuncian con frecuencia: «Manglano fue una figura especial en el sentido de confiar en la mujer y considerarla capaz para este trabajo. En una ocasión en la que iba a ir destinada fuera, me llamó. Nos conocía prácticamente a todos los que trabajábamos aquí, y uno por uno fue preguntando cómo nos afectaba en lo personal el ir destinados a otro país. Sabía que estaba casada y quiso saber si me acompañaría mi marido. Cuando le respondí que sí, me dijo espontáneamente: “Claro, para eso os habéis casado, para estar juntos”».

Para Sofía, la contrainteligencia consiste en detectar y neutralizar las operaciones de los servicios de inteligencia extranjeros contra España, «y también hay que velar por los intereses de España en el extranjero, por ejemplo en las embajadas, para que nuestras legaciones puedan trabajar sin interferencias. La función de la contrainteligencia está recogida en la Ley 11/2002. Según de qué país se trate, a sus espías, o a los miembros de sus servicios, les interesan diferentes cosas. En España, por ejemplo, los más agresivos, no en el sentido de violencia, sino de perseverancia en alcanzar sus objetivos, son los rusos. Aunque también actúan varios servicios más, entre ellos los cubanos y los chinos. E incluso algún servicio aliado en algún momento».

Como se ha apuntado respecto a la contrainteligencia en general, también España interesa a los espías extranjeros, «por muchas razones: económicas, políticas y de otros sectores. Depende. En el caso de los cubanos, por ejemplo, están pendientes de los disidentes del castrismo instalados aquí... Con los que hay que tener más cuidado siempre es con los que trabajan en regímenes totalitarios, con enormes recursos económicos y de personal, y con toda la actividad de sus gobiernos volcada en conseguir información como sea, tanto dentro como fuera. Quieren asegurar la continuidad de su régimen, con un gran control de su propia gente, también dentro y fuera de su país. El objetivo de los chinos, en cambio, es la pervivencia del partido y, segundo, que China se afiance como una potencia internacional en competencia con Estados Unidos. Pero a todos estos servicios que he mencionado les importan mucho las actividades de su gente en otros países. Llevan un control exhaustivo sobre su colonia. Respecto a España, quieren anticiparse a las decisiones que afectan a sus intereses. China busca información sobre la política comercial de Estados Unidos y pretende inclinar la balanza de la Unión Europea o de España a su favor».

Explica Sofía que han detectado a personas que habían sido sobornadas por servicios extranjeros que estaban interesados en los contratos de importantes empresas españolas con fuerte presencia en otros países, servicios que querían informarse sobre las condiciones de los contratos ventajosos para sus países y así presentarse a licitaciones en superioridad de condiciones... «Los intereses son muy variados. Acuden a reuniones en las que pueden conseguir información científico-técnica para su desarrollo y que les permite alcanzar sus objetivos sin dedicar años de esfuerzo y de inversión».

La contrainteligencia cuenta con equipos en distintos organismos del CNI, y las operaciones se planifican para un caso muy concreto a petición de sus responsables. Una vez culminado el trabajo de la contra lo ponen en conocimiento de la dirección, que lo traslada a quien corresponda. «Trabajamos de una manera no discreta sino secreta. Ellos van encubiertos para que no nos

enteremos de que trabajan para servicios extranjeros, y nosotros trabajamos en secreto para que no sepan que nos hemos enterado. ¿Que cómo se hace? Estamos especializados en hacer seguimientos a gente que trabaja para los distintos servicios y conocemos sus pautas de comportamiento. Además, conociendo sus intereses, sabemos hacia dónde se orientan y a quiénes se acercan. Crean empresas tapadera sobre las que no caen sospechas por las entradas y salidas de gente muy diversa, como por ejemplo agencias de viajes o aerolíneas, contactan con personas que les pueden facilitar contactos... Los periodistas les interesan mucho. Buscan siempre la forma de acceder, sin levantar sospechas, a muchos sitios y a muchos personajes. La contrainteligencia es lo que más se identifica con la imagen que se tiene de los espías».

La operación de la que se siente más orgullosa es la expulsión de un agente muy importante de un servicio de inteligencia, aunque, por razones obvias, Sofía no puede dar muchos detalles. Sí cuenta que era alguien que estaba desde hacía años «como ciudadano acreditado en España. Llevábamos años investigándolo. Era de un país africano y fue muy complicado el procedimiento porque tenía muy buena cobertura. Sin embargo, seguimos vigilándolo porque sabíamos que trabajaba para un servicio de inteligencia. Conseguimos detectar que había montado una red importante de informadores, extensa y de tal nivel que no podía continuar en España, así que propusimos a la dirección que, con el informe que le presentamos, se le pudiera aplicar la ley de extranjería. Reaccionó con sorpresa, con enfado, lo negaba todo, pero las pruebas eran concluyentes, y con ellas el Gobierno decidió su expulsión. Pensó que con la ayuda de sus importantes conexiones iba a evitar esa medida, pero el Gobierno no dio marcha atrás. Ese caso nos produjo una gran satisfacción, por encontrar las pruebas de lo que hacía y porque no fue nada fácil, ya que tenía efectivamente contactos muy influyentes».

Ha pasado por muchos sitios. «Y las investigaciones han sido siempre largas y discretas. Nos pone sobre aviso de alguien sospechoso un espontáneo o una persona cercana a nosotros... Con el tiempo aprendes cuáles son los lugares a los que suelen acudir los que trabajan para otros servicios y, por eso, nosotros acudimos también. ¿Los cócteles de embajadas? Es verdad, aparecen de forma recurrente en todas las películas y novelas de espías, y efectivamente son reuniones en las que se pueden establecer importantes contactos. Hay bastante gente pendiente de esas reuniones, y enseguida se fijan en quién pregunta demasiado. Pero hay también lugares que atraen a los extranjeros, como las presentaciones de productos tecnológicos. Estamos siempre atentos. Por ejemplo, si en la presentación de un móvil de última generación hay alguien sacando fotos como loco... Es que una buena información sobre un nuevo invento tecnológico puede ahorrar mucho tiempo y dinero de investigación a una empresa o a un país».

Sofía también ha estado destinada en el extranjero. «Fuera te relacionas con otro tipo de gente, no es lo mismo que cuando te encuentras aquí. Normalmente tenemos estatus diplomático y estamos unos cuatro años en el país de destino. Se aprende mucho cuando estás fuera, te enfrentas además a una cultura diferente. El método de trabajo, sin embargo, sigue un mismo comportamiento: las operaciones se planifican desde la central. Si hay que tomar alguna decisión fuera, se necesita siempre la autorización de Madrid».

Otra mujer, Carmen, con amplia experiencia en inteligencia exterior, donde ha ocupado cargos de dirección, está convencida de que «inteligencia es todo: dirección, planeamiento, obtención de datos, análisis de la información, decisión sobre a quién y para qué difundirla... Insisto, inteligencia es todo. Se trata de una actividad en la que sientes con intensidad que haces un

servicio al Estado».

Cuenta Carmen que, en uno de sus destinos al exterior, el Gobierno encargó al CNI, a su equipo de inteligencia, que realizara un trabajo que tenía especial relevancia: neutralizar una campaña que afectaba muy negativamente a España y a sus intereses económicos, políticos y sociales. Es decir, actuaron para mejorar la imagen de una España maltratada por medios de comunicación extranjeros, muy condicionados por mensajes perfecta e inteligentemente diseñados para dañar a nuestro país.

Inteligencia, en su vertiente de contraterrorismo, durante la etapa en la que ETA mantenía una constante y trágica actividad, dedicaba mucho tiempo a realizar informes sobre cuál era la situación interna de la banda, informes que servían de referente para que el Gobierno pudiera tomar determinadas decisiones, sabiendo cuáles eran los puntos débiles y fuertes de los terroristas.

Desaparecida ETA, o al menos desactivada su acción terrorista —el CNI fue elemento clave para esa desactivación—, ahora es el terrorismo yihadista una de las preocupaciones de quienes trabajan en contraterrorismo, contrainteligencia e inteligencia exterior. Explica Carmen que «su forma de actuar no tiene nada que ver con la de ETA, que era una organización estructurada y jerarquizada, mientras que el yihadismo tiene varias cabezas y miles de posibles miembros. Muy apocalíptico en su forma de matar, le es igual ocho que ochenta, utilizar un camión para arrollar a la gente que ponerse a pegar tiros».

Hay mujeres en la lucha contra el yihadismo como operativas, pero también como analistas, y destaca Carmen que estas mujeres que trabajan en análisis «no tienen una mirada de género. Los especialistas en un tema concreto, terrorismo en este caso, conocen todas las claves y están preparados para rellenar lagunas, independientemente de que sean hombres o mujeres. Las operativas pueden cambiar su forma de actuar en función del rol de la mujer en el islam, y por tanto deben tenerlo en cuenta. Pero, en análisis, la actuación de hombres y mujeres es exactamente igual».

Como otras veteranas del CESID, Carmen solo encuentra algo parecido al trato discriminatorio en los primeros tiempos, cuando entraron en un centro con mayoría de militares que no habían trabajado con mujeres, «y el trato con mujeres se reducía a menudo a sus esposas, madres, hermanas e hijas. O secretarias, las únicas con las que compartían trabajo, pero no en un plano de igualdad. El trato con nosotras era correcto, pero de pronto se les escapaba el “Hola, niñas, venid”. Y yo contestaba “Sí, papá, ya voy”. Y no lo entendían. No hubo problemas, pero a veces se notaba que no sabían muy bien cómo tratarnos. Les costó. Nunca habían convivido con mujeres que no fueran de su familia. En una ocasión un jefe me dijo: “Bonita, ¿es que tu marido no gana suficiente como para que tengas que trabajar?”».

Carmen solo recuerda el caso de una mujer que haya fallado: «Se fue *motu proprio* porque no se adaptaba al ritmo. Es un oficio que te tiene que gustar mucho. Ella tenía dificultades para el análisis y prefirió marcharse. Es difícil sentarte ante un folio en blanco y pensar, además, a ver cómo le explico esto al ministro o al presidente del Gobierno. Esa responsabilidad te dificulta aún más escribir en ese folio en blanco. Lo llamamos la soledad del analista. No todo el mundo sabe enfrentarse a ese folio».

El balance de su trabajo es positivo, abierta y totalmente positivo, a pesar de que debe haber vivido momentos amargos. «Lo he pasado muy bien, aunque he trabajado siempre una barbaridad. Aprendo todos los días, sigo echándome trabajo encima... me gusta. Aunque pasas momentos muy duros, como ocurrió cuando murieron los compañeros de Irak, que fue traumático. Todos sabemos dónde estábamos cuando pasó, y si hablamos de ellos nos cambia la cara. La mayoría de nosotros tenemos fotos de ellos en nuestros despachos, así como el dibujo que les dedicó Forges, con dos personajes de los suyos mirando hacia el cielo ocho estrellas mientras uno de ellos dice: “Hay días en los que no acaba de amanecer del todo”».

13. Vidas privadas

P RESERVAR la intimidad no es obstáculo que impida llevar adelante determinada operación que se prepara con una cobertura de pareja. Son muchas las ocasiones en las que es más fácil el acceso a determinada fuente, determinado encuentro o determinada información bajo la «tapadera» de una pareja o un matrimonio que hace turismo, se mueve en los círculos empresariales o diplomáticos, o se interesa por actividades en las que saben que con cierta habilidad y mano izquierda pueden establecer relación con personas que les pongan en la pista de alguien vinculado con grupos delictivos, de manera que de ese contacto pueda surgir la neutralización de un atentado, la detención de un terrorista, introducirse en un núcleo mafioso o conseguir datos de un secuestrado.

Nadie puede imaginar qué hay detrás de éxitos que a veces ni siquiera aparecen en los medios de comunicación y que, pese a ello, tienen consecuencias de altísimo alcance. Nadie puede imaginar con qué minuciosidad se preparan esas operaciones que pueden salvar vidas. Hasta el punto de que si la cobertura se centra en una pareja que supuestamente se encuentra de luna de miel, se cuida al detalle la maleta o las maletas del «matrimonio», para convencer de que son lo que quieren aparentar si alguien tiene la menor sospecha sobre su identidad.

No hay hombre o mujer de los servicios de inteligencia española que se haya quejado de que el montaje para desarticular un acto delictivo o conseguir pruebas contundentes contra un sospechoso le haya provocado una situación tensa por la necesidad de compartir intimidad con un compañero o compañera. Ni siquiera una situación molesta.

Félix, que ha participado en docenas de operaciones, defiende la eficacia de trabajar en pareja: «Lo aprovechamos mucho en determinados seguimientos. Por ejemplo, nadie sospecha de una pareja dentro de un portal, pero si ve dos hombres, sale corriendo. En una calle te pide un hombre que le dejes un móvil un momento porque le acaban de robar y no le haces ni caso. Si es una mujer se lo das inmediatamente... Y con el teléfono en la mano, si estás bien entrenado puedes conseguir en pocos segundos la información que contiene ese teléfono o que salga de los datos guardados en ese teléfono. O hacer fotografías en lugares complicados sin que a nadie se le ocurra que ha utilizado disimuladamente la cámara del teléfono “prestado”. Las mujeres que trabajan aquí están muy preparadas, son valientes, tienen intuición y la gente, en general, se fía más de una mujer que de un hombre. Se han convertido en un elemento fundamental en el servicio».

Es habitual que dos miembros del CNI finjan ser pareja, y algunas circunstancias podrían obligarles a convivir durante un tiempo, compartir habitación en un hotel. La pregunta es obvia:

¿no es incómodo compartir intimidad por cuestiones exclusivamente profesionales? Félix se sorprende: «No conozco ningún caso en el que haya habido problemas y eso que, efectivamente, esas situaciones de intimidad se dan. Pero los profesionales saben perfectamente respetar los límites, incluso cuando hay que compartir cama o cuarto de baño. Insisto, no conozco ningún caso incómodo. Lo que sí se procura, si se puede, es que en esas situaciones intervengan parejas reales, que hay algunas en los grupos operativos».

Otra situación que inevitablemente hay que abordar cuando se analiza la vida privada de las mujeres del CNI es qué ocurre en caso de embarazo cuando forman parte de operaciones: «Se las retira de la actividad operativa y se reincorporan después de los permisos de maternidad y lactancia». En alguna ocasión, después de ser madre, ha habido mujeres que pidieron un destino administrativo durante un tiempo, o de menos intensidad operativa, pero no tardaron mucho en volver de forma voluntaria a los grupos operativos. Como dicen la mayoría de las mujeres del CNI, operaciones es la actividad con la que todos sueñan, hombres y mujeres, cuando quieren formar parte de unos servicios de información e inteligencia. Porque en operaciones está la mítica que rodea a esos servicios, aunque, una vez integrados en ellos, advierten que hay mundo más allá de operaciones, otras áreas en las que se pueden hacer grandes servicios al Estado.

Servir al Estado es gratificante, pero el precio a pagar es alto siempre, sobre todo cuando eres mujer y madre de familia. Más todavía cuando tu marido no conoce exactamente tu día a día, es habitual no decir la verdad a los hijos, o no toda la verdad, das motivos a tu pareja o tu marido para que pueda desconfiar de la excesiva familiaridad con compañeros varones, con los que compartes mucho más que en un trabajo convencional, viajes, días de convivencia, situaciones de peligro o riesgos que obligan a estar tan pendiente tanto de tu propia seguridad como de la de tus compañeros. Situaciones todas ellas que fomentan establecer relaciones muy estrechas con quienes forman parte de un mismo grupo, un mismo equipo.

Las mujeres del CNI no pierden oportunidad de expresar su admiración por sus maridos o por sus parejas, y por la comprensión de los hijos cuando, llegado el momento, saben cuál es exactamente el trabajo que realizan sus madres. Son mujeres que, como si se hubieran puesto de acuerdo, transmiten que parte de su fuerza la encuentran en la generosidad de una familia que las apoya en todas y cada una de las circunstancias profesionales, y con frecuencia cambian la cara cuando comentan una frase de sus hijos, cuando explican qué contaban sus hijos a sus amigos, cuando eran pequeños, sobre el trabajo de su madre.

Teresa es capaz de conseguir con una cámara lo que no consigue nadie o casi nadie y le entusiasma su trabajo, pero, como a la mayoría de las mujeres, le pesa la conciliación familiar: «Es difícil, sabes cuándo entras, pero no cuándo terminas. Sabes cuándo te vas de viaje, pero no cuándo regresas. Tengo una hija que ya sabe que trabajo en el CNI, pero hasta que tuvo veinte años le estuve diciendo que el CNI era Centro Nacional de Imagen. Hasta que vino un compañero a casa y habló sobre temas de la oficina con mi hija presente. En cuanto se fue me acusó de no decirle la verdad de dónde trabajaba. Ahí fue cuando se enteró de que CNI era Centro Nacional de Inteligencia».

Su marido trabajaba también en el Centro, «pero desde que se incorporó a su cuerpo de origen jamás hemos comentado nada de trabajo, ni del suyo ni del mío. —No concreta Teresa cuál es el trabajo del marido—. Mi padre me preguntaba por cosas de trabajo de vez en cuando, pero yo

siempre le respondía lo mismo, que yo nunca le había preguntado por el suyo en la Guardia Civil. Me presenté al Centro para probar... y llevo treinta y ocho años. Soy la segunda más antigua del personal femenino operativo, y no sé si también de todo el CNI; la única de mi curso que continúa en operativos. Es muy dura la vida operativa para los que tienen hijos, para mí fue duro por mi hija cuando era pequeña. Ser operativa es una forma de vida, lo tienes que sentir, te tiene que gustar para creer en lo que haces, porque se pasa muy mal. Cansancio, horas de sueño, falta de descanso, estar lejos de la familia tanto en días normales como festivos o Navidades... Pero después, cuando ha pasado lo malo, lo minimizas, sobre todo cuando llega el resultado que esperabas. Pasa sueño y hambre, y a veces noches en vela sin ningún resultado. Pero no lo cambio por nada».

Asegura que nunca tuvo problemas con sus compañeros por ser mujer, y tampoco con mujeres. «Si tuviera que montar un equipo lo haría con mujeres —confiesa— y con algunas tengo tanta afinidad que solo con mirarnos ya nos entendemos. Tuvimos alguna discusión al principio con los militares por la diferencia de sueldos... pero ya pasó hace tiempo».

En una de las operaciones que cuenta —recogida en otro capítulo—, Teresa formaba parte de un equipo de operativos formado por dos parejas. Supuestas parejas. Lo que obligaba a demostrar una intimidad que sirviera de cobertura, que diera credibilidad al subterfugio. Reconoce que puede resultar incómodo, «pero lo sería para los dos, no solo para la mujer. Sin embargo, todo se lleva, y si hay que pasarlo, se pasa. Lo importante es ponerse de acuerdo siempre, utilizar el baño o cambiarse de ropa con intimidad. Pero hay que asumir esas situaciones, para determinadas operaciones las mujeres somos fundamentales porque permitimos coberturas que solo hombres no podrían realizar. Recuerdo que en el cursillo previo al curso de entrada, una de las pruebas fue sacar toda la información posible a un hombre que se acababa de meter en un portal. Entré en el portal, lo abordé y le pregunté si era el padre de fulanita porque hacía mucho que no la veía. Me respondió que no, fuimos repasando de qué me podía sonar su cara... me contó toda su vida. Eso, probablemente, no podría hacerlo un hombre, porque no inspira tanta confianza».

Pasa Teresa al plano profesional, en el que se siente más a gusto: «Soy eficaz para colocar cámaras, siempre apoyada por otros compañeros para realizar una buena instalación sin que se descubra. Nunca me han descubierto ninguna. En una ocasión, dos personajes duchos en la materia dijeron que los estábamos grabando y señalaban dónde estaban las cámaras según ellos. Comprobaron que no había nada, no descubrieron nada. He inventado sitios extrañísimos. Me entusiasma mi trabajo; si no, no estaría en un sitio así. Además, me siento orgullosa de lo que hago, del trabajo por y para España».

Carmen trabaja en inteligencia exterior y reconoce que todo lo relacionado con la vida familiar «es siempre complicado. Acabas mintiendo a los amigos, o no te relacionas mucho con ellos para no mentir. También condiciona mucho cuando te proponen un destino en el exterior. Aquí hay mucha endogamia, parejas y matrimonios, que se explica porque somos pocos, compartimos un trabajo que genera tensiones, hemos pasado de todo juntos y no nos tenemos que ocultar nada, porque todos sabemos en qué trabajamos. Lo que no ocurre con amigos a los que no podemos explicar qué hacemos. En el fondo, con los compañeros formamos una especie de gran familia».

Luisa, experta en telecomunicaciones, vive su situación, en el plano personal, de forma muy parecida a la que cuentan sus compañeras. Su marido y sus padres conocen su trabajo y dónde

trabaja, pero no el resto de la familia y los amigos, que creen que trabaja en el Ministerio de Defensa en el departamento tecnológico: «Es una medida de seguridad, lo tengo muy asumido. Procuero no decir mucho lo del ministerio, por si alguien me pregunta si conozco a fulanita o menganito, que también trabajan en el ministerio, y entonces me siento obligada a dar explicaciones... Así que últimamente digo que soy funcionaria, sin decir de dónde, y ya no preguntan más».

María estudió Empresariales y Derecho y trabajaba en una consultoría en Madrid cuando una persona le preguntó si le interesaría trabajar para el Ministerio de Defensa. Fue una sorpresa, pero pensó que, por su currículum, sería para una empresa relacionada con la industria de defensa.

Hizo las pruebas psicotécnicas. No sabía nada del CESID, ni siquiera conocía su existencia. El último día le preguntaron qué le habían parecido las pruebas y respondió que no sabía si las había hecho bien porque no tenía ni idea de qué tipo de personas buscaban. «¿Sabes qué es el CESID?». «Me suena», fue su respuesta. Se lo explicaron por encima, «y me pareció atractivo, porque se trataba de un trabajo con resultados tangibles. No me arrepiento de nada, muchas veces me he sentido afortunada porque me pagan por hacer lo que hago, sobre todo durante el tiempo de la lucha contra ETA, cuando conseguíamos abortar un atentado o detener un comando. Cuando me conoció Sanz Roldán, me preguntó cómo me encontraba, cómo me arreglaba con los viajes, los hijos, enfrentarme al peligro, y yo le comenté: “No me cambio por Botín”. Mi hija pequeña me dijo una vez que no sabía lo que hacía, pero que de mayor quería trabajar en lo mismo que yo, “porque te encanta”».

Reconoce, no obstante, que no se «desenchufa» cuando acaba la jornada laboral: «Se trata de un trabajo que obliga a estar permanentemente alerta. Por otra parte, cuando juegas a ser quien no eres es complicado porque ¿qué pasa cuando encuentras a alguien de tu vida profesional o te cruzas cuando estás con tus hijos con una persona que cree que eres una sueca que vive en Portugal? Nunca puedes bajar la guardia del todo. En reuniones de trabajo te preguntan qué eres, dónde trabajas y yo respondo que me dedico a mis hijos y poco más. Solo los muy cotillas insisten en saber qué hago exactamente. El prestigio no lo tienes en la calle, no alimentamos el ego. La Policía y la Guardia Civil, por ejemplo, reciben condecoraciones por su lucha contra ETA, condecoraciones muy merecidas que les otorgan en presencia de sus familiares, que se sienten orgullosos de ellos. Pero nosotros no. Sin embargo, aquí saben lo que hacemos, y nosotros sabemos qué hacemos y lo mucho que valen cada uno de los compañeros. Y eso es lo que importa».

Sonia hizo la carrera de Letras porque le entusiasmaba la literatura, leer, sobre todo novelas rusas. Tanto le gustaban que decidió aprender ruso para entender mejor la cultura y la literatura rusa. Cuando terminó la carrera empezó a trabajar en una empresa pero sin dejar de lado su pasión, perfeccionando el idioma ruso y viajando a Rusia en cada ocasión que se le presentaba. «Me movía en ambientes culturales y sociales rusos... y vinieron a por mí».

No los rusos, sino los españoles. Personas que trabajaban en el CESID. «Me preguntaron si quería trabajar en algo relacionado con seguridad y defensa, porque podía ser muy útil dado mi conocimiento del ruso. Una vez en el Centro, después de superar las pruebas y el curso de formación, me destinaron desde el primer momento al departamento de criminalidad organizada».

Ha intervenido en la mayoría de las operaciones importantes que se han realizado en España —y por qué no decirlo, en Europa, en colaboración con otros servicios— contra las mafias rusas, y aunque Sonia no lo dice, sus compañeros de otros departamentos que más pronto o más tarde han tenido que pasar también por operaciones coinciden en que el mundo de las mafias rusas es el más peligroso de todos, incluso alguno de ellos asegura que más todavía que el del yihadismo, porque las mafias rusas cuentan con una tecnología muy sofisticada y de última generación, *hackers* de una preparación fuera de serie y, lo que es más grave, no se ponen límite cuando se marcan un objetivo.

Prueba de que no se ponen límites es que en el Reino Unido consideran que al menos una quincena de rusos han muerto los últimos años en su país en extrañas circunstancias, varios de ellos «suicidados», desde el oligarca Berezovsky que osó enfrentarse a Putin, con dos de sus colaboradores, hasta el alto cargo del KGB Litvinenko, exiliado en Londres y que fue envenenado con polonio, o el diplomático Ponomarev. No lograron asesinar al excoronel del GRU y espía doble Sergei Skripal, que fue envenenado en Salisbury con gas novichok y que se debatió durante semanas entre la vida y la muerte. Al igual que su hija, que le acompañaba el fatídico día que inhaló el gas letal. Por supuesto, Putin siempre negó cualquier vinculación con esas muertes.

Como negó que Rusia estuviera detrás del *hackeo* al correo personal de Hillary Clinton, actuación que inclinó la balanza para que las presidenciales fueran ganadas por Trump contra todo pronóstico, un gobernante que ha debilitado la influencia internacional de Estados Unidos, o que negara el papel de Rusia en promover el independentismo catalán, un grave elemento de inestabilidad del Gobierno de España y que afecta también a la Unión Europea, al igual que partidos y movimientos extremistas, populistas, que están haciendo saltar las costuras que forman parte de los valores y señas de identidad de Europa.

Estos datos sirven para comprender el alcance de los riesgos que corre Sonia en su lucha implacable contra el gigante ruso. Riesgo que su familia no conoce porque no sabe cuál es su trabajo. «A mi familia le digo lo de siempre, que trabajo en defensa. Ni siquiera mi marido tiene idea de cuál es mi actividad. Aunque debe intuir algo porque, en una ocasión, cuando me vio muy interesada en una noticia que estaban transmitiendo por televisión, una operación muy delicada en la que aportaban detalles sobre su peligrosidad, mi marido dijo: “Tenías que haber sido peluquera”. Prefiero que todo el mundo piense que mi trabajo es aburridísimo —sentencia Sonia— y que lo único que hago es gestionar papeles. De otro modo, sería imposible parar el morbo que produce saber que alguien trabaja para el CNI».

14. El vestido de novia

LA secretaria general se sentó en el despacho del director para tratar los asuntos del día y le contó que una de las mujeres que trabajaban en el Centro, y que había demostrado sobradamente su capacidad para enfrentarse a cualquier situación, había pedido la baja.

El director, el secretario de Estado, quiso hablar con ella, le importaba saber la causa de que decidiera marcharse, qué problema tenía, si se trataba de un asunto profesional o personal.

Una vez delante del director le explicó su situación. Vivía en una ciudad con su marido e hijos, y

ellos no sabían a qué se dedicaba exactamente, la situación habitual entre los que trabajan en el CNI y antes en el CESID, sobre todo si se trata de mujeres. Le habían encomendado que consiguiera información que la obligaba a moverse con soltura por los barrios más conflictivos, por los lugares en los que se asientan las mafias de la droga y la prostitución, los llamados bajos fondos.

Se iba para allá muchas noches vestida adecuadamente para no llamar la atención y había conseguido que, por ser una figura que no parecía ajena a esos ambientes complicados —al cual pertenecían muchas personas que se movían al margen de la ley—, disponía de información importante sobre cómo se operaban en aquellas zonas. Sin embargo, a medida que crecían sus hijos, encontraba cada vez más dificultades para explicarles por qué salía de casa con aquellas pintas exageradas, llamativas y que solo se veían en círculos marginales. Llegó a la conclusión de que sus hijos, al verla así, podían sentir vergüenza por su trabajo, que no sabían en qué consistía. Por otra parte, tenía pánico de encontrarse con alguien conocido, pues su marido, y ella misma, tenían una importante agenda social. Era la razón por la que había decidido renunciar, como explicó al director del CNI. No quería perjudicar a su familia, que pudieran creer que se dedicaba a lo que de ninguna manera se dedicaba.

El director la escuchó y la comprendió. Era una persona con sólida formación y trayectoria y no quería prescindir de ella. Le ofreció quedarse en el CNI en un destino que no la obligara a salidas comprometidas que pusieran en riesgo su estabilidad familiar. No lo dudó: dejó las calles oscuras y las compañías indeseables para hacerse con datos sobre cómo operaban las mafias que se mueven en los submundos, y pasó a realizar más trabajo de análisis.

Cuenta un veterano del CNI, militar de los tiempos del CESID, que siente profunda admiración por las mujeres con las que trabaja, que jamás han dejado a medias una operación por un compromiso personal. Pone el ejemplo que vivió en los tiempos duros de ETA cuanto se encontraba en el norte, tanto en el País Vasco como en Francia, buscando información para tratar de localizar un comando.

Entre sus compañeros se hallaba una mujer que se casaba a las pocas semanas. «Lo sabíamos todos, pero jamás nos puso fecha límite para continuar con nosotros por culpa de la boda. Pasaban los días y seguía allí, sin una sola alusión a su boda. Cualquiera sabe que la boda es sobre todo asunto de la novia, que tiene que probarse el traje, hablar con los responsables del lugar en el que se celebra la fiesta, las flores de la iglesia, ver al cura, estar pendiente de las invitaciones... Cosas que generalmente se supone que debe controlar la novia, y en cambio nuestra compañera seguía pendiente de los etarras, de conseguir la información que necesitábamos. Poco menos que la tuvimos que echar para que se fuera a casa cuando faltaban días para que se casara. Se fue, claro, aliviada por poder hacerlo. Pero en ningún momento nos planteó que tenía que marcharse».

Peor fue lo ocurrido con una mujer joven, con poco tiempo en el CNI, que iba a casarse con un compañero. Se había especializado en asuntos de inmigración, mafias, el control de los que llegaban por si pretendían colarse personajes indeseables —los yihadistas aprovechan cualquier oportunidad— y había establecido una buena colaboración con servicios de inteligencia y policiales de otros países.

Con la fecha de boda fijada y todo preparado para el acontecimiento, una operación importante,

que podía suponer la caída de una organización mafiosa nigeriana de inmigración ilegal, se iba a producir precisamente el día de la boda. No lo dudó: aplazó la boda. Su novio, hoy marido, lo comprendió perfectamente. Lo difícil fue encontrar una explicación creíble para su familia y amigos... que no sabían en qué consistía su trabajo.

Suele ser habitual que las mujeres que trabajan y que se toman su profesión con responsabilidad den más de sí que sus compañeros hombres, se exigen más a sí mismas, aunque no sea más que porque en muchos casos, demasiados, están obligadas a demostrar permanentemente su capacidad para realizar de manera eficaz cualquier tipo de trabajo.

Las mujeres que trabajan en el CNI han pasado pruebas complicadas incluso para hombres, duras, incómodas, difíciles, y además sufrieron un rechazo de los veteranos del CESID cuando se incorporaron al Centro, recelo que afortunadamente fue desapareciendo con el tiempo. Pero además de esos inconvenientes y dificultades que han soportado las mujeres en la mayoría de los sectores laborales, las mujeres de los servicios de inteligencia tenían que afrontar un añadido muy complicado para ejercer su profesión, ya mencionado: prácticamente nadie de su entorno conoce dónde trabajan, qué hacen, a qué se dedican exactamente. La mayoría de ellas se refugian en que son funcionarias con un trabajo nada interesante sino aburrido, para evitar así más preguntas.

Su vida personal está plagada de problemas de conciliación, como ocurre con cualquier mujer trabajadora —y empieza a pasar con algún hombre que se toma en serio sus responsabilidades familiares—, pero también los problemas de pérdida de confianza que provoca el no estar en condiciones de dar excesivas explicaciones o, lo que es peor, estar obligada a mentir sistemáticamente.

Marián, sin embargo, cuando se le plantean estos asuntos, que no son menores, no les da excesiva relevancia: «La vida no es tan dura. Es un oficio con una filosofía de vida. Mi pareja trabaja aquí y comparte esa filosofía. Tenemos ese mismo lenguaje». Esa puede ser la clave de que no se sienta incómoda, su marido conoce perfectamente su trabajo, su vida. Pero su situación no es lo general entre los miembros de los servicios de información, aunque se han producido varios matrimonios y emparejamientos.

Marián siempre quiso ser «espía», aunque no tenía ni idea de cuál era exactamente su función; es un ejemplo más de persona a la que las novelas y películas le llevan a intentar vivir esa vida que consideran una aventura constante. La trayectoria de Marián es intensa y reconoce que no se equivocaba cuando aprovechó la oportunidad de trabajar en los servicios de inteligencia: encontró todo aquello con lo que soñaba cuando era niña o adolescente. De todos modos, confiesa que «de pequeña pensaba que era un trabajo con más glamur, por las películas, y la verdad es que no hay glamur. Pero estoy muy satisfecha y muy orgullosa de haber hecho un servicio a la ciudadanía con discreción, sin presumir de ello».

No encuentra incómoda su vida, pero a Marián en cambio, que tiene el apoyo necesario en su marido para que su trabajo no le cause problemas, sí le molesta «que se digan cosas sobre nosotros que no son ciertas, pero que no podemos desmentir. Operaciones sobre las que los medios de comunicación ofrecen datos que no son ciertos, o que exageran, o que por lo contrario restan importancia a algo que sin embargo era fundamental... Por ejemplo, cuando se detuvo a Puigdemont en Alemania se contó que un equipo nuestro le seguía cuando regresaba a Bélgica

después de su viaje a Finlandia. Y no fue así, no lo hubo».

Nadie de su entorno de amigos y de familia, excepto sus padres, sabe en qué trabaja. «Cuando me preguntaban, al principio, a qué me dedicaba contestaba que trabajaba en un ministerio, que hacía trabajos sencillos y repetitivos, lo que sonaba a algo muy aburrido. Y no indagaban más. Nunca nadie ha sospechado nada». ¿Seguro? Sí, está segura de que nadie sabe a qué se dedica. La palabra «aburrido» debe ser consigna del Centro, porque lo repiten sus miembros cuando se les pregunta qué responden a las personas que quieren saber dónde trabajan. Los familiares y amigos de Lola no tienen ni idea de a qué se dedica: «Les digo que soy funcionaria, informática. Un trabajo de gestión, aburrido. Me da pena, no por mí sino porque la gente de fuera no sabe cuántos excelentes profesionales trabajan aquí, y en qué. Y lo motivados que están. En constante formación, ya sea porque el Centro se ocupa de que sea así, como de que complementan sus conocimientos de forma independiente. Tampoco saben los de fuera que hay mucha gente que arriesga su vida para que todos estemos más seguros. En cuanto a la conciliación, sí hay diferencias respecto a los hombres. Muchas mujeres llevamos años con reducción de jornada para dedicarnos a nuestros hijos cuando son pequeños, y eso supone menos sueldo. No obstante, las cosas van mejorando e incluso te dan opciones para que puedas elegir horario a conveniencia. Por otra parte, además del sueldo, la reducción de jornada reduce también las posibilidades de promoción para la mujer; no por el hecho de ser mujer, sino porque no puede tener plena dedicación. Le llegan casos diferentes a los que tienen plena dedicación, a los que pueden salir en cualquier momento, dispuestos a incorporarse en cuanto les llaman».

Pero Lola lo da todo por amortizado: «Nunca me he planteado otra vida, jamás pensé que me había equivocado de profesión. Es más, me siento muy afortunada porque trabajo en algo que es importante y que además me gusta. Llevo veinte años aquí y al principio estaba todo muy compartimentado, pero poco a poco fueron cambiando las cosas. Esos primeros años sentía todo muy raro, mucho militar, ambiente muy serio, mucho tiempo para comer... Después de comer se formaban grupos que jugaban a las cartas o hacían deporte. Me enganché a eso, al deporte, porque teníamos dos horas. ¡Dos horas para comer! Todo eso ha cambiado. Al trabajar en equipo se hacen muchos amigos y además son amigos para toda la vida. Entre otras razones porque solo con los de aquí podemos expresarnos como somos».

Bea se ha especializado en la lucha contra el terrorismo yihadista: «Sentí el clic que indicaba que quería trabajar contra los yihadistas cuando los atentados del 11-M. Fue tan impactante... un revulsivo. Me conmocionó y pensé aprovechar mis conocimientos y estudios para trabajar de alguna forma para que no volviera a ocurrir. Pero no sabía cómo. Fue cuando hice un posgrado de seguridad y defensa pensando que debía completar mi formación».

En su ámbito personal, privado, nadie sabe dónde trabaja, los riesgos que corre, las situaciones de peligro que ha vivido. Como ocurre con la mayoría de sus compañeras, su recurso habitual es decir que en una academia o un ministerio y que su trabajo no es especialmente interesante. Aburrido. «Una vez, en Jordania, un guardia de aduana me miraba insistentemente el bolso con mis cuatro móviles. No entendía por qué cuatro móviles, estaba estupefacto y me eché a reír sin darle ninguna explicación, como si fuera una chalada. Nunca digo a mis amigos que me pasen el bolso, por si se me caen los móviles».

Los compañeros varones, que también pasan lo suyo porque están obligados a mantener la misma

discreción total sobre su vida, reconocen abiertamente que es peor la situación de las mujeres que trabajan en el Centro.

Félix se presentó voluntario para hacer la mili y se «enganchó» a unos valores que le gustaron, y, aunque siempre había querido presentarse a las pruebas para el Cuerpo Superior de Policía, acabó enviando su solicitud para la Academia de Suboficiales del Ejército.

Un primo guardia civil tenía un compañero de promoción que trabajaba en el CESID y ese primo habló a Félix de lo que le contaba su amigo sobre su trabajo, por si le tentaba esa oportunidad profesional. Le pareció una buena opción y en el ochenta y ocho se presentó a las pruebas de acceso. Las pasó y en el ochenta y nueve ya estaba haciendo el curso selectivo.

«El curso es muy duro y a lo largo del mismo se suelen producir muchas bajas. En algunos de ellos, anteriores al nuestro, hasta el cuarenta por ciento del personal que lo empezaba no lo terminaba por baja voluntaria o porque no daban el perfil. Fue ahí, en el curso, donde conocí cómo trabajan las mujeres. Hasta entonces solo conocía el rendimiento de las chicas en el colegio o instituto, nunca en el plano profesional porque todavía no había trabajado con ninguna, ya que en aquel tiempo la mujer aún no se había incorporado al Ejército. En ese curso, de treinta y tres personas, veinte suboficiales y trece mujeres, apenas hubo bajas. Cuatro en total, dos de ellas voluntarias; una, la de una mujer que después ingresó en el Centro como traductora, y otra, la de un suboficial que no pudo hacer compatible la vida familiar con la dedicación exclusiva que exigía el curso».

«Hasta entonces, siempre creí que la defensa nacional era cosa de hombres (como he manifestado anteriormente, todavía no había mujeres en el Ejército ni en las FCSE), y allí comprobé que no, que las mujeres tenían tantas ganas y aptitudes como nosotros. Fue una sorpresa, nunca había considerado a la mujer en ese sentido. Las pruebas eran las mismas que las que hacíamos nosotros, con una salvedad, las pruebas físicas, que estaban y siguen estando adaptadas a la resistencia femenina. No era fácil. Ningún día sabíamos si aguantaríamos al siguiente, si seríamos capaces de hacer lo que nos mandaban, si continuaríamos el curso... Nos metían mucha presión, pero a ellas igual que a nosotros. Y aguantaban. Había primero pruebas individuales, en las que cada uno dependía solo de sí mismo, y luego unas segundas en las que había que demostrar si podíamos trabajar en equipo. Pruebas de ingenio, de capacidad de improvisar, de buscarse la vida en diferentes situaciones. Igual te decían que entraras en una vivienda o en un local y que obtuvieras determinada información sin que nadie pudiera echarte una mano, y sin un justificante que te diera cobertura para que en caso de que se produjera una situación incómoda pudieras decir que estabas pasando una prueba... Es complicado siempre. Probablemente el curso es más exigente que el trabajo posterior, pero la vida es igual de desordenada».

Félix no oculta su asombro al ir «descubriendo a la mujer» a través de su preparación en el CESID y su trabajo en el Centro: «Durante mis años de instructor, una chica me dijo, a la semana de empezar el curso, que se marchaba. Le pregunté por qué y me respondió que no se sentía capaz de mentir permanentemente, no aguantaba la mentira. Se fue. En parte tenía razón, siempre llevamos preparada una cobertura, una historia que nos permita justificar el porqué de nuestra permanencia en un lugar; es parte del trabajo que nadie sepa a qué nos dedicamos. Se nos presentan situaciones distintas casi cada día, y cada una de ellas requiere de una presencia y una forma de actuar diferente; podría decirse que somos personas diferentes según lo que toque hacer

cada día. En ocasiones se alargan exageradamente los horarios de trabajo o tienes que desplazarte, de forma repentina, a otra ciudad. Toda ruptura de la rutina suele llamar la atención de amistades, vecinos... A los militares nos era más fácil porque estábamos acostumbrados a desaparecer para hacer cursos, maniobras... Pero a las chicas les era más complicado. En aquellos tiempos, una mujer no podía poner excusas para desaparecer diciendo a los padres, amigos o novio que se iba y que no sabía cuándo volvería. Las cosas han cambiado, pero hace casi treinta años era muy distinto».

Su primer destino fue a grupos operativos, como todos sus compañeros de curso excepto dos de las chicas, a las que enviaron a núcleos de apoyo. ¿Qué es eso? «Pues conseguir fuentes, información, control de personas por poco tiempo... Fue decisión de los superiores y las dos se encontraron muy a gusto en ese trabajo. Es una vida algo más ordenada que la de los operativos, pero solo algo. Trabajar en los grupos operativos es, en cierto sentido, una forma de vida. Nunca sabes cuándo acaba la actividad, tu familia nunca sabe cuándo puede contar contigo porque la actividad operativa obliga a una dedicación absoluta. Siempre digo que nunca se menciona a “las otras mujeres del CNI”, las que están solas con tus hijos cuando tú no estás, y tienen que cuidarlos y educarlos casi sin contar contigo, además de justificar tus ausencias sin que ellos se sientan “olvidados”. Son innumerables las veces que has quedado en estar con ellos y no puedes ir, acompañarles al médico, sus cumpleaños, sus finales de curso... Trabajar como operativo es muy duro para todos, pero yo creo que incluso más para las mujeres. Pasan mucho tiempo sin estar con sus hijos y por su sentimiento maternal creo que les echan más de menos que los hombres, pero no conozco a ninguna que se resistiera a rechazarlo. La maternidad les obliga a dejarlo... pero muchas se han incorporado después de tener a sus hijos. Tienen muchísimo mérito».

Félix es el único entrevistado que ha tenido un recuerdo para «las otras mujeres del CNI», como él las llama. No luchan contra terroristas, no buscan fuentes, no se infiltran en grupos delictivos, no participan en operaciones de peligro, no realizan trabajos imprevistos, pero sus vidas privadas están tan marcadas como las de las compañeras de sus maridos o parejas: discreción total sobre el trabajo que ellos realizan, cubrirles las espaldas en sus ausencias, mentir lo que haga falta para que nadie sospeche a qué se dedican, ejercer de padre y madre y hacer comprender a los hijos que su padre les quiere y se ocupa de ellos a pesar de que no está cuando debe estar.

Nadie les otorgará nunca una medalla, pero, como dice Félix, se la habrían ganado con creces. No les faltan méritos. Al contrario, les sobran.

15. Paz Esteban, la quinta gran jefa

Es la quinta mujer que ocupa la secretaría general del CNI. Accedió en junio de 2017 y previamente había estado al frente del gabinete técnico del director, trabajando codo a codo con el general Sanz Roldán y con su antecesora, Beatriz Méndez de Vigo. Conocía por tanto muy bien en qué iban a consistir sus nuevas responsabilidades.

Tiene aspecto de dinámica, de mujer resolutiva, que toma decisiones. Y aspecto también de que le gusta más la actividad de calle que el despacho, pero ahora le toca despacho y se empeña en que su gestión sea perfecta.

Paz Esteban entró en el CESID en el año ochenta y tres, un punto de no retorno cuando se abrieron las puertas a la incorporación regular de las mujeres en el Centro. El primer día que llegó, temblando, el que iba a ser su jefe —ella no sabía cómo iba a reaccionar al ver a una mujer— le dijo: «Esto es un servicio y a servir es a lo que vienes aquí». Esa vocación de servicio, explica, es lo que tiene interiorizado todo el que trabaja en el CNI. «Unos valores, unos principios, un código ético que nos transmitimos unos a otros: lealtad, disciplina, discreción, espíritu de sacrificio, sentido del deber... que es lo que nos hace diferentes, porque aunque es verdad que son principios que tienen otros profesionales, nosotros los tenemos muy profundamente arraigados como parte consustancial de nuestro oficio».

Licenciada en Historia Antigua y Medieval, preparaba oposiciones para Archivos, Bibliotecas y Museos y había hecho ya dos de los exámenes cuando un primo de su padre que formaba parte del CESID le ofreció la posibilidad de trabajar en un ministerio.

La citaron primero en un lugar, luego en otro, creía que la estaban evaluando para el Ministerio de Asuntos Exteriores. Califica de «durísimas» las pruebas que tuvo que superar, coincide en esa apreciación con el resto de los entrevistados, y finalmente fue aceptada y empezó a trabajar en el ochenta y tres con otras mujeres a las que dieron funciones directivas, «porque éramos licenciadas universitarias».

Cuando entró en el CESID ya se habían incorporado algunas mujeres en tareas administrativas y unas cuantas más en los grupos operativos, «porque hacían falta allí. Manglano opinaba que eran necesarias mujeres que se movieran con naturalidad en cualquier sitio. Lo cierto es que fue un visionario, se adelantó a su tiempo y no le importó que le pudieran criticar por colocar a mujeres en puestos directivos. Todos los que le conocimos sentimos auténtica admiración por Manglano, dio la vuelta a esta casa, tuvo una gran visión de futuro. Modernizó el servicio, lo dotó de tecnología, nos abrió al mundo, inició las relaciones con servicios de otros muchos países... Empezó a lanzar gente al extranjero y nos dotó de una legislación y un estatuto, aparte de construir esta sede que hoy seguimos ocupando».

Desde la ventana de su despacho, Paz muestra el edificio de enfrente, el Centro de Situación, cuyo núcleo es una gran sala llamada Teniente General Emilio Alonso Manglano: «Es nuestro particular y privadísimo homenaje».

En el CNI todos los honores y todas las conmemoraciones se hacen de puertas para dentro. También en el recinto de la carretera de La Coruña se encuentra el monumento levantado en recuerdo de los miembros del CNI que fueron asesinados en Irak en acto de servicio, el hecho que, como hemos señalado, conmocionó a todos y cada uno de los miembros del Centro, que consideran ese episodio como el más trágico de su historia.

Paz trabajó como analista en cuestiones internacionales. «Al poco de ingresar hice el curso general de inteligencia, pero la formación específica fue ya en el puesto de trabajo, integrada en un equipo que te enseñaba qué hacer y cómo hacerlo. Sales a la calle, buscas fuentes, contactos, conoces instituciones... para conseguir la mejor información, la más exclusiva, que después contrastamos, procesamos y analizamos, y con ella elaboramos un informe que va al Gobierno. Informe que tiene que ser lo más completo, riguroso y objetivo posible; sin opiniones, recogiendo solo hechos contrastados y, además, condensado en poco espacio. De lo que se trata es de dar a la

autoridad los elementos de juicio que le permitan tomar decisiones. En mi caso, siempre en el ámbito internacional. ¿Instrumentos? Los fundamentales, la gente que tenemos en el extranjero y que tiene sus propias fuentes, más las que conseguimos cada uno de nosotros, más la información que nos proporcionan los procedimientos de adquisición propios del Centro y más la colaboración con otros servicios con los que compartimos unos mismos intereses, amenazas y riesgos comunes. Lo que pretendemos es acceder a la información que no es pública, la información restringida, secreta a ser posible».

Recuerda los años en los que trabajó como analista: «Mi época en inteligencia coincidió con unos momentos interesantísimos, la etapa final de la guerra fría, la caída del Muro, la desaparición de la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia, todo lo que ocurrió en los noventa. Una década que fue definitiva para la construcción europea. Luego los atentados del 11-S y el 11-M... Este trabajo te da una visión de la historia reciente del mundo muy completa».

¿Cómo se buscan las fuentes en el sector de la información internacional? «A veces, las menos, directamente vas como CNI; otras, utilizando la cobertura que más convenga para acceder a los entornos en los que está la información que necesitas, o bien recurriendo a personas de confianza, que saben quién eres y que te introducen en los círculos que te interesan. Suena a tópico, pero sinceramente, ser mujer y joven abre muchas puertas, porque la mayoría de los hombres no desconfían».

«En lo relacionado con el trabajo de inteligencia, de análisis, operativo, técnico o de obtención me cuesta hacer diferencias entre hombres y mujeres, no las hay. Pero sí existen en un aspecto muy concreto: en cómo se ejerce el mando. Nosotras somos más cercanas, más empáticas, más comprensivas, tenemos mayor facilidad para ponernos en el lugar del otro, abrimos más el foco. Ni nos falta firmeza, ni decisión, ni valentía... Pero la cercanía sí es una característica de las jefas, como también lo es, y lo he podido comprobar, su disposición a dar una segunda oportunidad a las personas».

«Ahora, cuando vuelvo la vista atrás, me doy cuenta de que la perspectiva del tiempo te da la posibilidad de comprender cosas que en su momento no entendiste, como por ejemplo las reticencias con que nos recibieron los militares cuando ingresamos a principios de la década de los ochenta. Nuestra sociedad de entonces no tenía nada que ver con la actual, y ellos eran personas que en muchos casos jamás habían trabajado con mujeres, excepto, como mucho, con alguna secretaria y, en todo caso, siempre con subordinadas, nunca en su mismo plano. Llegamos para ocupar puestos de un nivel que hasta ese momento estaban reservados a miembros de las Fuerzas Armadas, y si efectivamente hubo ejemplos de machismo o de paternalismo, que los hubo, con el tiempo te das cuenta de que lo que ocurría es que no sabían cómo tratarnos, ni como profesionales, ni como personas».

Explica que «hubo alguno que se fue del Centro porque no aceptaba ser mandado por mujeres. No me pasó, pero ha pasado. Para entender bien todos aquellos celos, hay que tener en cuenta también la diferencia de edad, éramos bastante más jóvenes que nuestros compañeros militares y, además, no teníamos una trayectoria profesional tan amplia como la suya».

¿Su mayor preocupación como secretaria general? «Lo que más me preocupa son los problemas de personal, sin duda. Los profesionales se pueden gestionar siempre, con más o menos acierto,

pero cuando te enfrentas al problema de un compañero, al que conoces, es más difícil de resolver. Aquí estamos muchas personas, más de tres mil, con procedencias y formación muy distintas, y hay que conseguir que al hacer su trabajo se sientan cómodos, ilusionados, con expectativas. El nuestro es un trabajo que exige mucho, estresante, sacrificado; y piensas que lo que les ofreces no siempre es suficiente para alimentar su interés y su motivación, que no colmas sus aspiraciones. En estos temas nunca se puede bajar la guardia, porque hay que ser justo y porque los errores en materia de política de personal se pagan caros y tienen consecuencias tanto para los individuos como para la propia organización».

¿Qué opina de los traidores? Porque los ha habido... «Un traidor es lo peor que le puede pasar a un servicio de inteligencia. No ha ocurrido con ningún compañero con el que haya coincidido en los destinos que he tenido, pero claro que ha habido algún caso. ¿Roberto, el canario? Fue un caso extremo y de ahí que fuera juzgado y condenado. ¿Que si sería capaz de detectar a un traidor? Personalmente, no me creo capaz por mí misma, no soy tan hábil, pero el servicio como tal sí lo es y tiene sus mecanismos para descubrirlos».

«En esta casa he tenido una suerte enorme —continúa—, por lo que he conocido, por la gente que he tratado, dentro y fuera, y por los temas que han pasado por mis manos. Este Centro me ha tratado muy bien. He sido jefa de área de inteligencia, he estado al frente de órganos de coordinación, de estrategia y de planeamiento, de gabinetes que, en definitiva, son un poco la cocina del servicio. En los gabinetes, y esto es un privilegio, ves todo lo relacionado con la organización y el funcionamiento del Centro en su conjunto. He sido directora del gabinete técnico del secretario de Estado (director) durante siete años, y ahora secretaria general... No tengo más que agradecimiento hacia la institución y hacia las personas que a lo largo de los años han confiado en mí».

¿Por qué las cinco últimas secretarías generales han sido mujeres? «Fue decisión del general Manglano que hubiera mujeres en el Centro, y de Jorge Dezcallar que una mujer, María Dolores, accediera por primera vez a la secretaría general y, desde entonces, los siguientes secretarios de Estado han optado también por nombrar mujeres para ese puesto».

¿Qué salidas vitales y profesionales hay para una mujer que ha sido secretaria general del CNI? «Pues, por ejemplo, ir a un destino al extranjero, que es lo que hicieron Elena Sánchez y Beatriz Méndez de Vigo. Otra salida puede ser un puesto en la Administración, fuera del Centro, aunque sea temporalmente, como hizo María Dolores, que después volvió; o como el caso de Elena, que, tras su regreso de un puesto en el exterior, se ha ido al sector privado... Mi salida va a ser fácil, porque, por edad, no me queda mucha vida activa y, cuando llegue el momento de dejar de ser secretaria, lo que tengo claro es que me quiero jubilar aquí, en el CNI».

16. Armas de mujer

EN 1990, un grupo de cinco personas comandado por el coronel Perote, en aquel momento jefe de AOME —Agrupación Operativa de Misiones Especiales—, viajó a Bucarest para realizar un trabajo muy especial: tratar de recuperar unos vídeos eróticos que la Securitate rumana había realizado a huéspedes españoles del Gobierno de Ceaucescu que, al igual que dirigentes de otros

países, eran grabados por la Policía y por los servicios de seguridad rumanos para tener así «pillados» a políticos, empresarios y periodistas que en un momento determinado podían hacer algún favor al régimen comunista. Rumanía vivía el fin de la era Ceaucescu y Bucarest era un nido de agentes de servicios secretos de muy distinta procedencia, así como de corresponsales y enviados especiales llegados de todo el mundo.

Perote había decidido tomar personalmente las riendas de una operación que adivinaba delicada, y se hizo acompañar de dos hombres y dos mujeres. Los hombres eran miembros del CESID; sobre las mujeres existen dudas, porque si en un momento en medios de comunicación se afirmó que eran también miembros de los servicios españoles, posteriormente se dijo que habían sido contratadas especialmente para participar en una misión para la que podrían necesitarse «profesionales» de la seducción que conocieran los resortes adecuados para atraer a determinados personajes, establecer una relación íntima con ellos ganándose su confianza y que les pasaran la información necesaria para que el grupo pudiera conseguir los vídeos o tratar de neutralizar sus efectos.

Todo salió mal. Muy mal. El grupo coincidió con periodistas españoles en una discoteca y fueron invitados después a tomar unas copas en casa de un diplomático que se avino a colaborar con el CESID. Todo acabó en un desmadre —algunos lo calificaron de orgía— que hizo sospechar a los periodistas, y el resultado final fue letal para el jefe de la AOME, que poco después perdió su puesto: las fotos del grupo, con el propio Perote a la cabeza, fueron publicadas por la revista *Tiempo* y provocaron el bochorno generalizado y el desprestigio para el CESID. Perote perdió su cargo no solo por el caso Bucarest, sino porque el general Manglano recibió informes sobre presuntas operaciones empresariales poco ortodoxas de quien había sido su hombre de confianza desde hacía años, pero cometió un error monumental al tomar la decisión de despedirle: le concedió un margen de tiempo para hacerlo coincidir con un curso de acceso al Estado Mayor, para no dejar el Centro con su carrera profesional destrozada.

Tiempo que Perote aprovechó para hacerse con documentos que se llevó consigo cuando abandonó el Centro. Ningún miembro del CESID, ni de ningún servicio de inteligencia, puede sacar un solo papel de su despacho. Las presuntas irregularidades cometidas por Perote costaron el puesto al general Manglano, al vicepresidente Narcis Serra y al ministro de Defensa Julián García Vargas, tres hombres, por otra parte, que gozaban entonces de gran prestigio profesional y que, sin embargo, abandonaron sus cargos por confiar en un personaje que no lo merecía.

El episodio de Bucarest, con las fotos que llenaron de estupor y de vergüenza a toda la gente que trabajaba en el CESID, contribuyó a que se pensara que algunas de las mujeres que entraban a formar parte de los servicios de información españoles, a través de los difíciles filtros y pruebas que debían superar, eran utilizadas con frecuencia como «ganchos» capaces de conseguir, en momentos de intimidad, que determinadas personas confesaran lo que en ningún caso confesarían ni a su mejor amigo.

Se trata de una absoluta falsedad, y si se aplicara esa regla de tres de que las mujeres bien entrenadas son capaces de provocar que un hombre cuente todo lo que sabe, también se podría afirmar que un hombre bien entrenado es capaz de provocar que una mujer —cada vez son más las que ocupan cargos relevantes— confiese lo que en ningún caso contaría a su mejor amiga. O un homosexual a otro u otra homosexual... Si hay algo que indigna a una mujer que trabaja en el CNI

es que se le pregunte si utiliza con frecuencia sus «armas de mujer».

Juan, el director de la escuela, se expresa con sinceridad, sin complejos, y pone los puntos sobre las íes: «Sin entrar en cuestiones machistas, es evidente que una mujer guapa tiene mucho ganado para alcanzar determinado objetivo, pero la belleza no lo es todo ni mucho menos. Por otra parte, hay que tener mucho cuidado para no caer en el error de provocar los sentimientos del otro, porque entonces es fácil que todo salga mal. Por eso, vamos midiendo cada paso que se da en una operación, para impedir que se estreche excesivamente una relación personal».

Lo concreta más desde el punto de vista operativo: «Cuando la relación se basa solo en el aspecto amoroso, no se consigue el objetivo. Pero es absolutamente cierto que en determinadas situaciones una mujer puede conseguir más que un hombre, incluso en casos muy sencillos. Una mujer tiene más probabilidad de hacer preguntas en una tienda sin despertar sospechas, o de charlar a la puerta de un colegio con la madre de un alumno mientras esperan la salida de los niños y sin sospechar nada puede dar información sobre el trabajo de su marido... De todas maneras, hay que tener en cuenta que nadie debe trabajar solo, ni un hombre ni una mujer, por eso es fundamental el equipo, que debe estar pendiente de los pasos de cada uno. Y entra otro equipo si hace falta sustituir al anterior, siempre se trabaja con un nivel alto de seguridad».

¿Qué pasa si un objetivo se enamora de una mujer del Centro? «Ha pasado alguna vez, y se saca a la mujer del equipo. Se la puede incluso cambiar de destino y hacer un seguimiento de esa relación por si de ella se pudiera derivar algún riesgo, pero lo cierto es que ninguna mujer ha renunciado a trabajar en el CNI por una cuestión de ese tipo. Hay que tener en cuenta que no siempre los objetivos son terroristas. Con frecuencia las relaciones que se establecen son como en cualquier otro tipo de profesiones».

Sonia, especializada en el crimen organizado ruso, defiende que se utilice a la mujer para abordar nuevos contactos. «Siempre que no se utilice como objeto sexual, porque sería contraproducente. El sector en el que me muevo es bastante machista, lleno de hombres que han tenido que recurrir a la violencia hasta alcanzar un buen estatus, y una mujer no es considerada una fuente de peligro. Por eso la relación no suele ir acompañada de ninguna agresividad o de precaución, como puede ocurrir con el hombre. Además, admiran que sepas tanto de su mundo, les sorprende muchísimo».

En el Reino Unido, Christine Keeler hizo tambalear las estructuras del Estado en 1963, en plena guerra fría con una Unión Soviética que mantenía una red de espías en la mayoría de los países occidentales, sobre todo Estados Unidos y el Reino Unido, para intentar conocer su estrategia respecto a la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia, así como los avances tecnológicos en la industria de defensa.

Una *show girl*, bailarina o *escort*, como se la llamaría ahora, mantuvo durante semanas una relación sexual con el ministro de Defensa, John Profumo, al mismo tiempo que era amante del agregado naval de la embajada soviética en Londres, sospechoso de ser espía y que estaba siendo estrechamente vigilado por el MI5, el organismo que se ocupa de la contrainteligencia en el Reino Unido.

Keeler había conocido a Profumo en una fiesta ofrecida por uno de los más conocidos aristócratas británicos, lord Aston, fiesta a la que el ministro había acudido acompañado por su mujer, pero

que sirvió para que Keeler estableciera un contacto importante para su amante ruso, ya que podía ofrecer información sensible relacionada con su cargo ministerial.

El *Sunday Mirror* destapó el caso y publicó una fotografía de Keeler, desnuda, sentada en una silla, para ofrecer así la imagen de la atractiva mujer que había seducido al ministro. El escándalo fue monumental. Profumo negó al principio su relación con Keeler, aunque posteriormente no tuvo más remedio que reconocerla ante las pruebas en su contra y renunció al ministerio y a continuar en la vida pública. No mucho más tarde dimitió el primer ministro Harold Macmillan por «razones de salud», excusa que la opinión pública no creyó, sino que consideró que era consecuencia del llamado caso Profumo.

Luis, que trabaja desde hace años en las relaciones internacionales y de cooperación del CNI, no comenta el caso Profumo, pero da a entender que ha llovido mucho desde entonces, desde que el MI5 seguía al espía amante de la mujer que tumbó un Gobierno británico. Hoy, el MI5 considera a la mujer tan capacitada como el hombre para alcanzar los más altos designios, al igual que ocurre en otros países en los que las mujeres que trabajan en los servicios de inteligencia e información han pasado página a la época en la que parecían destinadas exclusivamente a utilizar sus dotes de seducción para conseguir «confesiones» de sus amantes.

«Hay y ha habido varias mujeres al frente de los servicios de información europeos —explica Luis—, por ejemplo el MI5, encargado de la seguridad interior del Reino Unido, nombró en 1992 por primera vez a una mujer, Stella Rimington, que fue directora del servicio hasta 1996 y causó un serio problema cuando decidió publicar sus memorias. Según ella, para explicar a sus hijas sus viajes y ausencias durante tantos años. Y hubo otra mujer al frente del MI5 entre 2002 y 2007, Eliza Manningham-Buller, hoy baronesa, hija de un lord canciller. Muy afable, muy directa. Le gustaba ir al grano, a las cosas concretas. Fue respetadísima. Había trabajado antes en operaciones y en terrorismo, era experta en todo lo relacionado con el IRA. En el caso de Noruega, su servicio exterior tiene actualmente una directora y su antecesora también era mujer».

Luis no elude la respuesta cuando se le pregunta si en sus contactos de años con otros servicios de inteligencia ha conocido casos en los que se han utilizado «armas de mujer»: «Me consta que las hay, la escuela rusa es un clásico en ese sentido. Pero también la china. La escuela soviética sigue muy presente en Cuba o Venezuela, por ejemplo. Conozco el caso de un europeo que cayó en la trampa que le pusieron dos mujeres chinas. Pero hay otras tentaciones de las que se habla menos: los que ofrecen negocios rápidos, por ejemplo, y enganchan a ingenuos que quedan atrapados y acaban facilitando información. O la prostitución de menores como gancho para extorsionar después. Nuestros servicios de contrainteligencia están muy atentos a esas cuestiones. Por no hablar de la homosexualidad, aunque afortunadamente ya es difícil extorsionar por un asunto de homosexualidad porque no existe rechazo social. O el delito, como ocurría en los tiempos del “Grupo de los Cinco” de Cambridge (el grupo de espías capitaneados por Philby y reclutados por los soviéticos para realizar labores de espionaje en el Reino Unido durante la Segunda Guerra Mundial y varios años después). De hecho, los servicios británicos se encuentran actualmente entre las organizaciones más «inclusivas» en ese sentido, y tienen grupos internos que representan al personal de las diferentes minorías culturales, o del grupo LGTB, otro grupo que trabaja específicamente en igualdad de género... Son muy activos en ese aspecto».

Félix lleva treinta años trabajando en el CNI como operativo. Ha visto de todo, ha trabajado en

todos los escenarios imaginables incluidos los más peligrosos, ETA, Irak, el yihadismo, y siempre ha compartido esas experiencias con mujeres a las que se daba exactamente la misma responsabilidad y el nivel de exigencia que a sus compañeros varones. No oculta su incomodidad cuando se le pregunta por las llamadas «conejas», las agentes dedicadas a tareas de espionaje haciendo valer su físico. «Hay mucha literatura sobre ese tipo de actuaciones. Jamás he visto utilizar a las mujeres así ni conozco que se hayan utilizado. Otra cosa es contratar servicios de una profesional, aunque no sé si se ha hecho. No conozco a nadie de aquí que haya pasado por esa situación».

Carmen, durante mucho tiempo dedicada a inteligencia exterior, explica muy bien las técnicas de captación para conseguir información, tanto si es un hombre el que las utiliza como una mujer: «Hay ocasiones en las que debes contactar a una persona concreta y no sirve cualquiera para esa operación. Entonces hay que buscar primero la manera para llegar hasta persona, y después conseguir que te cuente lo que en principio no quiere contar. Es el momento en el que interviene lo que yo llamo seducción, que es aproximación directa, hacerte amigo, ganarte su confianza... ¿Cómo hacerlo? Pues desplegando todas las habilidades. Hay que buscar la información sobre ese contacto, ver qué vida hace, dónde se mueve y averiguar si necesita algo. Por ejemplo, un pasaporte, o la nacionalidad, ayuda económica para escolarizar a sus hijos en el centro que desea... y poco a poco le vas llevando a que te cuente qué necesita y te ofreces a prestarle ayuda. En el fondo, se trata primero de conocerle y después de hacer favores. ¿Cómo consigo que me cuente lo que quiero saber? Pues depende también de la situación, de sus reacciones y de cómo se desenvuelve. Hay personas que quieren contar lo que saben y acaban contándolo, por vanidad o porque tienen sentimiento de culpabilidad. Pero sobre todo, para conseguir información, la necesidad hace mucho y, en ese sentido, podemos ser camaleónicos, presentarnos como capaces de resolver cualquier problema».

Para Carmen, «no hay ninguna fuente tan importante que me haya sentido orgullosa de conseguirla, porque esto es un ejercicio continuado, no hay un día D. Vamos viendo todas las posibilidades de obtener información a medida que avanza la relación con la fuente. En alguna ocasión he encontrado alguna joya, pero también me ha pasado que creía que tenía entre manos un caso que iba a dar mucho juego y sin embargo todo se vino abajo. No hay fórmulas. Para mí, lo más fue lograr que el jefe de un ejército extranjero utilizara su red de agregados militares para nosotros, sabiendo que yo era del CNI. Pero él no se consideraba un traidor por hacerlo, sino que le explicamos que gracias a su colaboración se iba a conseguir algo bueno para la sociedad. Nunca funcionan los códigos de traición, sino que se debe presentar la colaboración como algo positivo. Son importantísimas las palabras, los argumentos, jamás se deben utilizar términos negativos, sino que por el contrario hay que crear una situación en la que la persona que contactas se sienta comfortable porque presta un servicio a los demás y esté satisfecho consigo mismo».

Las explicaciones de Carmen están absolutamente alejadas de la imagen de mujer espía que seduce sexualmente o intenta seducir a una fuente. «Nada de relaciones amorosas», añade con tono firme. ¿Que si ha habido una Christine Keeler en España? «Creo que no».

17. ¡Que vienen los rusos!

NADA que ver la realidad con la famosa película de los sesenta *¡Que vienen los rusos!*, dirigida por Norman Jewison y con Eva Marie Saint, Carl Reiner y Alan Arkin como protagonistas de la comedia en la que un submarino soviético encalla cerca de las costas de Cape Cod, en Nueva Inglaterra, y se produce un cúmulo de situaciones insólitas entre los rusos, que ven a los habitantes de un pequeño pueblo como el enemigo, sin que puedan evitar que surjan historias de amor, de amistad y de ayuda entre unos y otros ante situaciones de riesgo.

Hoy las mafias rusas son consideradas por los expertos occidentales más peligrosas que las mafias italianas en los tiempos míticos del Chicago de los años treinta, o cuando actuaban con extrema violencia para imponerse frente a otras «familias», tan bien contado en los libros de Mario Puzo y en su saga de *El Padrino*. Las mafias rusas actuales cuentan con poderosos magnates detrás, con políticos que las manejan a conveniencia, con ramificaciones en los países más desarrollados que, sin hacerse excesivas preguntas, abren las puertas a inversores que cambian la vida de pueblos enteros porque gracias a la presencia rusa salen de la miseria.

España interesa a esas mafias, porque se trata de uno de los países más atractivos para los rusos de a pie, a los que entusiasman su clima, sus playas, el carácter de su gente, su cultura y la calidad de vida. Y entre las docenas de miles de rusos afincados en nuestro país se incrustan mafias cuyos jefes ven en España la manera de hacer grandes negocios en toda la Unión Europea, estar al tanto de los grandes proyectos tecnológicos, o poner en marcha estructuras que siempre han atraído a las mafias internacionales porque son una fuente rápida de generar ingresos, como el narcotráfico, la prostitución o las empresas inmobiliarias, una fórmula eficaz de blanquear dinero.

Una mujer, Sonia, se ha especializado en la criminalidad organizada de origen ruso. No le gusta la acepción mafia, sino criminalidad organizada. Porque considera que «mafia» es un término italiano y la actuación rusa es muy distinta de la que utilizaban los capos sicilianos o de cualquier otra región de Italia.

Lleva quince años dedicada en el CNI a la lucha contra ese tipo de lacra, cuya presencia en España ha provocado un buen número de acciones delictivas en las que no escasean los asesinatos.

Le preguntaron, sin que supiera exactamente quiénes eran y a qué se dedicaban, si quería trabajar en algo relacionado con la seguridad y la defensa, «porque podía ser muy útil, dado mi conocimiento del ruso. Una vez en el Centro, después de pasar las pruebas y hacer el curso de formación, desde el primer momento me destinaron al departamento de criminalidad organizada».

Antes de ser captada para el CNI, «veía cosas en Rusia que me sorprendían, pero hasta que no llegué aquí no me di cuenta de que aquellas “cosas” significaban algo. Por ejemplo, durante mis viajes allí resultaba muy habitual que delante de los quioscos en los que vendían todo tipo de productos se pararan cochazos de lujo de los que salían hombres llenos de cadenas de oro. Los vendedores abrían una ventanilla y, delante de todo el mundo, les daban un sobre así de gordo. A través de investigaciones posteriores, trabajando ya aquí y recordando todo lo que había visto y oído en Rusia, entendí su *modus operandi* y su estructura organizativa. Comprendí que aquello que yo había visto era parte de la actividad rutinaria de las organizaciones criminales».

«En aquel tiempo —continúa Sonia—, la criminalidad organizada en Rusia se encontraba en su máximo apogeo, no solo con respecto a su penetración en todos los ámbitos del país, sino también en su reflejo en las calles de cada ciudad. Los distintos grupos se habían dividido las ciudades, y cualquier empresario, incluso el más modesto, estaba obligado a pagar un porcentaje de los beneficios de su actividad. Era la época de las luchas entre organizaciones por imponer su influencia. Poco después, decidieron expandirse a otros países y utilizar métodos mucho más refinados, con la aspiración de poder introducirse, al igual que en Rusia, en los pilares del Estado de los países occidentales».

Saber ruso y conocer la cultura del país la ayudó mucho para entender su mentalidad y su *modus operandi* y, además, le permitió acceder a entornos muy complicados, muy cerrados, en los que es difícil entrar. «El ámbito criminal en Rusia ha tratado de conseguir sus objetivos a toda costa. Y ha sabido adecuar sus procedimientos a los distintos sectores, por lo que ha llegado a mezclarse con los poderes políticos, económicos y criminales. Hay un dicho ruso muy elocuente: “No hay persona, no hay problema”, que en ciertos círculos se aplica al pie de la letra. Si una persona provoca un problema, se elimina y el problema se diluye. Resulta sorprendente observar cómo esta expresión la llevan a la práctica no solo los ambientes criminales, sino también otro tipo de actores de alto nivel. Con ese tipo de gente es con la que suelo tratar. Procuramos ser lo más discretos posible y realizar nuestro trabajo con todas las precauciones, no solo por nuestra propia seguridad, sino también por la seguridad de las personas con las que nos reunimos».

Porque se reúnen con personas vinculadas al crimen organizado. Es parte del trabajo de Sonia, que necesita fuentes para conocer los entresijos en los que se mueven los rusos. En unos casos se trata de fuentes a las que se ha convencido previamente para cooperar con los servicios de inteligencia españoles. A cambio de algún favor si se encuentran en una situación que les preocupa porque podrían acabar en prisión, o porque se sienten amenazados; en otros casos se trata de fuentes que no tienen ni idea de que están siendo utilizadas por gente del CNI para obtener información sobre presuntas actividades delictivas, de ellos mismos o de algunos amigos y compañeros.

«Las personas vinculadas a este ámbito criminal —continúa Sonia—, tanto si pertenecen a organizaciones criminales como si se dedican a combatirlas (es decir, tanto los buenos como los malos), en los casos en los que saben con quién están hablando, son conscientes de que reunirse con nosotros, personas occidentales pertenecientes a un organismo de seguridad, les puede provocar graves problemas, hasta el punto de ser eliminados. En mi caso, todos los individuos con los que me he relacionado durante estos años sabían que podían tener problemas serios por el simple hecho de hablar conmigo, porque sus servicios están en todas partes y lo controlan todo. En ocasiones, si saben a qué nos dedicamos, lo que pretenden es sondearnos para obtener sus propios beneficios. En su país no es extraño que existan «colaboraciones» entre elementos criminales y servicios de inteligencia. Y con nosotros, en ocasiones, pretenden establecer algo parecido, un sistema paralelo. No obstante, nosotros tenemos muy claros los límites y nunca entramos en ese juego. Para nosotros el objetivo es evitar el acceso de la criminalidad a las estructuras fundamentales del Estado y neutralizar su actividad para que los contactos de alto nivel que tienen en su país no sirvan de tarjeta de presentación a niveles homólogos en el nuestro».

La utilización de un nombre concreto abre puertas. Situación atractiva para quien trabaja en un servicio de inteligencia y cree que tener acceso a quien conoce a una personalidad de perfil muy

conocido, puede serle muy útil para conseguir información que generalmente está vedada a quienes no forman parte del equipo de confianza de los magnates que manejan las redes del crimen organizado.

La cobertura que utilizan los miembros del CNI para justificar su presencia en círculos rusos es muy diversa. «Depende del objetivo. La cobertura la decidimos durante el proceso de diseño de la operación. En unas ocasiones, hay que presentarse como alguien totalmente ajeno a la Administración, y, en otras, se considera que es mejor ir de una forma algo más directa. Siempre que resulte conveniente, intentamos ir dos personas a la hora de abordar a un objetivo. Y si es posible, mi experiencia me dicta que es mejor ir un hombre y una mujer, con el fin de ofrecer mayores posibilidades para que fructifique la relación. Los rusos, en términos generales, son muy machistas, y los criminales más porque se trata de un ámbito reservado a los hombres, aunque últimamente empiezan a incorporar mujeres. También ahora han cambiado los hábitos y el comportamiento de los hombres, son más refinados porque en Europa tienen que serlo. Son muy camaleónicos, se convierten en empresarios, políticos o policías en función de su interés. Durante mucho tiempo han venido a España como criminales consolidados conectados con las más altas esferas del poder».

En el desarrollo de la labor contra el crimen organizado ruso, el CNI ha llegado a colaborar de forma bastante estrecha con el Cuerpo Nacional de Policía, la Guardia Civil y alguna Policía autonómica, con el fin común de neutralizar de una forma más efectiva a los objetivos. «Nuestros papeles son muy diferentes. Nosotros tenemos una visión más estratégica y nos involucramos solo cuando existe una amenaza seria a los pilares del Estado. Diferenciamos mucho lo que es un grupo delincencial de una organización criminal que suponga una amenaza a la esencia del Estado. Nosotros no podemos detener, pero tenemos a nuestra disposición los recursos que nos concede la ley y que son muy diferentes a los de los cuerpos policiales. Nuestra finalidad no es contabilizar el número de detenciones realizadas, sino contrarrestar la amenaza. Y cuando la neutralización pasa por la detención, necesitamos el apoyo de nuestros compañeros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado».

La colaboración en determinadas épocas ha sido de máxima confianza y el resultado fue el desarrollo de operaciones concretas. El CNI aportaba «un marco detallado de quiénes eran los objetivos, cuál era su influencia en Rusia, sus conexiones al más alto nivel allí y su forma de implantación en España».

Lo que busca la llamada coloquialmente mafia rusa es «penetrar en el Estado español como han penetrado en el Estado ruso, donde han conseguido introducirse en los círculos institucionales, políticos y empresariales. En España, obviamente, no han conseguido el grado de penetración que han conseguido en Rusia, pero lo intentan. Y cuando vemos que están en sitios en los que no deben estar, intervenimos. Nuestra función consiste en informar al Gobierno de la amenaza que supone una determinada persona, explicamos sus relaciones y sus actividades. Y el Gobierno decide. Hay ocasiones en las que obstaculizar su actividad resulta muy complicado, porque, normalmente, nuestros objetivos son de muy elevado nivel y no suelen cometer delitos de forma directa. Para ello tienen a los miembros de su grupo. Con un poco de suerte, los líderes criminales se implican en operaciones de blanqueo de dinero, pero a veces ni eso. Por ello, supone todo un reto demostrar que un objetivo dirige una organización criminal a través de la cual está perjudicando los intereses del Estado. Y cuando no es posible, hay que utilizar otros recursos, como por

ejemplo impedir que obtengan permiso legal para asentarse en España».

Una de las finalidades de estos grupos delictivos es establecerse en España de forma discreta. «Si se saben en el foco de la atención de los organismos de seguridad o consideran que su estancia no es lo suficientemente anónima, prefieren marcharse. Buscan también otra clase de objetivos. La situación en Rusia es muy inestable, y no sienten seguro su dinero ni en Rusia ni en los paraísos fiscales, así que quieren extender sus negocios en el extranjero y multiplicar sus rendimientos. ¿Que si les interesa el mundo del fútbol? Pues sí, es uno de los sectores que les gusta, entre otras razones porque se puede blanquear dinero, aunque eso no signifique que todos los rusos que invierten en clubs de fútbol sean delincuentes. Los hay que prefieren el negocio de la construcción. En Rusia han desarrollado mucho su actividad en este sector y en algunas ocasiones han podido dedicarse a ese ámbito en España y han establecido contacto con distintos empresarios y autoridades locales que, generalmente, no eran conscientes de que estaban tratando con representantes de organizaciones criminales».

¿Cómo se acerca una mujer del CNI a un objetivo ruso? «En cualquier operación hacemos previamente una investigación en profundidad sobre la persona o el grupo que nos interesa, y para conseguir ciertos datos son necesarios los contactos personales, así que seleccionamos primero la persona adecuada para que nos pueda facilitar información y estudiamos entonces la mejor manera de abordarlo. No la podemos tentar con dinero, porque generalmente tienen mucho. Cuando necesitamos establecer relación con un líder criminal de alto nivel intentamos buscar un interés común, y en este caso la aproximación resulta muy compleja. Por eso es tan importante el examen previo, saber qué adversarios tiene, cuáles son sus problemas, qué busca en la vida. Hay que ir muy preparado. Además de conocer su idioma, es necesario saber todo lo posible sobre su forma de ser, sobre su cultura. Según sea la cobertura, le puedo llamar y pedirle una cita para tratar un asunto que le importa y, una vez reunidos, explicarle que tenemos un interés común en el que podemos colaborar. Lo que no he hecho jamás es utilizar las llamadas armas de mujer, porque sería un error. Esa aproximación sería de muy corto recorrido y no me interesa que me vea así, porque de esa manera no me ganaría su respeto. Prefiero buscar un entendimiento de más largo alcance y que sea consciente de que esta relación se va a desarrollar con absoluta discreción y garantías de seguridad».

Para conseguir su respeto, es necesario que vea que trata con alguien experto en el tema. «Normalmente te someten a un exhaustivo examen que tienes que pasar para ganarte su confianza. Es necesario que compruebe que su interlocutor sabe de qué y con quién está hablando. A veces me encuentro con personas que han entrado en ese mundo por causas ajenas a su voluntad y no pueden salir de él; son conscientes de que su situación es difícilmente reversible, pero les gusta tener otros referentes, otros contactos al otro lado de la línea. Nunca les juzgo, ni les muestro mi desprecio, ni mi rechazo a sus actividades. Busco una relación de confianza. En alguna ocasión te conviertes en confidente de cuestiones que no pueden hablar con nadie de su ámbito, porque supondría mostrar sus puntos vulnerables y motivar su eliminación. Algunas relaciones han sido muy prolongadas, porque somos el contacto con otro mundo y a veces se sienten incluso mejores personas por tener alguien ajeno a su círculo en el que confiar». ¿Cuándo se corta esa relación? «Algunas duran años, y si viven fuera de Madrid o de España, se mantiene un canal seguro de comunicación para enviar determinados mensajes o para que nos pueda pasar información».

Sonia, generalmente, ante esos interlocutores se presenta con otro aspecto físico. «Por razones de

seguridad. En una ocasión estuve cerca de encontrarme a alguien en una reunión que me conocía con otra apariencia, pero, afortunadamente, lo vi antes que él a mí y me marché, aunque es probable que no me hubiera reconocido. No siempre los encuentros son en España, hay veces en las que los contactos se hacen fuera, depende de la cobertura. También hay que tener en cuenta la cobertura que utiliza la otra persona para justificar sus ausencias o viajes. Hay que ponerse de acuerdo para buscar otra identidad, una “leyenda” común, una explicación para justificar el encuentro. Por ejemplo, en España no veo nunca a nadie que pertenezca a los servicios rusos».

La clave para establecer una relación de confianza con un objetivo ruso es que comprendan que «nos vamos a entender» y en ningún caso les puedes transmitir rechazo o dejarles traslucir que, si es un líder criminal, puede que no tengan un futuro muy esperanzador. Incluso los criminales quieren que se les trate con respeto, porque son personas con mucho nivel a los que les ha costado sudor y sangre (muchas veces de forma literal) conseguir un nivel elevado y una posición de poder, que excede el entorno criminal. Aunque su trayectoria se iniciara en ambientes delincuenciales comunes, han alcanzado un estatus en el que ya no tienen que mancharse las manos. Aspiran a que se les considere como a cualquier personalidad influyente, aunque su pasado esté escrito a base de crímenes y sangre».

«Saben cómo tratar a la gente en las alturas y requieren igual atención —explica Sonia—. Todo eso debo tenerlo en cuenta a la hora de abordarlos, porque mi objetivo es obtener información o utilizarlos para llevar a cabo alguna acción. ¿Que si conocen a qué me dedico? No tienen por qué. Unas veces lo saben y otras no, depende de con qué criterios se ha establecido la relación y del grado de confianza que tengan en ti. ¿Se trata de un trabajo peligroso? Mucho. Aunque estar con ellos también supone peligro para ellos, como ya se ha mencionado, porque entras en su ámbito. Pero siempre se procura establecer las medidas de seguridad necesarias. Por otro lado, tienes una oportunidad única de hablar con personas con las que, de otro modo, no te relacionarías jamás y eso supone un aliciente añadido. Además, existe un componente importantísimo: tener la posibilidad de poner tu granito de arena para que el país sea más seguro y podamos evitar la expansión de estas organizaciones aquí. Esta peligrosidad contribuye también a que la relación de los compañeros de tu equipo que creen en este mismo objetivo sea muy estrecha y resulte muy satisfactorio notar su respaldo».

No menciona ninguna operación concreta como la más eficaz, la que ha aportado mayores beneficios al CNI y a nuestro país: «De lo que me siento más satisfecha es de haber contribuido, junto a mis compañeros, a cambiar la situación general de la criminalidad organizada en España. Después de 2005 o 2006 fuimos capaces de hacer llegar un mensaje al ámbito criminal exsoviético, no solo ruso, de que en España no los queríamos, y durante un tiempo se fueron. Pero su marcha siempre es temporal, porque, como dicen ellos, “el lobo siempre mira al bosque”, y porque además les encanta España, el clima, la tranquilidad, el mar, la gente. Han cambiado su forma de presentarse ante el mundo, ahora no aparecen tanto como criminales de bajo nivel, sino como empresarios importantes que vienen avalados por personas muy influyentes de Rusia. Han cambiado incluso en su aspecto físico, no llevan tatuajes, tienen apariencia occidental. Y siempre van a estar mirando a España como a un país en el que pretenden hacer negocio y disfrutar. Les gusta también Italia, pero allí determinados sectores siguen dominados por la mafia. En Grecia hay muchos rusos y georgianos en el ámbito criminal y se pierde la sensación de tranquilidad y anonimato. No obstante, si en un momento dado desde Rusia se les sitúa en el punto de mira, da igual dónde se encuentren, tanto si se trata del Reino Unido como de cualquier otro país, y

menciono Reino Unido por los casos que hemos visto recientemente. Si quieren eliminar un problema “a la rusa”, entran. De la manera que sea, pero entran. Aquí tratamos de demostrar que el Estado no va a bajar la guardia con ellos. Contamos con sensores que nos indican permanentemente cómo está la situación».

También se siente muy orgullosa de haber hablado con determinados personajes, «incluso con los más representativos de ese entorno criminal. Este tipo de relaciones te enseñan mucho. Ves su mundo de forma directa, a través de sus ojos, y compruebas que esos líderes están en el mundo criminal por algo. Suelen ser muy inteligentes y han sabido sobrevivir gracias a su audacia y conocimiento. Controlan muy bien la situación y saben cómo funciona todo, incluso en un país como el nuestro, que no es el suyo, porque se rodean de los asesores adecuados para ello. No en vano, han sido detenidos abogados y asesores legales que trabajaban para ellos. Una vez me dijo uno de esos dirigentes: “Vosotros pensáis que Rusia es un país corrupto y criminal, pero aquí en España tenéis vuestras pequeñas Rusias”».

En Rusia existen importantes connivencias de poder entre el mundo empresarial y criminal ruso. «Un criminal ruso es alguien al que no le importa matar para conseguir poder, influencia o más dinero si tiene problemas para obtenerlo de forma legal. Antes se movían en el mundo de la prostitución y el juego, pero han logrado alcanzar el nivel más elevado de la pirámide empresarial para producir más beneficios y blanquearlos».

A los pocos días de mantener la entrevista con Sonia, el periódico *El País* informaba de la detención en Marbella y Barcelona de «tres capos de la mafia rusa que iban a asesinar a un rival para demostrar su fuerza en Europa». Pretendían reestructurar la organización criminal desmantelada dos meses antes con la detención de ciento veintinueve de sus miembros. Entre los arrestados se encontraba el hombre considerado como el número tres de la mafia rusa a nivel mundial, que se movía fundamentalmente por la Costa del Sol.

Un año antes, el diario digital *El Español* daba cuenta del arresto, por parte de la Guardia Civil, de los capos de dos organizaciones criminales rusas, que actuaban desde hacía años en la Costa del Sol y controlaban buena parte del mercado inmobiliario de lujo en la zona, donde habían hecho una gran fortuna a través del blanqueo de capital. Entre sus negocios se encontraban un club de fútbol local, un club de golf y una embotelladora de agua. Entre los bienes incautados, sesenta y siete mansiones y pisos de lujo, cien cuentas y productos financieros, veintitrés coches de alta gama valorados en unos trescientos mil euros cada uno, joyas de gran valor y un arsenal de armas de guerra.

Como señalaba Sonia, a esos criminales no se les puede tentar con dinero: les sobra.

18. Los cambios tecnológicos y la ciberseguridad

TERESA se ha especializado en imagen y siempre ha trabajado en ese campo. En operaciones. «Aprendes todo lo que hay que saber para conseguir imágenes en la calle y facilitarlas a tus compañeros. Eso obliga a conocer todo tipo de cuestiones técnicas, utilizar los aparatos más sofisticados, o adaptar los del mercado, según lo que se necesite en cada momento; y también aprendes a realizar tu trabajo de forma que nadie lo advierta, que nadie sepa que está siendo

grabado o captado por una cámara. No es por presumir, pero no soy mala en esa cuestión. A los compañeros les reto a veces a que encuentren las cámaras que he puesto en una habitación y, sabiendo que están ahí, no lo consiguen casi nunca. Antes de nada: no grabamos nada sin la obligada autorización judicial. Si no tenemos autorización del juez, no movemos un dedo».

El eterno recordatorio, no hay miembro del CESID que, antes o después, no mencione que jamás toman una iniciativa que no esté avalada por la autoridad judicial. Teresa no podía ser una excepción, precisamente por su especialización. Ni una imagen conseguida a través de los medios que emplea podría ser considerada una prueba acusatoria ante un tribunal si no viniera respaldada por el documento que certifica que un juez autorizó la operación.

Comenta los cambios tecnológicos, importantísimos para la eficacia de su trabajo, y las dificultades iniciales para sacar fotografías con falta de luz. «Ahora es fácil hacerlo a oscuras, pero hace cuarenta años era inimaginable, imposible», como lo era, hace incluso menos años, que una mujer fuera experta en el mundo de la tecnología más sofisticada hasta el punto de convertirse en elemento clave de unos servicios de información e inteligencia, donde se supone que solo ingresan los mejores, los que cuentan con la más alta cualificación, los que son insuperables en su especialidad. Si esa especialidad es de tipo tecnológico, aún es más difícil asumir la presencia de una mujer. Hoy es habitual que en las aulas de las escuelas de ingeniería o arquitectura se encuentre un creciente porcentaje de alumnas, pero hace dos o tres décadas eran la excepción y en muchos casos, para matricularse en las escuelas técnicas, debían afrontar la resistencia de sus propias familias, que conocían las dificultades para que una mujer con un título tan poco convencional inspirase la confianza suficiente en los responsables de recursos humanos de una empresa como para ofrecerle la oportunidad de incorporarse a la plantilla.

Luisa es una de esas mujeres a las que, como a Teresa, les atraía la tecnología, los cambios científicos que estaban cambiando el mundo.

Se había titulado en la Escuela de Ingenieros de Telecomunicaciones y cuando vio un anuncio en el que se ofrecían plazas en el Ministerio de Defensa no lo dudó. Suponía, y suponía bien, que en la industria de defensa tendría más posibilidad de especializarse en el campo que le apasionaba; las otras alternativas que se le presentaban eran en empresas en las que a las mujeres, incluso con la titulación de Ingeniería, se las destinaba a labores más burocráticas o de inspección. De hecho, estaba trabajando en una empresa en la que realizaba estudios de mercado y análisis, cuando había estudiado Ingeniería con el sueño de realizar proyectos y volcarse en la investigación de las nuevas tecnologías, que en aquellos momentos ofrecían unas perspectivas que parecían ilimitadas a nada que se estuviera al tanto de los avances que se estaban produciendo en los países más desarrollados.

Presentó, por tanto, su currículum para el Ministerio de Defensa sin que ni por un momento se le pasara por la cabeza que buscaran a gente para trabajar en el servicio de inteligencia.

Le sorprendieron las pruebas, nada que ver con las que había realizado en las diferentes empresas en que intentó trabajar nada más acabar sus estudios, y sobre todo le pareció rara la llamada «prueba de calle», pero nadie le explicó nada, ni qué tipo de trabajo era el que querían que hiciera, hasta que superó aquella primera fase que le daba acceso al curso de formación. Solo entonces comprendió que habían analizado hasta la extenuación su nivel de retención y de

memoria, su equilibrio psicológico, su estado emocional ante situaciones límite, su capacidad de improvisación y su autocontrol.

Superado el curso, que Luisa, como el resto de sus compañeros, consideró duro, y no todos consiguieron llegar al final, la pusieron a trabajar en un proyecto de radiocomunicaciones por satélite, que desde el punto de vista técnico, y de su preparación, le entusiasmó: se trataba de conseguir información a través de esos medios ante la dificultad o la imposibilidad de hacerlo por los métodos convencionales.

«Teníamos que buscar la manera de conseguir la información que necesitábamos a través de lo que podíamos recibir vía satélite, bien por nuestros propios medios tecnológicos, o a través de empresas externas. Se contrataba solo una parte del proyecto, nunca el proyecto completo. Por seguridad, evidentemente. Se hacían encargos específicos a diferentes empresas si nosotros no estábamos capacitados para hacerlos... y luego ensamblábamos todo. De esa manera no quedábamos condicionados a ninguna empresa ni tecnología y, además, en el mercado, nadie tenía acceso al proyecto completo».

Habla sobre el Centro con un punto de orgullo. Por la especialidad de su carrera y por su trabajo previo, tuvo posibilidad de comparar cómo se trabajaba en otras empresas del mismo sector o incluso de ámbitos en los que se presumía de estar al tanto de las técnicas más avanzadas. «Nos preocupamos mucho de estar al día —explica—, el Centro es puntero en cuestiones tecnológicas. Tenemos cursos de formación, estamos siempre al tanto de las novedades, de lo último de lo último, con iniciativas que son todo un reto tecnológico, *think tanks* para profundizar en nuevos proyectos. La gente está muy motivada y muy formada. En cuestiones de ciberseguridad trabajamos con el Centro Criptológico Nacional (CCN), que está adscrito al CNI y es el competente en dicha materia; es fundamental que los organismos técnicos colaboremos entre nosotros, y así lo hacemos».

Ha participado en varios proyectos de alta tecnología, desde comunicaciones entre sedes a redes de ordenadores, sistemas de vídeo del Centro... y un largo etcétera que prefiere no concretar. Es jefa de área y de ella dependen muchos de los servicios técnicos que se proporcionan a los analistas. «Una de mis actividades como jefa de área consiste en coordinar un grupo de desarrollo para diseñar e implantar un *software* propio con funcionalidades específicas orientadas a los usuarios del Centro, que son muy concretas y en muchas ocasiones no existen en el mercado. Es un trabajo apasionante, puro I+D».

No oculta su entusiasmo cuando insiste en que «este es el mundo de la Inteligencia, que consiste en ofrecer datos en tiempo y forma para que los analistas puedan realizar sus informes. No se trata solo de desarrollar el mejor producto, sino de hacerlo bueno y útil. Y en la mayoría de las ocasiones eso implica cambiar de tecnología cada poco tiempo y utilizar soluciones imaginativas adaptándose a la información y a las necesidades que puedan tener los analistas en cada momento. En nuestro mundo, todo cambia muy deprisa, y para estar al día y hacerlo lo mejor posible centramos muchos esfuerzos en la formación y en la implicación de nuestra gente, que es magnífica. Tenemos especialistas espléndidos».

Pronuncia varias veces las siglas ILC, Interceptación Legal de Comunicaciones. «El CNI es un agente facultado para pedir a los operadores españoles, con mandamiento judicial, información

sobre comunicaciones. Para hacerlas llegar al CNI se cuenta con medios propios de seguridad, como cifrados y mecanismos de protección perimetral entre otros. El tipo de información que manejamos se clasifica según el nivel de seguridad, confidencial o reservado, y según ese nivel se aplican las medidas de transmisión y tratamiento oportunas. Los sistemas de tratamiento añaden metadatos a la información que se va a distribuir para complementar esas transmisiones, como por ejemplo la hora de la comunicación, el idioma, o por qué medio nos ha llegado. Además, se realizan tratamientos adicionales que aportan aún más información a los analistas, como traducción automática si hace falta, si hay palabras clave que han sido utilizadas en otros mensajes... Tenemos la posibilidad de traducir idiomas muy minoritarios en un *software* que solo tenemos nosotros».

Luisa es la persona indicada para confirmar o desmentir el rumor, muy extendido, de que todas las comunicaciones internacionales están controladas por los más potentes servicios de inteligencia mundiales, y que salta una alarma cuando en alguna de esas comunicaciones se pronuncian palabras clave que pueden determinar que se trata de una conversación entre terroristas o delincuentes de cualquier otro tipo. «No es cierto. Trabajamos siempre en un marco legal de mandamiento judicial, no podemos hacerlo sobre información aleatoria. En ese marco, siempre legal y hay que insistir en ello, y solo sobre objetivos autorizados, sí buscamos una terminología concreta. Lo otro, el control universal, no es viable, tanto desde el punto de vista económico como tecnológico. Aparte de lo relacionado con que no sería legal».

En España, un país muy garantista, aunque siempre habrá quien ponga en cuestión ese aspecto — con toda seguridad, España superaría controles en ese sentido, algo que no pasaría en otros países democráticos, al menos en lo que se refiere al CNI—, no es fácil interferir las comunicaciones de un presunto delincuente, aunque es habitual que una mayoría de ciudadanos, cada vez que escuchan algún tipo de interferencia en sus conversaciones telefónicas, abiertamente comenten que su teléfono se encuentra intervenido.

Puede estarlo, pero en la mayoría de los casos en que se han producido lo que se llama «pinchazos» telefónicos ha sido porque personas particulares, por las razones que sean, han querido controlar a personas a las que pretendían chantajear, amenazar o simplemente asustar. Ni siquiera hace falta buscar un especialista para hacerlo: existen tiendas en las que se pueden adquirir artefactos que permiten grabar conversaciones, y más ahora en que internet ofrece tantas posibilidades de compras ajenas a los circuitos a los que obliga la ley. Como ejemplo, esta periodista, con una docena de conversaciones grabadas por orden de Ruiz Mateos, que distribuyó por varios medios de comunicación, para demostrar así su irritación por los comentarios escritos y hablados sobre las peripecias del controvertido empresario que cumplió condenas de prisión precisamente por los muchos delitos cometidos.

Como explica Luisa, «en España no podemos ir contra un individuo directamente, sino que debemos acudir a la operadora, previa la correspondiente autorización judicial, para que intervenga la comunicación de un abonado. Está todo automatizado y no sujeto a manipulación. Por ejemplo, la operadora no puede grabar. Así, una vez cumplidos los trámites legales, y vuelvo a insistir en ello, la operadora entrega los datos a través de sus medios técnicos al CNI. Los analistas del CNI que siguen el caso son los únicos que pueden acceder a esa información para ser estudiada y analizada en el Centro. Solo ellos. Antes de llegar a la solicitud a la operadora hay meses previos de investigación con todo tipo de fuentes. Incluso fuentes abiertas como las redes

sociales; nosotros se las filtramos previamente a los analistas, para que ellos puedan determinar el interés del objetivo y, por tanto, la necesidad o no de pedir la interceptación de sus comunicaciones».

La Directiva de Inteligencia es el documento, clasificado de secreto, en el que el Gobierno marca cada año los objetivos sobre los que debe trabajar el CNI y la prioridad con que debe hacerlo. «Entre ellos, como no podía ser de otro modo, están el terrorismo yihadista y la ciberseguridad. Contamos con un organismo dedicado en exclusividad a la ciberseguridad (el ya mencionado CCN), al que apoyamos desde mi área, investigando para detectar cualquier tipo de ataque. No estamos solos en ese terreno, aparte de contar con empresas tecnológicas nacionales y extranjeras, también trabajamos con otros servicios con los que tenemos intereses comunes. He dirigido un grupo tecnológico para facilitar el intercambio de información con esos otros grupos, un proyecto que supone un reconocimiento internacional al trabajo tecnológico de los españoles y que nos ha abierto muchas puertas. Se trata además de un proyecto en el que hay muchas mujeres. Por cierto, en esos equipos tecnológicos extranjeros hay menos mujeres que en España. La primera vez que fui a una reunión del grupo de coordinación solo había una mujer y yo de entre todos los asistentes, que eran unos cincuenta. Les sorprendió que fuera una mujer a organizarles el trabajo y decirles qué había que hacer. Pero aquí nunca me he sentido distinta a los demás por ser mujer».

En un mundo como el actual, en el que uno de los principales desafíos es el tecnológico, no sorprende en absoluto la importancia que el CNI otorga a la actualización de sus capacidades técnicas, para así disponer de las herramientas adecuadas con las que hacer frente a las amenazas. Por eso mismo, tampoco sorprende el empeño del servicio de inteligencia por contar con los mejores profesionales, hombres y mujeres con una alta capacitación.

Elena estudió Ingeniería Industrial y Electrónica e ingresó en el Centro hace dieciocho años. Estaba trabajando en una empresa de telecomunicaciones e informática cuando le ofrecieron presentarse a unas pruebas en el todavía CESID, mediante las cuales se iba a seleccionar al responsable de un taller —como lo llaman en su argot— que se ocupaba, precisamente, de sistemas de telecomunicaciones e informática.

«Para mí fue una oportunidad magnífica y, desde entonces, todos los puestos que he ocupado han sido del ámbito técnico». Ahora ya no, pero reconoce que sobre todo en los primeros años vivió «momentos delicados», al tener bajo su responsabilidad a un grupo de trabajo formado solo por hombres y muchos de ellos militares, a algunos de los cuales les costó acostumbrarse a que les mandara una mujer. «La situación y las mentalidades no son actualmente las mismas que las habituales hace casi veinte años: las cosas han cambiado mucho y lo que antes no se veía como “normal”, ahora ya sí lo es».

Lo que sucede en el CNI, cuando se habla de la integración laboral de la mujer, no difiere mucho de lo que ha ocurrido a lo largo de los años en el conjunto de la sociedad española, es decir, que se ha ido normalizando, en un proceso imparable y sin posible marcha atrás. También en el «mundo tecnológico» hay cada vez mayor presencia de mujeres, pero, como dice Elena, «en proporción y por comparación con otros sectores, las mujeres seguimos siendo minoritarias en los puestos técnicos, y esto es generalizado, no solo afecta al CNI y se ve claramente, por ejemplo, en las empresas».

Su compañera Susana, ingeniera informática que llegó al CNI hace tres años y que venía también con experiencia profesional previa, comparte esa opinión, y añade que dicha circunstancia no solo se manifiesta en el entorno laboral, sino que se hace visible ya desde la universidad. «Ahí creo que está la clave de esa menor presencia de mujeres en el ámbito técnico. Pero admitiendo que este es un mundo tradicionalmente de hombres, en el CNI yo no he apreciado rechazo o discriminación por parte de mis jefes o de mis compañeros, ya que nosotras tenemos la misma capacitación que ellos y así la ejercemos».

Elena y Susana trabajan en el CCN, el organismo adscrito al CNI cuyo ámbito de actuación fundamental es la ciberseguridad. Hablar con ellas supone adentrarse en un mundo complejo y muy especializado, cada vez más en auge ante el enorme crecimiento de las amenazas procedentes del ciberespacio.

Este es un sector relativamente nuevo, en el que las mujeres tienen todavía una menor presencia que en otros del ámbito técnico. Pero en el CCN, aunque los equipos de trabajo están compuestos mayoritariamente por hombres, las mujeres desempeñan un papel de responsabilidad, imprescindible para cubrir la demanda de talento que se precisa.

Es el caso de Elena y de Susana: hacen auditorías de seguridad en organismos de la Administración, se relacionan con empresas, velan por la aplicación de la normativa en el ámbito de los sistemas clasificados... Son conscientes de la importancia de su labor y saben que la era de internet y la conectividad han traído grandes avances y ventajas, pero también grandes riesgos que impactan directamente en la seguridad nacional, en la competitividad de las empresas y en la prosperidad del conjunto de la sociedad.

Ese es su espacio de trabajo y se nota que disfrutan de él, que se lo creen y que tienen asumido que pertenecer a un servicio de inteligencia, sea cual sea el puesto que ocupes —operativo, técnico, como es su caso, de analista...—, «aunque te exija a veces sacrificios en tu vida personal o familiar, lo cierto es que te compensa, porque hace tu vida más interesante y más rica».

19. Las cosas de fuera

LUIS y su equipo se ocupan actualmente de las relaciones internacionales y de cooperación, aunque antes han pasado por otros departamentos y, por tanto, conocen a fondo el CNI y cómo trabajan sus distintas unidades.

A nadie se le escapa que para cualquier servicio de inteligencia el trato con los servicios de otros países, con miembros de sus Gobiernos o con el personal más representativo de ciertos ministerios es clave para alcanzar los objetivos que se marca cualquier servicio de inteligencia. Más todavía cuando el mundo está siendo víctima de la amenaza transnacional del terrorismo yihadista.

Es constante el contacto con diplomáticos de otros países, sobre todo con los de nuestro entorno, pero también con los organismos de inteligencia de todo el mundo (Europa, América, norte de África y Oriente Medio, fundamentalmente). Con ellos analizan cuestiones bilaterales y multilaterales, supervisan el estado de la cooperación bilateral, acuden a distintos foros y grupos

internacionales que estudian en profundidad los problemas comunes más acuciantes. En Europa, varios de estos foros están ya muy asentados, y en ellos se reúnen periódicamente las agencias de inteligencia de los ámbitos exterior y de seguridad.

Uno de los más antiguos es precisamente el que une en Europa a sus servicios de seguridad, con directores que celebran reuniones al menos cada seis meses, además de varios grupos de trabajo de expertos. «Mi trabajo —explica Luis, que dirige las relaciones internacionales— consiste en preparar esas reuniones, discutir las agendas, mantener contactos previos con los otros servicios... Soy lo que en las instituciones europeas se llama un *sherpa*. Eso me obliga a mantener relaciones muy fluidas con todos mis colegas a través de encuentros personales, pero también a través de redes de comunicación seguras, entre ellas, las telefónicas y las videoconferencias. Los servicios, además, son un canal espléndido de comunicación discreta entre Estados».

A nivel general, los llamados *sherpas* son quienes negocian, discuten, avanzan, retroceden, pactan y redactan los acuerdos y tratados que posteriormente firman los representantes de sus respectivos gobiernos. Son los que están al pie del cañón tratando de sacar adelante las cuestiones más espinosas —todo lo relativo al Brexit, por ejemplo, o el reparto de cuotas sectoriales, la política agraria europea, acuerdos entre la Unión Europea y terceros países—, aunque las medallas se las colocan siempre los abajo firmantes de esos acuerdos, que con frecuencia han tardado meses o incluso años en conseguirse con sangre, sudor, lágrimas y esfuerzo, como diría Winston Churchill, uno de los hombres que más ha tenido que negociar a lo largo de su vida política.

La responsabilidad del departamento que dirige Luis «es hacer llegar al director cualquier información interesante relacionada con nuestros colegas de todo el mundo, informarle en cualquier momento sobre cuál es el estado de la cooperación con cada servicio. Nosotros no realizamos el intercambio de información sobre actividades terroristas, por ejemplo, pero sí nos ocupamos de conocer la visión internacional sobre el problema terrorista. Supervisar, coordinar, integrar... Ese es nuestro trabajo, todo ello en contacto con los servicios de otros países. Mi función y la de mi equipo consiste en mantener el contacto con las comunidades de inteligencia de todo el mundo, aunque no intervenimos directamente en el desarrollo de las operaciones. Un ejemplo, el Brexit. Pudimos detectar muy claramente, en contactos personales directos con altos responsables de las tres agencias británicas, desde el mismo día siguiente a la celebración del referéndum, que el resultado había caído como un auténtico mazazo en Whitehall (zona de Londres donde se encuentran las sedes de los principales ministerios, Downing Street y el Parlamento; por extensión, se refieren así al Gobierno y la Administración). Les preocupaba reafirmar que la cooperación entre los servicios iba a continuar siendo exactamente igual, después del Brexit con más razón. Esa insistencia en mantener la relación estrecha entre los servicios la han seguido defendiendo, a todos los niveles, en los últimos meses. Y lo cierto es que la cooperación en materia de seguridad nacional con los británicos tendrá que quedar al margen del Brexit, en interés de ambas partes. Se mantenga o no el Reino Unido dentro de la Unión Europea, lo que hay que garantizar es la colaboración y la coordinación de sus servicios de información y de inteligencia».

Hay mujeres en los servicios europeos, algunas de ellas en los más importantes cargos directivos, como la ya mencionada Stella Rimington, primera mujer que dirigió el potentísimo MI5, el servicio de inteligencia británico que se ocupa fundamentalmente de la seguridad interna del país. Rimington fue pionera y en ella se centraron las miradas de los servicios de todo el mundo, con no

poco escepticismo inicial, por no decir reticencias. Sin embargo, esa entrada significó un reconocimiento internacional al papel de la mujer, que ya no tuvo vuelta atrás, y que en España llegó a su punto máximo cuando se nombró a la primera secretaria general del CNI, María Dolores Vilanova, momento a partir del cual las sucesivas secretarías generales se mantuvieron en manos de una mujer.

¿Cuál es, fuera de España, la visión de la mujer como miembro de los servicios de información e inteligencia? «Depende de la geografía. Todavía te encuentras en algunas zonas que se sorprenden cuando ven mujeres en una delegación. Pero después de las primeras reuniones ya han comprendido su valía. Curiosamente, sí hay mujeres en las delegaciones de los servicios de algunos países del Magreb con los que nos reunimos. Y también destinadas en los equipos de enlace acreditados oficialmente a través de las embajadas, incluso como jefas de esos equipos, y con frecuencia se trata de países en los que es raro ver a mujeres en cargos directivos».

Es, efectivamente, extraño porque en el mundo musulmán todavía cuesta aceptar que la mujer está tan capacitada como el hombre para asumir cualquier responsabilidad, e incluso hay países que ponen trabas a que ellas tengan derecho a la educación. Pero de la misma manera que en el CESID se recibió a la mujer antes que en sectores que tenían sus puertas cerradas, como el militar, también en algunos de los países musulmanes más avanzados, sus servicios de inteligencia incorporaron con naturalidad a mujeres. Probablemente porque, como ocurría en España al principio, había determinadas misiones cuya ejecución era más fácil para la mujer que para los hombres. Más todavía en algunos sectores árabes en donde hay círculos absolutamente vedados para el mundo masculino y que, sin embargo, es necesario mantener bajo control... porque las mujeres que se mueven en esos círculos con frecuencia manejan información relevante que solo pueden trasladar al exterior a través de otra mujer.

Luis estudió en ICADE y empezó a trabajar en el sector privado. Le iba bien profesionalmente, destacaba, y no pasó mucho tiempo hasta que le llegó la oferta para trabajar en el CESID; nunca ha sabido con exactitud quién le propuso, pero sí que preguntaron por él, entre otros, al coronel jefe de la unidad en la que había hecho las milicias universitarias. Al CESID y a sus «reclutadores» les interesaron su perfil, sus estudios y la experiencia internacional. Aceptó ir a la entrevista inicial... y le atrajo la idea «de participar en un servicio público, sirviendo a tu país. Además, con esa dimensión internacional a la que ya me dedicaba».

Desde el primer momento trabajó con mujeres: «Me sentía muy unido a ellas porque el grupo de “civiles” éramos minoría. Casi todos eran militares y las mujeres estaban solo en el grupo civil. Por otra parte, el trabajo se hacía por equipos, y en todos ellos había mujeres. Durante una época sí hubo discriminación, pero por una razón que afectaba a la propia composición del CESID, con personal militar y guardias civiles. Los civiles nos integramos más tarde, nuestro salario era menor que el de los militares, que tenían toda una carrera detrás con unos salarios marcados por su propia escala y que además cobraban trienios, y al pertenecer las mujeres al grupo de los “civiles” sufrían la misma discriminación salarial. No por ser mujeres, sino por no ser militares. Luego, cuando se formalizó el estatuto de personal, esas diferencias desaparecieron».

Afirma que uno de los aspectos que más diferencia al CNI de otros órganos e instituciones del Estado, además, obviamente, de las funciones específicas que tiene asignadas, es que «no hay otro organismo en la Administración con procedencias más distintas, tanto de hombres como de

mujeres. Aquí hay mujeres de muy distinta formación, trayectoria y carácter, que son elegidas por su competencia, por su profesionalidad, por cómo han superado las distintas pruebas, no por cuotas. Yo mismo he propuesto en varias ocasiones el nombramiento de mujeres para puestos de jefatura y no me he equivocado, todas ellas han sido magníficas. Nunca me han defraudado como jefas, han defendido a sus equipos como nadie. Con una sensibilidad añadida a las cuestiones personales, que quizá no la tengan todos los hombres. Sí muchos, pero no todos. Y ellas, en cambio, todas, tienen esa preocupación por las cuestiones personales. El “vamos a contar con Fulano para esto porque lo está pasando regular” es algo que se escucha con frecuencia. Están pendientes de cuestiones que a nosotros ni se nos pasan por la cabeza».

Algunas voces, minoritarias, al expresar sus reticencias a ser subordinados de una mujer, suelen alegar que cuando acceden a un cargo de relevancia lo ejercen con excesiva autoridad, con autoritarismo, como si quisieran dejar claro quién manda, lo que no sucede en el caso de los hombres. O al menos así lo ven quienes encuentran ese defecto solo en mujeres. Luis lo rebate: «Lo que ocurría con las primeras mujeres en puestos de responsabilidad es que sabían que tenían todos los focos puestos sobre ellas, para ver si eran capaces de dirigir un equipo en un mundo que hasta entonces había sido exclusivamente masculino, y necesitaban demostrar más que los hombres que sabían ejercer su autoridad si llegaba el caso. Pero la forma de cómo ejerce la autoridad cada alto cargo depende del perfil personal de cada uno, hombres y mujeres».

Esa misma situación se vive en otros países, pero quienes se ocupan de las cuestiones externas afirman taxativamente que la incorporación de la mujer al mundo de los servicios de inteligencia no ha producido disfunciones en las relaciones internacionales, se ha asumido con toda naturalidad, ha sido acorde a los cambios sociales, que se han ido produciendo de manera gradual. «No ha habido problemas —afirma el responsable del CNI en ese tipo de cuestiones—, pero en algún caso, con países del mundo árabe, sí ha ocurrido que las personas, hombres, con los que debían establecer contactos profesionales no confiaban en ellas por el hecho de ser mujeres. Hay países del Golfo con mujeres en los servicios de inteligencia, pero siempre miembros de la familia real o de las pocas familias de la clase dirigente. Mujeres con formación muy completa en el Reino Unido o en Estados Unidos. Pero nunca en los primeros niveles, sino en los segundos. En su trabajo no están en contacto con hombres árabes, pero sí con hombres occidentales. Las mujeres destinadas en países árabes tienen limitados sus movimientos, pero más por estar acreditadas como miembros de un servicio de inteligencia occidental, que por el hecho de ser mujeres. En cambio, se trabaja muy bien con mujeres locales, manejan mucha información, acceden a sitios a los que no pueden acceder hombres. Con Marruecos, por ejemplo, existe una excelente colaboración en la lucha contra el terrorismo, es un país prioritario para nosotros en ese sentido. Y tenemos mujeres trabajando en países del Magreb con muy buenos resultados, siempre acreditadas ante los gobiernos».

A la pregunta de si se ha dado algún caso de expulsión de alguna mujer acreditada ante un Gobierno como miembro de los servicios de inteligencia de su país de origen, responde Luis que sí. «Se ha producido algún caso, pero no por ser mujer, sino porque, en el desempeño de su trabajo, “tocó” a gente que molestó mucho. Ha habido otros casos: en una ocasión alguien tuvo que recoger sus cosas y salir del país de destino en veinticuatro horas por provocar un debate dentro del régimen, porque se estaba viendo con gente crítica con el poder y la acusaron de conspiración para urdir un golpe de Estado. Pero también está el caso de un hombre, soltero, con acreditación diplomática, destinado en otro país, expulsado de forma fulminante porque estableció

relaciones con una mujer de altísimo nivel. Encontraron otra excusa para la expulsión; la de siempre, que se entrevistaba con gente que no gustaba al régimen».

No da nombres Luis sobre este último caso, pero cualquier periodista que haya seguido la política exterior en la década de los ochenta ha escuchado la historia de un diplomático español destinado en un país árabe que se enamoró de quien no debía. Efectivamente, se trataba de una mujer situada a muy altísimo nivel. No vale la pena preguntar a Luis ni a nadie: cualquier persona con sentido de la responsabilidad, tanto en Presidencia como en el Ministerio de Asuntos Exteriores, está obligado a desmentirlo.

Carmen, experta en inteligencia exterior, sabe bien cómo moverse en ese mundo. Nunca se sintió incómoda ni infravalorada, al menos por sus compañeros del CNI, y desde que tuvo su primer destino en el extranjero fue tratada por ellos como si fuera un compañero más: «Heredé las fuentes de mis compañeros, y puedo constatar que tenemos fuentes en todas partes, en todo el mundo, además de disponer de más medios técnicos que antes en nuestros destinos en el extranjero. Se trata de herramientas que nos proporcionan muchísima información».

Conoció los riesgos de la guerra fría, cómo eran las relaciones entre los servicios de inteligencia occidentales frente a los soviéticos y sus satélites en aquellos tiempos inseguros y difíciles: «Se jugaba en todos los escenarios, no solo estábamos detrás del Telón de Acero, sino también en el Tercer Mundo, en Cuba, Centroamérica, Oriente Medio... Centroamérica era muy importante en aquellos años, sobre todo El Salvador y Nicaragua. La transición democrática en Nicaragua era interesantísima, y España se implicó mucho en aquella transición en todas sus etapas. Tuvimos mucha presencia allí, tanto en Nicaragua como en El Salvador, con ONUCA. Se utilizaron todas las herramientas del Estado en favor de la paz. Además de los militares, allí estaban diplomáticos, cooperantes, nosotros... Trabajábamos todos juntos, muy bien, con el propósito de lograr la pacificación de Centroamérica. Aquello era un festín informativo».

El entusiasmo que expresa Carmen por aquella etapa centroamericana coincide con el de otros profesionales que compartieron con ella esa experiencia que cambió una región que, durante toda su historia, ha sufrido toda clase de convulsiones políticas y militares. Incluso catástrofes de la naturaleza, que han azotado a países ya muy castigados de por sí y que fueron devastados por terremotos, huracanes, volcanes que asolaron regiones enteras. Todo ello aderezado con golpismo, corrupción, interferencias de Estados Unidos. Estas últimas provocaban el auge de movimientos extremistas que se resistían a lo que llamaban un intento de colonización económica y aparición de guerrillas, movimientos que se autocalificaban «de liberación nacional», enfrentamientos de los que resultaron miles de víctimas, en los que los levantamientos de los indígenas contra la clase dominante no fueron un asunto menor sino que acentuaron aún más el «guerracivilismo» sufrido en algunos de esos países durante años.

En ese mundo convulso tenía que trabajar, evidentemente, el CESID, que en los tiempos de ONUCA tuvo un papel destacadísimo gracias a la experiencia previa adquirida durante años de mandar información conseguida sobre el terreno.

ONUCA fue una fuerza internacional de paz supervisada por Naciones Unidas que se creó a finales de 1989 y realizó su trabajo durante los dos años siguientes en Guatemala, Costa Rica, Nicaragua, El Salvador y Honduras, con sede en la capital de este último país. Su objetivo era

garantizar el cumplimiento de los compromisos firmados por estos cinco países, de manera que ponían punto final a los apoyos que prestaban a grupos guerrilleros y fuerzas revolucionarias de otros países de la zona o bien que les permitían asentarse en su territorio, desde donde preparaban sus operaciones contra los gobiernos de esos otros países.

La organización, que tenía unos trescientos observadores internacionales, contó con la inestimable colaboración de los servicios de información e inteligencia de los cinco países centroamericanos, así como del CESID, con un historial importante de trabajo en toda Latinoamérica y con fuerte presencia en el área centroamericana, donde se sucedían los conflictos y confrontaciones entre los ejércitos y los distintos y numerosos grupos revolucionarios, con un papel relevante de los siempre peligrosos grupos paramilitares.

ONUCA fue clave en el seguimiento de los acuerdos alcanzados en Nicaragua para poner fin a la confrontación entre sandinistas que surgió tras el fin del somocismo, con grupos «contra» que actuaban desde Costa Rica con el apoyo de Estados Unidos, y si bien no logró que el futuro Gobierno sandinista aceptara los comportamientos básicos de la democracia, sí se sentaron las bases en cambio para que en El Salvador se acabara con lo que se había convertido en la práctica en una seudoguerra civil, en ella dirigentes de ONUCA, del CESID y jesuitas españoles muy destacados tuvieron un papel de la máxima relevancia para apaciguar un escenario que llevaba décadas convertido en un auténtico polvorín. Se comprende por tanto que los miembros del CESID que participaron en esa misión sobre el terreno mencionen siempre su trabajo de aquellos años en colaboración con ONUCA como una de las mejores experiencias de su vida profesional. Carmen es una de esas personas que considera que aquella etapa fue apasionante y muy gratificante por sus resultados.

Esa organización creada en el ámbito de Naciones Unidas tenía además unas fuertes connotaciones españolas, como demuestra el importante papel que se dio al CESID: dos generales españoles estuvieron al mando de esas fuerzas españolas, el general Agustín Quesada y, después, el general Suanzes. Al primero le cupo la satisfacción de que veintidós mil soldados de la «Contra» de Nicaragua le entregaran sus armas y pusieran fin a sus acciones guerrilleras, bélicas incluso, contra el Ejército de su país, un hecho que cambió la historia de Nicaragua. Miembros del CESID, entre ellos Carmen, además de «trabajar» para que la «Contra» abandonara su actividad, supervisaron el dispositivo que garantizaba que el acto de entrega de las armas se iba a producir tal y como se había diseñado y sin sobresaltos.

20. La forense

LA primera vez que un periodista visita el complejo policial de Canillas se sorprende por la diversidad del conjunto. Una pequeña ciudad con edificios singulares y calles asfaltadas, en donde trabajan centenares de policías de diferentes cuerpos y especialidades, expertos en investigaciones que parecen más propios de una serie de televisión americana que de la Policía española, a la que la generación que corrió delante de los «grises» en los años del franquismo considera que está a años luz de lo que debería ser un cuerpo de seguridad moderno y efectivo. Esa visita a Canillas demuestra su gran equivocación.

En una nave se encuentran automóviles utilizados por la banda terrorista ETA y por terroristas de grupos que aparecieron en años posteriores, analizados milímetro a milímetro, lo que en la mayoría de los casos ha permitido localizar a los autores de los atentados más sangrientos, más espeluznantes. La Unidad de Investigación Tecnológica va más allá de lo que se ha visto en una serie que fue un hito, *CSI*, y de la misma manera que esa unidad es capaz de estudiar una grabación que ofrece pistas fundamentales para desentrañar un delito, en la sede de Canillas no es difícil encontrarse con un experto de Estados Unidos que trae una cinta para ver si en Madrid son capaces de averiguar la identidad de quien conversaba, porque «Madrid» tiene fama de contar con expertos en ese tipo de investigaciones. Alguno de ellos incluso colaboró sobre el terreno con policías estadounidenses en los años duros en los que Bin Laden era el hombre más buscado del mundo. Una de las cintas con un mensaje difundido a través de Al Jazeera fue analizada en Canillas, adonde la llevó en mano un experto de Estados Unidos que necesitaba contrastar con la metodología que tenía España si efectivamente era la voz del terrorista que ideó los atentados del 11-S.

En otro edificio de Canillas pueden verse frascos que supuestamente solo se encuentran en un laboratorio médico, con muestras de piel o de restos humanos que son clave para distintas identificaciones; también se investigan huellas, restos textiles, productos orgánicos e inorgánicos, papeles y cualquier objeto de cuyo estudio en profundidad pueda obtenerse algún dato para las muchas investigaciones que se llevan con simultaneidad.

En la sede del CNI debe haber algún centro dedicado a la investigación, tan potente, exhaustivo o eficaz como el de Canillas y que probablemente tenga también la Guardia Civil, pero, al contrario de lo que ocurre con la Policía, ese lugar —si existe, que seguro que existe— no abre sus puertas a ningún periodista ni hay expertos que pierdan el tiempo explicando a personas ajenas a él en qué trabajan, cómo y qué operaciones se han podido completar gracias a sus investigaciones.

Como ocurre con todo el trabajo que se desarrolla en la sede del CNI en Aravaca —una pequeña ciudad también, con sus edificios singulares y sus calles asfaltadas—, la discreción es máxima y se aplica a todos, en todas las circunstancias y en todo momento. Sin embargo, una mujer que se dedica a las investigaciones de máximo alcance, las más minuciosas, las que tienen una repercusión inimaginable, incluso a nivel mundial, utiliza una terminología sorprendente cuando explica detalles —los que puede explicar— sobre su trabajo: cadáver, forense, disección. Sorprendente porque Lola no es médico, ni siquiera enfermera, sino especialista en alta tecnología. Es capaz de escudriñar el aparato más sofisticado, supuestamente más inexpugnable, y extraerle los secretos que guarda.

Lola es hija de un militar que trabajaba en el CESID. Su padre le ofreció la posibilidad de trabajar en el Centro y Lola envió su currículum para ver si al menos conseguía que la incluyeran en el proceso de selección. «En igualdad de condiciones que los demás», remacha, no quiere que piense nadie que tuvo trato de favor.

Era ingeniera informática y su padre pensó que tenía el perfil adecuado para el Centro, por eso le propuso que lo intentara, y a su hija le sedujo la idea.

Pasó, como el resto de los aspirantes, el test psicotécnico y de personalidad, le hicieron pruebas específicas de técnicas informáticas, pruebas de seguridad a través de distintas entrevistas... y

mientras surgían las dudas, porque no acababa de recibir la luz verde, sino que seguían las pruebas, continuó con su trabajo informático hasta que finalmente recibió la carta de aceptación.

En su primer día de trabajo, día de nervios para ella y para todos sus compañeros, que iniciaban una nueva vida cargada de incógnitas, una de las personas que la esperaban en la puerta de Argentina —sede del CNI— era su padre, que le dio un beso y le presentó a alguien que se iba a encargar de ella. Nada más. A partir de ese momento tenía que valerse por sí misma, debía volar sola.

Ese primer día, los nuevos alumnos que aspiraban a convertirse en miembros del CESID en el futuro recibieron una charla sobre la seguridad en el Centro, y luego ya se produjeron las presentaciones, solo entonces. Lo primero, las normas de seguridad. Después, el inicio de los contactos, de conocerse unos a otros. Solo cuando ya había finalizado la charla pudieron cambiar impresiones unos con otros. «Tenía mucho que aprender, muchísimo —confiesa Lola—, porque nunca había estado en contacto con las cosas técnicas que se manejan aquí». Era lógico, la aplicación de la tecnología en los servicios de inteligencia tiene poco que ver con las prácticas que se hacen en una escuela de ingeniería o con una empresa convencional de ingeniería.

Como ocurre con otros oficios, explica Lola, «aprendía al mismo tiempo que trabajaba, aunque pasa mucho tiempo hasta que te das cuenta de que ya eres parte del “producto”, que trabajas como uno más. Me sentía superafortunada por haber tenido la oportunidad de aprender tanto. Tecnología, por supuesto, pero también aprendí a relacionarme con los demás, a formar equipo... Yo no sabía exactamente qué me iba a encontrar, pero sí estaba convencida de que era una buena oportunidad para mi vida, para aprender más de lo mío. Y, al final, esto se ha convertido en mucho más que un aprendizaje».

Trabaja para los analistas de inteligencia, ellos explican lo que necesitan y a Lola le llega la petición del trabajo. A partir de ahí, se encarga de proporcionarlo utilizando los medios técnicos necesarios.

«¿Lo más difícil que me han pedido? Muchas cosas. Quizá las personas ajenas a las cuestiones técnicas no sean capaces de valorar algunas de las cosas que hacemos, pero recuerdo por ejemplo un dispositivo muy muy dañado que habían tirado a la basura y que era necesario analizar porque podía proporcionar información importantísima. Era difícil, porque estaba destrozado. Fuimos haciendo trasplantes de las piezas, una a una, montándolas después hasta conseguir acceder a la memoria y extraer la información. Aunque, más que protegida, estaba bloqueada».

Trasplantes. Lola es una «analista forense informática» y utiliza terminología médica, aunque no maneja órganos sino piezas. «A veces nos llegan dispositivos de otros cuerpos de la seguridad del Estado, y cada vez que conseguimos la información hay celebración. Se hace mucho análisis forense».

¿Qué es un análisis forense? «Lo mejor es explicarlo con un ejemplo. Tomamos un dispositivo móvil, un teléfono, aunque podría ser también un portátil, o una *tablet*. Lo que vemos en un móvil es una pequeña parte de lo que guarda. Aunque se borre todo, quedan dentro llamadas, mensajes, localizaciones, aplicaciones..., la vida del propietario del móvil está ahí dentro. Un forense coge un dispositivo electrónico, copia las partes donde se encuentra la información almacenada, una a

una, y accede a los datos precisos para posteriormente analizarlos y poder presentar los resultados. Siempre, hay que insistir en ello, amparados por la ley, con el visto bueno del magistrado. A ese método de trabajo, de copiar cada una de las partes que contienen información y tratarla adecuadamente hasta poder presentar resultados que sean válidos, lo llamamos análisis forense, porque trabajamos con un dispositivo “muerto”. Aprendemos metodología nueva constantemente, también de colegas extranjeros, además de recibir formación especializada en el propio Centro y en empresas de fuera. Acudimos a muchas reuniones para intercambiar información. No sobre un caso concreto, sino para cambiar impresiones sobre cuestiones técnicas generales. Los resultados de nuestro trabajo se vuelcan a través de un sistema seguro que pueden ver los analistas de inteligencia».

¿Casos más complicados? «El que más puede impactar, o impresionar, está relacionado con un secuestro. Nosotros teníamos que detectar si un vídeo era falso o no, si se podía ver algo más allá de lo que cualquiera podía ver en ese vídeo. Nos ha llegado algún tipo de caso de este ámbito. Otro tipo de casos difíciles de tratar son los relacionados con pornografía infantil. O las torturas, o las decapitaciones yihadistas... Y a veces tenemos que verlo, para decir qué hay ahí, qué información se puede sacar de esas imágenes atroces. De las operaciones que me siento más orgullosa es de aquellas en las que conseguimos localizar a quienes cometen esas barbaridades. Nos sentimos satisfechos cuando vemos que nuestro trabajo sirve. Sobre todo, cuando hay gente que corre peligro».

Lola confiesa que es imposible no sentirse impactada, conmocionada, conmovida, ante esos vídeos de imágenes atroces, que estaba obligada no solo a ver sino a analizar minuciosamente, incluso con los detalles más crudos. Confiesa también que es imposible tratar de mirarlos con cierto distanciamiento, se superponen los sentimientos, la sensibilidad, sobre todo cuando las víctimas son menores, como ocurre con los vídeos de pederastia. Lola prefiere no hacer excesivos comentarios sobre esa parte tan dura de su trabajo. Duele.

Como ocurre con otros miembros del CNI que investigan en distintos campos y entregan el resultado de su trabajo a quienes lo han solicitado, a Lola no se le informa de si esas investigaciones, las de su equipo, han servido para localizar a algún secuestrado o detener a algún delincuente extremadamente peligroso, pero confiesa que «en algunos casos lo sé por compañeros que trabajan en esos casos y que te comentan que nuestras investigaciones han sido fundamentales. Pero no siempre te enteras».

Recuerda un caso en el que un fallo técnico estuvo a punto de abortar una operación importante: «Fue una de las crisis más graves que viví, porque estábamos buscando algo en un sitio a través señales... y se atascó el sistema. La información no se procesaba a la velocidad habitual. Estuvimos un fin de semana entero tratando de arreglar el fallo, un fin de semana aquí metidos, sin saber exactamente en qué consistía el caso, cuál era el objetivo; lo que sí sabíamos es que el éxito de ese caso dependía de que arregláramos el problema. Lo conseguimos. Por cierto, el equipo lo formábamos tres mujeres, para que luego digan que por el trabajo no sacrificamos un fin de semana en familia. Lo único que sabía era lo que me dijo una de las responsables que estábamos allí: “Lola, la defensa del país está en tu mano”. Fue una operación muy importante, lo supimos después. Creo que sé de qué se trataba, pero nunca tienes la certeza, no tienen por qué informarnos. Lo que se nos pide es que hagamos lo que tenemos que hacer».

Por su trabajo ha tenido posibilidad de analizar el índice de moralidad de personajes que han cometido barbaridades. Terroristas, mafiosos, miembros de bandas organizadas, y tiene claras algunas diferencias: «Los terroristas yihadistas no tienen límite y encima no tienen miedo a morir, y esa es una diferencia muy grande respecto a otros terroristas y otra clase de delincuentes. Además, sus objetivos suelen ser grandes».

Snowden acusó a las agencias de seguridad de Estados Unidos de grabar toda clase de conversaciones en los despachos de los dignatarios más poderosos del mundo, pero también dijo que todas las conversaciones intercontinentales eran grabadas y que, cuando saltaban determinadas palabras, automáticamente se escuchaban esas conversaciones. Lola, como su compañera Luisa, niega que esto último se produzca: «No hay capacidad para investigar a todo el mundo, es imposible. Respecto a las grabaciones de personajes políticos que denunció Snowden, no sé si las hicieron las agencias americanas o no, esta información se basa en documentos filtrados por Edward Snowden. Pero aquí, desde luego, todo se hace dentro de la legalidad. Todo».

21. *ALLAHU AKBAR*

SON las dos palabras con las que los musulmanes inician sus oraciones cinco veces al día, las dos palabras con las que el muecín convoca a sus fieles desde los minaretes, las dos palabras que los musulmanes pronuncian constantemente, por su sentido religioso pero también porque es una exclamación con la que se expresa sorpresa, se ahuyenta el miedo, se saluda al familiar o al amigo. Sin embargo, *Allahu Akbar*, Alá es el más grande, se convirtió en el grito de guerra del yihadismo radical, que ha aterrorizado las primeras décadas del siglo **XXI** tanto en Occidente como en los países árabes cuyos gobernantes no apoyaban al DAESH.

Allahu Akbar eran las últimas palabras que pronunciaban los terroristas antes de pulsar el detonador que les convertía en mortíferas bombas humanas, las últimas palabras que gritaban al empotrar un camión contra una muchedumbre, o cuando apuñalaban a un transeúnte o entraban en un local disparando de forma indiscriminada con las armas que llevaban en la mano. *Allahu Akbar*, para muchos musulmanes, dejó de ser una llamada de oración para convertirse en el grito de aliento previo a cometer un asesinato.

En España, el CNI ha sido puntero en la lucha contra el yihadismo, con una perfecta coordinación con los servicios de otros países que reconocían sin complejos que la experiencia de los españoles en la lucha contra el terrorismo de ETA les permitía ir por delante del trabajo de investigación de las fuerzas de seguridad de países del entorno que destacaban por su profesionalidad, pero sin apenas experiencia en cómo desarticular grupos ideologizados hasta límites inimaginables en otro tipo de delincuentes. Terroristas que se creían señalados para cumplir una misión superior, salvar a un pueblo, salvaguardar sus creencias o crear un territorio independiente.

En el CNI, al igual que en la Policía y en la Guardia Civil, sonaron las alertas cuando se produjeron los atentados del 11 de septiembre del 2001 en Nueva York y Washington, alertas que obligaron a potenciar los departamentos dedicados al terrorismo internacional; tras el atentado del

11-M del 2004 en Atocha, se hizo aún más necesario dedicar todos los medios posibles, y más, a la localización de comandos terroristas, así como a la detección y prevención de posibles atentados.

La búsqueda de un Estado Islamista propio ganando terreno a Siria e Irak a través de acciones bélicas y terroristas provocó temor generalizado, terror, inseguridad y una alarma social de imprevistas consecuencias ante la constatación de que hijos y nietos de inmigrantes árabes que se consideraban ciudadanos perfectamente integrados en el país en el que habían nacido o llegado de niños, y que les había dado la nacionalidad, sin embargo no dudaron en convertirse en yihadistas radicalizados dispuestos a obedecer cualquier orden que les llegara por muy brutal que fuera, y que incluían inmolarsse convertidos en bombas que ellos mismos activarían, o sus compañeros, en el momento en el que pudieran hacer mayor destrozo en víctimas. Por no hablar de que inundaron el mundo con vídeos sobre las «ejecuciones» a quienes no formaban parte de su mundo, con espantosas torturas y escenas que helaban la sangre, algunas de ellas con víctimas bien conocidas en países occidentales donde ejercían como empresarios y periodistas, que tuvieron la mala fortuna de cruzarse con implacables yihadistas en su camino.

Varios periodistas españoles fueron secuestrados en Siria y la angustia se prolongó durante meses hasta que fueron liberados todos y cada uno de ellos. Siempre se corrió un tupido velo sobre las circunstancias que rodearon a su localización y posterior liberación, pero era un secreto a voces que el CNI era el organismo encargado de conseguirlo. Se pagaron rescates aunque siempre se ha negado, pero nadie duda de que, efectivamente, al Estado español no le tembló la mano para poner todos los medios a su alcance para impedir que fueran periodistas españoles los que protagonizaran los vídeos con los que los yihadistas querían demostrar hasta qué punto superaban los límites de la crueldad. Jamás nadie reconocerá esos pagos, pero jamás nadie los criticará si algún día se confirma que hubo rescates. Un asunto sobre el que es mejor no indagar, porque solo se encontrarán respuestas negativas y rostros que fingen asombro ante el simple hecho de que se mencione esa posibilidad.

A mediados del 2016, el CNI, como otros cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, lograron del Gobierno la ayuda económica necesaria para ampliar los fondos dedicados a la lucha contra el yihadismo. En medios y en personal. El CNI sumó a su plantilla a quinientas personas, hombres y mujeres, a los que se formó específicamente para ese destino que necesitaba de unos conocimientos, tácticas y estratégicas muy distintas a las utilizadas hasta el momento en otras secciones.

Parte de esos nuevos miembros procedían de otros departamentos, algunos de ellos ya tenían experiencia en el terrorismo etarra, otros procedían de operaciones o de la contrainteligencia o de secciones muy especializadas en las nuevas tecnologías. Era obligado este apartado tecnológico y de especialización en todo lo relacionado con el mundo de la informática: la captación de nuevos miembros para el DAESH se producía fundamentalmente a través de internet. Redes sociales convencionales, pero sobre todo miles de páginas que los yihadistas ponían en circulación y que abrían con la misma rapidez con que las clausuraban para abrir otras.

En algunos momentos llegó a haber más de veinte mil páginas controladas por el DAESH y afines, perfectamente clasificadas para que unas estuvieran diseñadas para captar la atención de posibles miembros, otras para contactarlos, y páginas también para que especialistas en psicología fueran

poniendo en marcha su experiencia. El objetivo era identificar a jóvenes con inseguridades personales que podían ser una presa fácil si se les hacía ver que podían jugar un papel importante en su comunidad; también eran presa fácil los que estaban deseando convertir su vida en una aventura tras años de ocio, paro y desasosiego.

Al DAESH nunca le faltaron expertos en nada, desde psiquiatras hasta actores que cumplían el papel que fuera preciso para ganarse la confianza de aquellas personas susceptibles de sumarse al «ejército» yihadista. Hombres y mujeres, porque si se necesitaban hombres para empuñar las armas, esos hombres se envalentonaban con mujeres a su lado. Como esclavas sexuales, sirvientas o procreadoras de futuros combatientes.

El DAESH contaba, como es lógico, con los instructores necesarios en toda clase de formación militar, que generalmente se impartía en Siria y en Pakistán. Otros estaban encargados de redactar manuales para que cualquier persona deseosa de participar en la «lucha contra Occidente» o «lucha contra el infiel» pudiera aprender en internet, sin necesidad de desplazarse a la zona ocupada por el DAESH, cómo convertirse en lo que se llamó «lobos solitarios», musulmanes a los que poco a poco se les convence de que tienen una misión religiosa y política que cumplir, que los que no comparten su religión e ideario son sus enemigos, y que se trata de un enemigo a abatir. Si lo consigue, recibirá el premio destinado a quienes arriesgan su vida, o la pierden, ensalzando el nombre de Alá.

Para esos personajes que no se incorporaban a las filas del yihadismo físicamente, sino espiritual e ideológicamente, el DAESH distribuía a través de sus miles de páginas en la red manuales sobre cómo fabricar explosivos, de qué manera actuar para no ser detectados, cómo moverse sin asumir riesgos, sin levantar sospechas y también se les instruye sobre cómo cometer atentados con los medios a su alcance. Es así como comienzan los primeros atentados con atropellos, que provocan una inseguridad generalizada y un estado de miedo que entusiasma a los yihadistas, que se sienten héroes ante el temor de aquellos a los que pretenden eliminar del mapa y dan ideas a los que asumen que el DAESH es la salvación del mundo musulmán y quieren contribuir al éxito en la medida de sus posibilidades. Se suceden los atropellos masivos o individuales y los acuchillamientos callejeros indiscriminados. Y siempre a través de la red se les transmiten nuevas fórmulas letales.

Alguna de ellas provoca enorme preocupación en los servicios: se les enseña cómo, en apenas diez segundos, pueden dar un corte mortal en un lugar muy concreto del cuello a un transeúnte con el que se cruzan, que cae desplomado en el suelo. Nadie se ha dado cuenta de nada, excepto de que un hombre o una mujer han caído, y se apresuran a prestarle ayuda... mientras el asesino abandona tranquilamente la escena del crimen sin que nadie repare en él.

El CNI extendió sus tentáculos por las zonas españolas susceptibles de ser nido de terroristas o de futuros terroristas, por la importante implantación musulmana. Cataluña y la costa de Levante fundamentalmente, donde se desarticulaban importantes focos yihadistas, aunque no se consiguieron detectar, ni por tanto impedir, los brutales atentados que se produjeron en Barcelona y Cambrils el verano de 2017, con dieciséis muertos. Víctimas de lo que se llamó el «comando Ripoll», donde se refugiaba la célula terrorista que preparaba los atentados mortales.

Además de estas dos zonas prioritarias en la península junto con Madrid, el CNI centró su trabajo

en Ceuta y Melilla, sobre todo en sus barrios musulmanes, algunos de ellos absolutamente vedados para quienes no son árabes. También se ha trabajado con intensidad y se sigue trabajando, en coordinación con Marruecos, con las poblaciones cercanas a las plazas españolas. Nador, muy cerca de Melilla; Tetuán, por la relevancia de esa ciudad en la que fue tan importante la presencia española, y sobre todo Castillejos, una ciudad de setenta y cinco mil habitantes a solo dos kilómetros de la frontera con Ceuta. En Castillejos han sido numerosos los ciudadanos locales captados por el DAESH. En varios casos habían regresado tras recibir instrucción militar en Siria, y más que cometer atentados en Marruecos tenían la orden de «trabajar» en Ceuta para sumar nuevos miembros al yihadismo.

El CNI logró incrustarse en esos círculos y desarticular importantes operaciones, pero, como ocurre con todos los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, de cualquier Estado democrático, la eficacia del trabajo consiste, entre otras cosas, en no contar nunca los éxitos conseguidos. Pero los ha habido, aunque no existen datos concretos. Un mecanismo de seguridad: hay que dar prioridad a que no se produzcan sospechas sobre posibles infiltrados. Como ocurre con los servicios y las policías de todo el mundo, los triunfos no se publicitan y solo se conocen los fracasos. Si se producen. Que siempre hay alguno, sobre todo cuando se trabaja en un ambiente tan hostil, tan fanatizado y en el que la religión se convierte en una ola expansionista que es difícil controlar porque sus dimensiones son inconmensurables. No se sabe en qué momento exacto la espiritualidad se convierte en un instrumento utilizado para aniquilar físicamente al que se considera adversario.

El CNI no solo logró tener información de los yihadistas en las plazas españolas del norte de África y en las ciudades marroquíes más cercanas, sino también en la vasta zona del Sahel, donde actuaban Al Qaeda en el Magreb y bandas de facinerosos que durante un tiempo largo se dedicaron al secuestro de occidentales con los que negociaban importantes rescates. Asimismo, el CNI ha trabajado de forma exhaustiva en Pakistán, Siria, Afganistán e Irak. En este último país es donde se vivió la tragedia más dolorosa de los servicios de inteligencia, varias veces mencionada en este libro.

Como ocurre con todos los organismos e instituciones que trabajan para garantizar la seguridad de los ciudadanos, los fracasos se conocen siempre, pero pocas veces los éxitos porque la seguridad necesita de un pilar básico: la discreción.

Una operación que nunca fue contada por el CNI se desarrolló en Irak en los tiempos más graves de la actuación casi genocida del ejército islamista, que eliminaba a cualquiera que no fuera de su misma religión pero también a los musulmanes que no compartieran sus principios religiosos. Y cuyo principal objetivo se centraba en la lucha contra Estados Unidos y los militares que se encontraban en territorio iraquí.

La operación no contada en Irak tuvo una relevancia excepcional: los servicios españoles descubrieron que un lugar «marcado» por los satélites americanos como posible cuartel general del DAESH, que operaba en una zona muy conflictiva, lugar en el que se producían movimientos de *pickups* con uniformados y banderas yihadistas..., era una guardería infantil. Aquellos movimientos estaban perfectamente orquestados para engañar a los estadounidenses y que el supuesto cuartel fuera bombardeado..., lo que habría provocado una masacre de niños y una auténtica conmoción internacional, además de un motivo sólido para que se incrementaran las

adhesiones al ejército del DAESH.

Es evidente que para lograr acceder a esa información de la máxima relevancia había sido necesario contar con personas capaces de conseguirla arriesgando al límite, porque datos de ese tipo solo se conocen con fuentes de primera mano... o pisando directamente el terreno en el que se prepara la operación.

Hay mujeres que trabajan en esas condiciones. En los lugares donde el DAESH ha pretendido crear un Estado Islamista, que a punto estuvo de conseguirlo con sus conquistas de territorio a sangre y fuego, pero también han trabajado en zonas en las que operan los terroristas; y, por supuesto, en España, donde tan importante era y es detectar las células yihadistas y neutralizar las operaciones en marcha. Ha habido fracasos, Barcelona y Cambrils los más importantes, pero también éxitos indudables que no se publicitan, pero que suponen haber impedido que otros planes terroristas se hubieran materializado.

Bea es experta en terrorismo yihadista. Estudió Políticas y se especializó en relaciones internacionales, donde empezó a interesarse por el mundo árabe y el islam. Estudió el islamismo tanto en su vertiente religiosa como política. Se matriculó en la Escuela Diplomática y se apuntó a cursos en distintos centros especializados en el mundo árabe, interesándose también por las cuestiones de seguridad.

Fueron todos ellos estudios muy exigentes en los que además aprendió la lengua árabe para tener oportunidad de acceder a personas y a documentación de forma directa.

Trabaja en análisis pero también en operaciones, es una todoterreno que sorprende por su aparente fragilidad física, pero que sin embargo ocupa un puesto en el que el peligro forma parte de su vida, aunque no lo reconoce; se considera una mujer con un trabajo apasionante en un mundo que siempre le provocó el máximo interés y que conoce muy bien.

Como analista está muy centrada en investigar los procesos de radicalización en personas que los terroristas se han marcado como objetivo para ser captadas. Bea estudia los distintos pasos de su comportamiento hasta que, en un momento determinado, «salta el clic» que determina que esa persona puede convertirse en un terrorista. Es experta en detectar cuándo una persona religiosa se va convirtiendo de forma gradual en alguien violento que, en un momento concreto, da el salto para actuar en una acción terrorista e incluso inmolarse en esa acción para garantizar su objetivo, cooperar en la creación del califato. «La primera vez que viví el proceso de cómo alguien a quien estaba analizando se convirtió en terrorista fue impresionante».

Antes había trabajado analizando todo lo relacionado con Al Qaeda, en cuya órbita se situaban «personajes identificables si se tenía cierta experiencia en la materia. Encontrábamos señales, pistas, que obligaban a estar atentos: iban a las mezquitas asiduamente, no fumaban, su vestimenta era muy particular, no se afeitaban... Pero de pronto, con el DAESH detectamos que a través de las redes sociales se captaban jóvenes, gente muy preparada, que fumaba y bebía alcohol, acudía a discotecas, iban con prostitutas, traficaban con droga y la consumían... Cambió el objetivo de captación y nosotros tuvimos que adaptarnos a las nuevas circunstancias. Hubo mujeres que se marcharon a Siria, al DAESH, para seguir a sus maridos, pero también las hubo que simplemente se fueron porque querían vivir en el califato. Para nosotros fue como empezar a trabajar con

distintos esquemas y teniendo en cuenta que los terroristas buscan otro modelo de personas a las que captar».

Bea forma parte de una institución en la que distintos equipos trabajan en un mismo objetivo. «Yo recibo mucha información, nombres, imágenes, alertas sobre personas que aparentemente están siendo objeto de captación... Analizo todo lo que tengo y valoro el perfil: si la persona marcada está en proceso de radicalización y cuál es el nivel de ese proceso, si se encuentra muy avanzado o si está a punto de dar el paso y dispuesto a una acción terrorista. En algunas ocasiones y en determinadas circunstancias, vemos si existe alguna posibilidad de que trabaje para el CNI, que se convierta en una fuente puesto que ya está dentro y, por su situación, puede tener acceso a información importante. Ocurre a veces. En otras es imposible y entonces, en coordinación con la Policía y Guardia Civil, se prepara el dispositivo para proceder a su detención».

Además de neutralizar posibles grupos terroristas, Bea dedica mucho tiempo precisamente a la captación de fuentes, pues son elemento básico para la lucha contraterrorista. Viaja mucho para entrevistarse con compañeros y con colaboradores que se han conseguido captar y que, como ocurre en esas situaciones, apenas confían en nadie más que en aquella persona que les ha captado. No obstante, la mayor parte de las operaciones se dirigen desde Madrid, desde la sede del CNI.

Las fuentes suelen ser individuos radicales que aún no se han convertido en terroristas, o bien reclutadores que en un momento determinado, y con resortes de convicción bien utilizados, deciden colaborar con quienes tratan de desarticular las redes yihadistas. Es importante el trabajo que se hace en Ceuta y Melilla, dos ciudades en las que ser mujer ha sido un elemento fundamental para conseguir información. De todos modos, ha tenido que moverse con mucho cuidado, ante las ofertas espontáneas de colaboración, porque en ocasiones no son desinteresadas, sino que, por el contrario, pueden ser una trampa. «El proceso de buscar fuentes es minucioso, muy elaborado, porque se corren muchos riesgos si no se hace bien. Lleva su tiempo. En ocasiones, ser mujer es un plus, generamos más confianza, tanto en hombres como en mujeres, es como si les costara vernos como enemigos. Y mucho menos imaginan que trabajamos en un servicio de inteligencia. Por otra parte, en el mundo musulmán hay mujeres que se niegan a hablar con hombres, por una cuestión religiosa.

»Primero buscamos el hombre que nos interesa, por su situación, por dónde y cómo vive. Estudiamos su perfil y buscamos la forma de abordarle, con todo estudiado para que sea posible el acercamiento. A veces, desde el inicio, ya adviertes que no quiere colaborar. Si lo hace, en ocasiones influye el hecho de que sea una mujer la que se le acerque, le inspira más seguridad que un hombre. Hay un elemento importante a tener en cuenta: si notas que la colaboración se debe a que tiene un interés determinado, hay que dejarlo. Es fundamental que crea en lo que hace. Por ejemplo, que tenga el convencimiento de que, si ayuda, puede impedir que se produzcan crímenes o que los yihadistas capturen jóvenes que quedarán atrapados para el terrorismo».

Confiesa que no ha sentido miedo, «pero hay que tener respeto al peligro y actuar con prudencia, porque estamos hablando de gente de Al Qaeda o del DAESH. En algunas operaciones se asumen riesgos, por ejemplo, en los secuestros de periodistas en Siria, o al seguir a personas que se habían desplazado a Siria para unirse al DAESH. Cualquier error puede ser fatal, tanto para los secuestrados como para los que tratan de localizarlos y que sean liberados. En ese tipo de casos

se activa todo el Centro, se activan todas las alarmas y se apuntan todos los que pueden aportar algo. Lo primero es detectar dónde pueden estar y quiénes pueden tenerlos, para obtener información sobre los captores y sobre su grupo. Siempre se trabaja con mucha incertidumbre, nunca sabes a ciencia cierta, aunque lo tengas todo muy planificado, si es el buen camino».

¿Cuál es el papel de las mujeres en la lucha contra el terrorismo yihadista? «Igual al de un hombre, tomamos las mismas precauciones, porque con la seguridad no se juega. El trabajo que hay que hacer se encarga al que sabe hacerlo. Si la investigación de una célula la estoy haciendo yo, soy yo la que va cuando hay que dar algún paso. Da igual ser hombre o mujer. Trabajamos exactamente igual. Se dice que los musulmanes no valoran a las mujeres, pero no me he encontrado a ninguno que no quiera hablar conmigo por el hecho de ser mujer».

¿Colaboran mujeres musulmanas para acabar con el terrorismo? «Hay mujeres que trabajan en las zonas en las que se mueven los yihadistas, me refiero a España, y tratan de reclutar gente para que trabaje con nosotros, que nos pase información. Una de las reclutadas consiguió infiltrarse entre ellos y pudimos desarticular una célula importante. Las mujeres musulmanas se sienten más cómodas hablando con mujeres, en muchos casos incluso se les prohíbe hablar con hombres ajenos a su familia más directa. Con mujeres sí, aunque no sean árabes. Me presenté en una ocasión como una conversa, porque con mi aspecto nunca podría haber pasado por una árabe. Pero me gané la confianza de una mujer y con el tiempo me pasó buena información. Sin embargo, no siempre aciertas. Por ejemplo, una vez pensé que una mujer determinada podía convertirse en una buena fuente, había puesto grandes esperanzas en ese contacto... y nada. Porque, en contra de lo que yo pensaba, no tenía información, me estaba vendiendo una moto. También ocurre lo contrario, personas muy radicales que te llaman *tagut* o *kafir* (infiel) y que no obstante te pasan una información muy valiosa».

«Es fundamental, cuando estableces relación con musulmanes, demostrarles respeto. Que no se sientan juzgados por su religión o por su forma de vida, por eso les transmitimos que no somos quiénes para juzgarles. Lo que sí intentamos hacerles ver es que la violencia no está justificada y el terrorismo menos. Cuando se dan cuenta de que les tratas bien, que les puedes echar una mano, pues aparece la confianza. No es un proceso de un día ni de dos, sino que es muy largo».

¿La técnica es parecida a la que utilizan los yihadistas para captar nuevos elementos para su califato? «Son muy buenos captadores, muy buenos. Saben perfectamente cómo abordar a sus objetivos, conocen las técnicas, de qué forma les pueden atraer. Más que insistir en las cuestiones religiosas les presentan el yihadismo como una cuestión identitaria, hacen que se sientan importantes. Que un obrero de Castillejos —ciudad marroquí próxima a Ceuta— se convierta en un yihadista y su familia vea su imagen en televisión con todos los atributos militares, guerreros, le convierte en un héroe».

Explica Bea que «son importantes los imanes. Hablamos con ellos, les pedimos que transmitan mensajes tranquilizadores a sus fieles, que les inculquen el rechazo de la violencia, porque no es lo que defiende su religión. A veces conseguimos también que mantengan cierto control sobre sus fieles y nos indiquen si advierten que alguien se está desviando hacia un camino peligroso. Pero todo eso obliga a manejar los tiempos con paciencia, sin precipitaciones; porque solo así, con tiempo, insistencia y respeto se consigue la colaboración de personas que, en un principio, por muchas razones, se resisten a ayudar».

Epílogo en primera persona

ME ha impresionado la naturalidad con la que las personas entrevistadas —la mayoría mujeres— explican su trabajo. Ni un asomo de apuntarse méritos, de ponerse medallas, de transmitir la idea de que por la peligrosidad, el secretismo y su irregular tipo de vida deben ser consideradas miembros de un mundo especial, héroes o heroínas. Todo lo contrario, han puesto el acento permanentemente en que realizan un trabajo que tiene sus peculiaridades, pero que también existen otras profesiones que obligan a llevar una vida en la que se debe asumir que no hay agenda y en cada momento puede surgir una situación de emergencia.

Me ha impresionado no haber encontrado una sola crítica a un compañero o a un superior, aunque una de las personas entrevistadas hizo un leve gesto de asentimiento cuando esta periodista hizo una crítica demoledora al coronel Perote. Me ha impresionado también la ausencia de personalismos en sus declaraciones, apenas he escuchado las palabras «yo» y «mí», y sí las palabras «equipo», el «servicio», el «área», el «grupo», los «compañeros», el «Centro», la «dirección», incluso varios se han referido a la gran familia del CESID o del CNI. Por cierto, ni una sola vez se han referido a «La Casa», a pesar de que es una terminología utilizada habitualmente en los medios de comunicación. Tampoco «antena», que es como también los medios de comunicación designan al agente del CNI destinado en un país extranjero. Les llaman la persona acreditada, el compañero acreditado.

Solo en un caso la mujer que tenía delante me dio a entender que no se llamaba como yo la llamaba. Como sé que nada es casual en un miembro del CNI, no cabe la equivocación ni el error, su memoria es absoluta y jamás olvidan un dato, me quedé con la sensación de que me estaba poniendo a prueba, pero no sé de qué ni para qué. Eso sí, he sabido siempre que los nombres con los que se identificaban no eran los suyos, excepto en los casos de las secretarías generales entrevistadas, cuyos nombramientos se publican en el BOE y salvo en el caso de Vilanova sus rostros son conocidos porque han aparecido en algunos actos públicos. También Vilanova, pero nadie sabía quién era.

Tras varias semanas de hablar con hombres y mujeres del CNI, me sentí segura de que había razones sólidas para confiar en la solvencia de los servicios de inteligencia españoles. No soy ingenua, es seguro que en alguna ocasión se han movido al margen de la ley, pero el hecho de que dos magistrados estén adscritos al servicio y todos, absolutamente todos los miembros del CNI incluido el personal administrativo, tengan asumido que no pueden dar un paso sin que previamente uno de esos dos magistrados les autorice por escrito, es una garantía de que hoy es muy difícil que se puedan cometer ilegalidades, pues en caso de que ocurriera el peso de la ley caería de forma implacable sobre el infractor.

Me ha impresionado la unanimidad con la que las mujeres más antiguas comentaban que, una vez superado el curso de ingreso, encontraron reticencias en los militares que llevaban años en el CESID, provocadas por una cultura distinta y por el rechazo a tener como jefas a personas sin un grado militar superior. Pero me impresionó todavía más que lo confesara algún militar que aún trabaja en el CNI, y que admite abiertamente que le costó tiempo habituarse y que esa experiencia le ha servido para aprender que la mujer, y no solo en el campo de la inteligencia, está tan preparada como el hombre para asumir cualquier responsabilidad.

Me ha hecho pensar que somos multitud las mujeres que nos sentimos superiores ante un pequeño triunfo, un premio o un reconocimiento público a nuestro trabajo, mientras otras arriesgan su vida incrustadas en un grupo terrorista, ganándose la confianza de un mafioso, o haciéndose pasar por narcotraficante para llegar hasta la cúpula de un cártel, sin el menor gesto de vanidad o de presumir. En la mayoría de los casos narrados en este libro son los compañeros, o los jefes, los que cuentan los casos más arriesgados, ellas prefieren callarlos.

Y me ha sorprendido, finalmente y para bien, que todos sin excepción, ellas y ellos, hayan expresado con tanta claridad el orgullo de servir a su país, a su patria, la satisfacción de saber que trabajaban por una España más segura.

En estos tiempos en los que la palabra «patria» está tan devaluada —cuando paradójicamente cada vez se valora más en los países inequívocamente democráticos—, reconforta que haya un lugar, una institución, un organismo, en donde el concepto de patria es lo que mueve a cada uno de sus miembros.

Anexo

Ley reguladora del Centro Nacional de Inteligencia

JUAN CARLOS I

REY DE ESPAÑA

A todos los que la presente vieren y entendieren.

Sabed: que las Cortes Generales han aprobado y yo vengo en sancionar la siguiente ley.

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

La sociedad española demanda unos servicios de inteligencia eficaces, especializados y modernos, capaces de afrontar los nuevos retos del actual escenario nacional e internacional, regidos por los principios de control y pleno sometimiento al ordenamiento jurídico.

La actual regulación del Centro Superior de Información de la Defensa está contenida en una pluralidad de disposiciones, ninguna de ellas de rango legal, que han supuesto un esfuerzo de adecuación de sus estructuras y funcionamiento a los nuevos requerimientos de la sociedad y del Estado. Sin embargo, carecen de una regulación unitaria y sistemática y con el rango legal apropiado a la luz de la Constitución.

Solo el estatuto de su personal fue diseñado por una norma con rango de ley formal y desarrollado reglamentariamente.

Esta situación hace necesario abordar una nueva regulación de los servicios de inteligencia mediante una norma con rango de ley, en la que se recojan de una forma unitaria y sistemática la naturaleza, objetivos, principios, funciones, aspectos sustanciales de su organización y régimen jurídico administrativo, así como los controles parlamentario y judicial, constituyendo estos la esencia de su funcionamiento eficaz y transparente.

Esta ley, inspirándose en el modelo de los países de nuestro entorno político y cultural, pretende, por tanto, dotar a los servicios de inteligencia de los instrumentos precisos para que puedan cumplir los objetivos que les asignen las disposiciones legales y reglamentarias.

Se crea el Centro Nacional de Inteligencia que sustituye al Centro Superior de Información de la Defensa y, dada la naturaleza y misiones que tendrá encomendadas, se configura como organismo público especial de los previstos en la disposición adicional décima de la Ley 6/1997, de 14 de abril, de Organización y Funcionamiento de la Administración General del Estado.

De esta forma, contará con la necesaria autonomía funcional para el cumplimiento de sus misiones, por lo que tendrá un régimen específico presupuestario, de contratación y de personal.

Respecto de este último, esta ley contiene la habilitación necesaria para que el Gobierno pueda aprobar un estatuto, único y uniforme, para todo el personal que preste servicios en el Centro Nacional de Inteligencia, ya que, en caso contrario, dicho personal se regirá por legislaciones distintas dependiendo de su condición y relación con la Administración.

La principal misión del Centro Nacional de Inteligencia será la de proporcionar al Gobierno la información e inteligencia necesarias para prevenir y evitar cualquier riesgo o amenaza que afecte a la independencia e integridad de España, los intereses nacionales y la estabilidad del Estado de derecho y sus instituciones.

El centro continuará adscrito al Ministerio de Defensa.

Esta adscripción adquiere un nuevo sentido a la luz de los nuevos retos que para los servicios de inteligencia se derivan de los llamados riesgos emergentes, que esta ley afronta al definir las funciones del centro. Sus objetivos, definidos por el Gobierno, serán aprobados anualmente por el Consejo de Ministros y se plasmarán en la Directiva de Inteligencia.

El Centro Nacional de Inteligencia funcionará bajo el principio de coordinación con los demás servicios de información del Estado español. A estos efectos, se crea la Comisión Delegada del Gobierno para Asuntos de Inteligencia, presidida por el vicepresidente del Gobierno que designe su presidente e integrada por el ministro de Asuntos Exteriores, el ministro de Defensa, el ministro del Interior, el ministro de Economía, el secretario general de la Presidencia, el secretario de Estado de Seguridad y el secretario de Estado director del Centro Nacional de Inteligencia.

Por primera vez, una ley contempla de forma específica el principio del control parlamentario de las actividades del Centro Nacional de Inteligencia. Esta ley, dentro del respeto a la autonomía parlamentaria, prevé que sea la comisión que controla los créditos destinados a gastos reservados la que efectúe el control de las actividades del centro, conociendo los objetivos que hayan sido aprobados por el Gobierno y un informe anual sobre el grado de cumplimiento de los mismos y de sus actividades. De acuerdo con la normativa parlamentaria, los miembros de esta comisión son también los que conocen de los secretos oficiales.

El proyecto incluye aquellos aspectos de la regulación del Centro Nacional de Inteligencia que, conforme a la Constitución, no están reservados a ley orgánica. Es en la ley orgánica complementaria de la presente ley donde se aborda el control previo de las actividades del Centro Nacional de Inteligencia.

Ambas leyes deben ser interpretadas conjunta y sistemáticamente, ya que la adopción de las medidas que requieran autorización judicial previa deberá justificarse en el cumplimiento de las funciones que la presente ley asigna al Centro Nacional de Inteligencia.

CAPÍTULO I

Disposiciones generales

Artículo 1. El Centro Nacional de Inteligencia

El Centro Nacional de Inteligencia es el organismo público responsable de facilitar al presidente del Gobierno y al Gobierno de la nación las informaciones, análisis, estudios o propuestas que permitan prevenir y evitar cualquier peligro, amenaza o agresión contra la independencia o integridad territorial de España, los intereses nacionales y la estabilidad del Estado de derecho y sus instituciones.

1. El Centro Nacional de Inteligencia se regirá por el principio de sometimiento al ordenamiento jurídico y llevará a cabo sus actividades específicas en el marco de las habilitaciones expresamente establecidas en la presente ley y en la Ley Orgánica 2/2002, de 7 de mayo, reguladora del control judicial previo del Centro Nacional de Inteligencia.

2. Sin perjuicio de la protección de sus actividades, la actuación del Centro Nacional de Inteligencia será sometida a control parlamentario y judicial en los términos que esta ley y la ley orgánica reguladora del control judicial previo del Centro Nacional de Inteligencia determinan.

3. En el desarrollo de sus funciones, el Centro Nacional de Inteligencia actuará bajo los principios de eficacia, especialización y coordinación, de acuerdo con los objetivos de inteligencia definidos por el Gobierno.

Artículo 3. Programación de objetivos

El Gobierno determinará y aprobará anualmente los objetivos del Centro Nacional de Inteligencia mediante la Directiva de Inteligencia, que tendrá carácter secreto.

Artículo 4. Funciones del Centro Nacional de Inteligencia

Para el cumplimiento de sus objetivos, el Centro Nacional de Inteligencia llevará a cabo las siguientes funciones:

a) Obtener, evaluar e interpretar información y difundir la inteligencia necesaria para proteger y promover los intereses políticos, económicos, industriales, comerciales y estratégicos de España, pudiendo actuar dentro o fuera del territorio nacional.

b) Prevenir, detectar y posibilitar la neutralización de aquellas actividades de servicios extranjeros, grupos o personas que pongan en riesgo, amenacen o atenten contra el ordenamiento constitucional, los derechos y libertades de los ciudadanos españoles, la soberanía, integridad y seguridad del Estado, la estabilidad de sus instituciones, los intereses económicos nacionales y el bienestar de la población.

c) Promover las relaciones de cooperación y colaboración con servicios de inteligencia de otros países o de organismos internacionales, para el mejor cumplimiento de sus objetivos.

d) Obtener, evaluar e interpretar el tráfico de señales de carácter estratégico, para el cumplimiento de los objetivos de inteligencia señalados al centro.

e) Coordinar la acción de los diferentes organismos de la Administración que utilicen medios o procedimientos de cifra, garantizar la seguridad de las tecnologías de la información en ese ámbito, informar sobre la adquisición coordinada de material criptológico y formar al personal, propio o de otros servicios de la Administración, especialista en este campo para asegurar el adecuado cumplimiento de las misiones del centro.

f) Velar por el cumplimiento de la normativa relativa a la protección de la información clasificada.

g) Garantizar la seguridad y protección de sus propias instalaciones, información y medios materiales y personales.

Artículo 5. Actividades del Centro Nacional de Inteligencia

1. Las actividades del Centro Nacional de Inteligencia, así como su organización y estructura interna, medios y procedimientos, personal, instalaciones, bases y centros de datos, fuentes de información y las informaciones o datos que puedan conducir al conocimiento de las anteriores materias, constituyen información clasificada, con el grado de secreto, de acuerdo con lo dispuesto en la legislación reguladora de los secretos oficiales y en los acuerdos internacionales o, en su caso, con el mayor nivel de clasificación que se contemple en dicha legislación y en los mencionados acuerdos.

2. El Centro Nacional de Inteligencia mantendrá con el resto de las Administraciones públicas, cuando proceda, las relaciones de cooperación y coordinación necesarias para el mejor cumplimiento de sus misiones, de acuerdo con la legislación vigente en cada caso y preservando la protección legal de las actividades del centro.

3. El Centro Nacional de Inteligencia podrá disponer y usar de medios y actividades bajo cobertura, pudiendo recabar de las autoridades legalmente encargadas de su expedición las identidades, matrículas y permisos reservados que resulten precisos y adecuados a las necesidades de sus misiones.

Asimismo, sus miembros dispondrán de documentación que les acredite, en caso de necesidad, como miembros del centro, sin que ello exonere a la persona o entidad ante la que se produzca la acreditación de la obligación de guardar secreto sobre la identidad de dicho personal. Las autoridades competentes ante las que comparezcan miembros del Centro Nacional de Inteligencia, por motivos relacionados con actividades del servicio, adoptarán las medidas necesarias para asegurar la protección de los datos personales, identidad y apariencia de aquellos.

También dispondrán de licencia de armas, en función de las necesidades del servicio, de acuerdo con la normativa vigente.

4. Los miembros del Centro Nacional de Inteligencia no tendrán la consideración de agentes de la autoridad, con excepción de aquellos que desempeñen cometidos profesionales relacionados con la protección del personal del centro y de las instalaciones del mismo.

5. Para el cumplimiento de sus funciones, el Centro Nacional de Inteligencia podrá llevar a cabo investigaciones de seguridad sobre personas o entidades en la forma prevista en esta ley y en la ley orgánica reguladora del control judicial previo del Centro Nacional de Inteligencia. Para la realización de estas investigaciones podrá recabar de organismos e instituciones públicas y privadas la colaboración precisa.

CAPÍTULO II

De la organización y régimen jurídico

Artículo 6. Comisión Delegada del Gobierno para Asuntos de Inteligencia

1. La Comisión Delegada del Gobierno para Asuntos de Inteligencia velará por la adecuada coordinación de todos los servicios de información e inteligencia del Estado para la formación de una comunidad de inteligencia.

2. La comisión estará presidida por el vicepresidente del Gobierno que designe su presidente e integrada por los ministros de Asuntos Exteriores, Defensa, Interior y Economía, así como por el secretario general de la Presidencia, el secretario de Estado de Seguridad y el secretario de Estado director del Centro Nacional de Inteligencia, que actuará como secretario.

3. No obstante lo dispuesto en el apartado anterior, podrán ser convocados a las reuniones de la comisión los titulares de aquellos otros órganos superiores y directivos de la Administración General del Estado que se estime conveniente.

4. Corresponde a la Comisión Delegada:

a) Proponer al presidente del Gobierno los objetivos anuales del Centro Nacional de Inteligencia que han de integrar la Directiva de Inteligencia.

b) Realizar el seguimiento y evaluación del desarrollo de los objetivos del Centro Nacional de Inteligencia.

c) Velar por la coordinación del Centro Nacional de Inteligencia, de los servicios de información de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado y los órganos de la Administración civil y militar.

Artículo 7. Organización

1. El Centro Nacional de Inteligencia se adscribe orgánicamente al Ministerio de Defensa.

2. Su organización, régimen económico-presupuestario y de personal se desarrollará en régimen de autonomía funcional bajo la figura de organismo público con personalidad jurídica propia y plena capacidad de obrar.

3. El Centro Nacional de Inteligencia se estructura en una dirección, cuyo titular tendrá rango de secretario de Estado, una secretaría general y en las unidades que se determinen reglamentariamente.

Artículo 8. Régimen jurídico

1. El personal que preste servicios en el Centro Nacional de Inteligencia, cualquiera que sea su procedencia, estará sometido a un mismo y único estatuto de personal que será aprobado por el Gobierno y en el que, de acuerdo con las funciones y naturaleza propias del centro, se regularán, al menos, los siguientes extremos:

a) El proceso de selección del personal, que exigirá la superación de pruebas objetivas de acuerdo con los principios de mérito y capacidad.

b) El carácter temporal o permanente de la relación de servicios con el Centro Nacional de Inteligencia.

c) La estructura jerárquica del Centro Nacional de Inteligencia y las relaciones orgánicas y funcionales consiguientes.

d) Las medidas administrativas que garanticen la reserva sobre los aspectos de gestión de personal que afecten al funcionamiento del centro.

No obstante lo anterior, el centro podrá contratar otro personal con carácter laboral para atender sus necesidades de mantenimiento y funcionamiento no vinculadas con el ejercicio efectivo de las funciones que la presente ley le encomiende. Este personal podrá ser sometido a las medidas de seguridad y control que se estimen necesarias de las que se prevean con carácter general en el estatuto del personal del centro.

e) Los supuestos, las condiciones y los efectos en que el personal del centro pueda pasar a desempeñar puestos de trabajo en las Administraciones Públicas, con reincorporación o no a su cuerpo o escala de procedencia en los casos que así corresponda.

f) El régimen de derechos y deberes que conjugará el de la función pública y el del personal sujeto a disciplina militar.

2. El Centro Nacional de Inteligencia elaborará anualmente un anteproyecto de presupuesto y lo elevará al ministro de Defensa para remisión al Consejo de Ministros, que lo integrará en los Presupuestos Generales del Estado para su posterior remisión a las Cortes Generales.

3. El control de la gestión económico-financiera se efectuará con arreglo a lo dispuesto en la Ley General Presupuestaria para los organismos públicos previstos en la disposición adicional décima de la Ley 6/1997, de 14 de abril, de Organización y Funcionamiento de la Administración General del Estado. El Gobierno establecerá las peculiaridades necesarias que garanticen su autonomía e independencia funcional.

4. En su régimen patrimonial y de contratación podrá someterse al derecho privado.

5. Se autoriza al Centro Nacional de Inteligencia a disponer del 18 por cien del total de los créditos del capítulo destinado a gastos corrientes en bienes y servicios de su presupuesto de gastos vigente en cada momento, en concepto de anticipo de caja fija, al objeto de poder atender los gastos periódicos o repetitivos de material no inventariable, mantenimiento y conservación, tracto sucesivo, indemnizaciones por razón del servicio y otros de similares características.

6. Se autoriza al Centro Nacional de Inteligencia a disponer del 2,5 por ciento del total de los créditos del capítulo de inversiones reales de su presupuesto de gastos vigente en cada momento, en concepto de anticipo de caja fija para las adquisiciones de material y servicios complementarios en el exterior.

Artículo 9. Secretario de Estado director del Centro Nacional de Inteligencia

1. El secretario de Estado director del Centro Nacional de Inteligencia será nombrado por real decreto a propuesta del ministro de Defensa. El mandato será de cinco años, sin perjuicio de la facultad del Consejo de Ministros de proceder a su sustitución en cualquier momento.

2. Corresponde al secretario de Estado director del Centro Nacional de Inteligencia impulsar la actuación del centro y coordinar sus unidades para la consecución de los objetivos de inteligencia fijados por el Gobierno, asegurar la adecuación de las actividades del centro a dichos objetivos y ostentar la representación de aquel.

Asimismo, le corresponde:

a) Elaborar la propuesta de estructura orgánica del Centro Nacional de Inteligencia y nombrar y separar a los titulares de sus órganos directivos.

b) Aprobar el anteproyecto de presupuesto.

c) Mantener los procedimientos de relación necesarios para el desarrollo de las actividades específicas del Centro Nacional de Inteligencia, así como la celebración de los contratos y convenios con entidades públicas o privadas que sean precisos para el cumplimiento de sus fines.

d) Mantener y desarrollar, dentro del ámbito de su competencia, la colaboración con los servicios de información de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, y los órganos de la Administración civil y militar, relevantes para los objetivos de inteligencia.

e) Ejercer las facultades que otorgue la legislación vigente a los presidentes y directores de organismos públicos y las que les atribuyan las disposiciones de desarrollo.

f) Desempeñar las funciones de Autoridad Nacional de Inteligencia y Contrainteligencia y la dirección del Centro Criptológico

Nacional.

g) Realizar cuantas otras funciones le sean atribuidas legal o reglamentariamente.

Artículo 10. Secretario general del Centro Nacional de Inteligencia

1. El secretario general del Centro Nacional de Inteligencia, con rango de subsecretario, será nombrado por real decreto a propuesta del ministro de Defensa, entre personas de reconocida experiencia y competencia profesional en el ámbito de la inteligencia. Sustituirá al director en los casos de ausencia, vacante o enfermedad.

2. El secretario general del Centro Nacional de Inteligencia ejercerá las funciones que le otorgue el real decreto de estructura del centro, y, en particular, las siguientes:

a) Apoyar y asistir al director del Centro Nacional de Inteligencia en el ejercicio de sus funciones.

b) Establecer los mecanismos y sistemas de organización del centro y determinar las actuaciones precisas para su actualización y mejora.

c) Dirigir el funcionamiento de los servicios comunes del centro a través de las correspondientes instrucciones y órdenes de servicio.

d) Desempeñar la jefatura superior del personal del centro, elaborar la propuesta de relación de puestos de trabajo y determinar los puestos vacantes a proveer durante cada ejercicio.

e) Las demás que legal o reglamentariamente se le encomienden.

CAPÍTULO III

Del control

Artículo 11. Control parlamentario

1. El Centro Nacional de Inteligencia someterá al conocimiento del Congreso de los Diputados, en la forma prevista por su reglamento, a través de la comisión que controla los créditos destinados a gastos reservados, presidida por el presidente de la Cámara, la información apropiada sobre su funcionamiento y actividades. El contenido de dichas sesiones y sus deliberaciones será secreto.

2. La citada comisión del Congreso de los Diputados tendrá acceso al conocimiento de las materias clasificadas, con excepción de las relativas a las fuentes y medios del Centro Nacional de Inteligencia y a aquellas que procedan de servicios extranjeros u organizaciones internacionales en los términos establecidos en los correspondientes acuerdos y convenios de intercambio de la información clasificada.

3. Los miembros de la comisión correspondiente estarán obligados, en los términos del reglamento del Congreso de los Diputados, a guardar secreto sobre las informaciones y documentos que reciban. Una vez examinados los documentos, serán reintegrados al Centro Nacional de Inteligencia para su debida custodia, sin que se puedan retener originales, copias o reproducciones.

4. La comisión a que se refiere este artículo conocerá de los objetivos de inteligencia establecidos anualmente por el Gobierno y del informe que, también con carácter anual, elaborará el director del Centro Nacional de Inteligencia de evaluación de actividades, situación y grado de cumplimiento de los objetivos señalados para el período anterior.

Artículo 12. Control judicial previo

El control judicial previo del Centro Nacional de Inteligencia se llevará a cabo en la forma prevista en la ley orgánica reguladora del control judicial previo del Centro Nacional de Inteligencia, complementaria de la presente ley.

Disposición adicional primera. Naturaleza jurídica

El Centro Nacional de Inteligencia queda incluido dentro de los organismos públicos a que se refiere la disposición adicional décima

de la Ley 6/1997, de 14 de abril, de Organización y Funcionamiento de la Administración General del Estado.

Disposición adicional segunda. Supresión del Centro Superior de Información de la Defensa

1. Queda suprimido el Centro Superior de Información de la Defensa.
2. El Centro Nacional de Inteligencia sucederá al Centro Superior de Información de la Defensa en el ejercicio de sus funciones y cometidos, quedando subrogado en la titularidad de los bienes, derechos y obligaciones del Estado afectos o constituidos en virtud de las mencionadas funciones y de su fondo documental.
3. Todas las referencias que contengan las disposiciones normativas vigentes al Centro Superior de Información de la Defensa, se entenderán hechas al Centro Nacional de Inteligencia.

Disposición adicional tercera. Habilitación de adscripción orgánica

Se autoriza al presidente del Gobierno para modificar, por real decreto, la adscripción orgánica del Centro Nacional de Inteligencia, prevista en el artículo 7.1 de esta ley. El departamento al que se adscriba el centro ejercerá las competencias que, en relación con el mismo, atribuye esta ley al Ministerio de Defensa y a su titular.

Disposición transitoria única. Garantía de derechos adquiridos

1. El personal que, a la entrada en vigor de la presente ley, tenga la consideración de personal estatutario permanente o temporal del Centro Superior de Información de la Defensa, quedará integrado en la misma condición en el Centro Nacional de Inteligencia.
2. En tanto no se produzca el desarrollo reglamentario de esta ley y se apruebe un estatuto de personal del Centro Nacional de Inteligencia, continuará en vigor el Real Decreto 1324/1995, de 28 de julio, por el que se establece el estatuto de personal del Centro Superior de Información de la Defensa.
3. El grupo de clasificación, grado personal y demás derechos económicos que el personal del Centro Superior de Información de la Defensa tuviera reconocidos, quedarán plenamente garantizados en el nuevo régimen de personal.

Disposición derogatoria única

Quedan derogadas cuantas disposiciones de igual o inferior rango se opongan a lo dispuesto en la presente ley.

Disposición final primera. Facultad de desarrollo

Se faculta al Consejo de Ministros para dictar cuantas disposiciones sean necesarias para la aplicación y desarrollo de la presente ley.

Disposición final segunda. Modificaciones presupuestarias

El Ministerio de Hacienda realizará las modificaciones presupuestarias oportunas para dar cumplimiento a lo dispuesto en la presente ley.

Disposición final tercera. Entrada en vigor

La presente ley entrará en vigor el mismo día de su publicación en el Boletín Oficial del Estado.

Por tanto, mando a todos los españoles, particulares y autoridades, que guarden y hagan guardar esta ley.

Madrid, 6 de mayo 2002.

JUAN CARLOS R.

El presidente del Gobierno,

Table of Contents

Prólogo

1. Las pioneras

2. La aristócrata americana y la gallega que fue espía por amor

3. La guerra de Marruecos... y mucho más

4. «María»

5. Mujeres en un mundo de hombres

6. Señor profesor

7. La primera gran jefa

8. Los desafíos

9. El hacha y la serpiente

10. Confidentes, infiltrados... ¿también infiltradas?

11. Elena Sánchez, la tercera gran jefa

12. La «contra»

13. Vidas privadas

14. El vestido de novia

15. Paz Esteban, la quinta gran jefa

16. Armas de mujer

17. ¡Que vienen los rusos!

18. Los cambios tecnológicos y la ciberseguridad

19. Las cosas de fuera

20. La forense

21. ALLAHU AKBAR

Epílogo en primera persona

[Anexo](#)